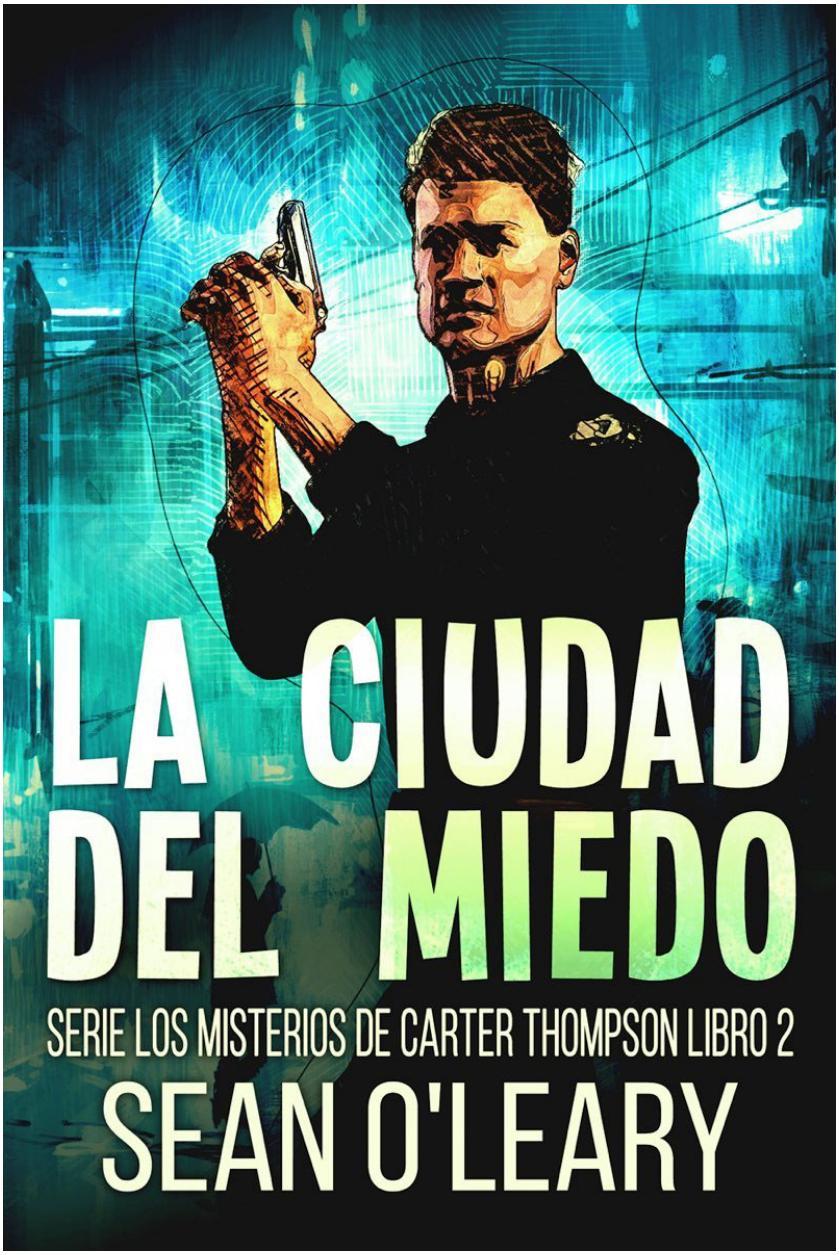
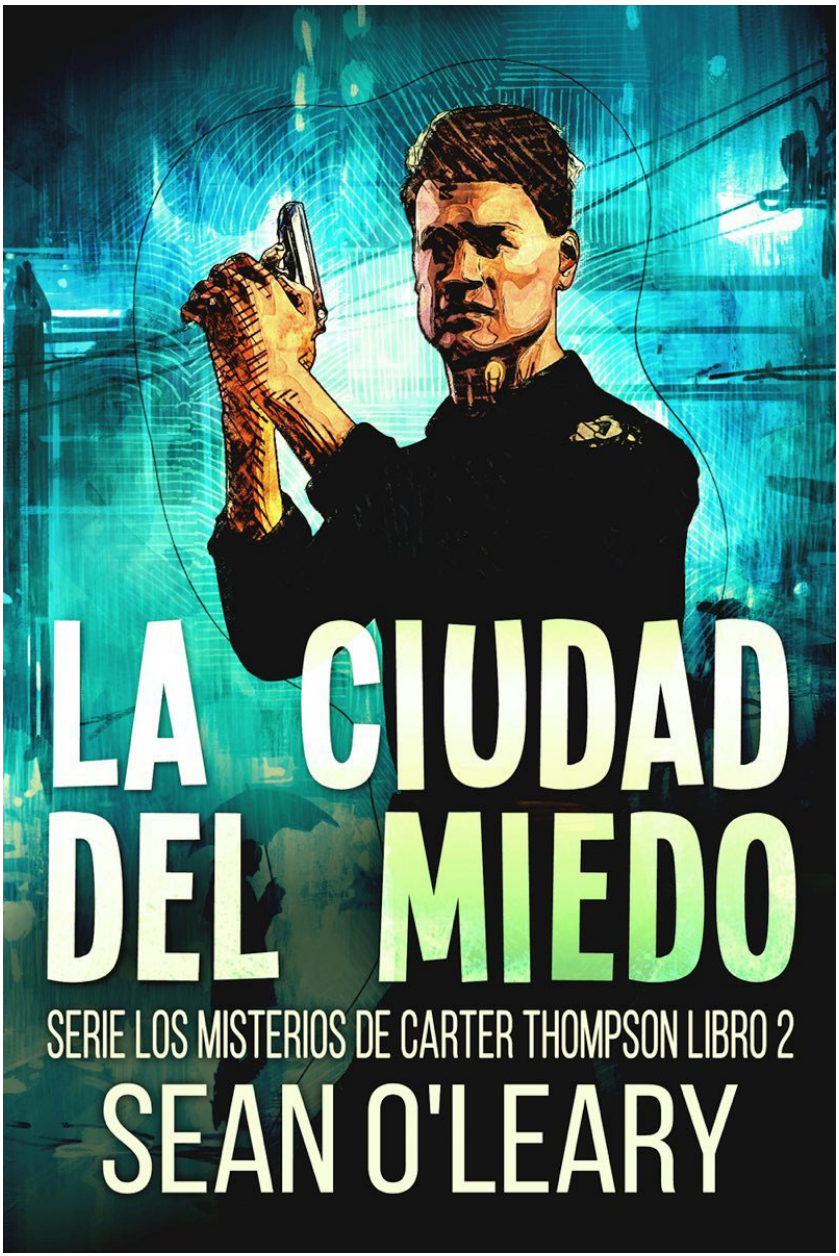

LA CIUDAD DEL MIEDO
SERIE LOS MISTERIOS DE CARTER THOMPSON LIBRO 2
SEAN O'LEARY


LA CIUDAD DEL MIEDO
SERIE LOS MISTERIOS DE CARTER THOMPSON LIBRO 2
SEAN O'LEARY

LA CIUDAD DEL MIEDO

SERIE LOS MISTERIOS DE CARTER THOMPSON

LIBRO 2

SEAN O'LEARY

Traducido por

ALICIA TIBURCIO

Copyright (C) 2022 Sean O'Leary

Diseño y Copyright (C) 2023 por Next Chapter

Publicado en 2023 por Next Chapter

Portada por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Querido lector

Agradecimientos

Acerca del Autor

Intento omitir las partes que los lectores se saltan.

ELMORE LEONARD.

CAPÍTULO UNO

Carter Thompson había pasado buena parte de la noche anterior jugando al póquer en la trastienda de un bar de narguiles de Enmore Road. Una partida a la que sólo se podía jugar con invitación y en la que había ganado, una cantidad enorme, al menos el sueldo de dos meses de un tipo normal que apilaba estanterías o hacía el 7-11.

Sonó su teléfono móvil. Se despertó, sacó una mano de debajo de la cama, lo tomó de la cómoda y lo tiró al suelo. Volvió a meter la cabeza bajo el edredón.

Sonrió.

Se abrazó a sí mismo.

Eran las tres de la tarde.

El móvil volvió a sonar. Echó hacia atrás el edredón, se agachó, tomó el móvil, tocó el círculo verde con el dedo mayor y dijo: —Sí, Thompson.

— ¿Carter Thompson?

—Sí.

— ¿Podemos vernos?

— ¿Quién es?

—Tu abogada me dijo que te llamara. Quiero contratarte. Para encontrar a mi hija.

— ¿Mi abogada?

—Chantal Adams. Es urgente, Sr. Thompson.

—Oh, esa abogada. Urgente, claro.

Todos eran jodidamente urgentes.

Chantal había sido un error.

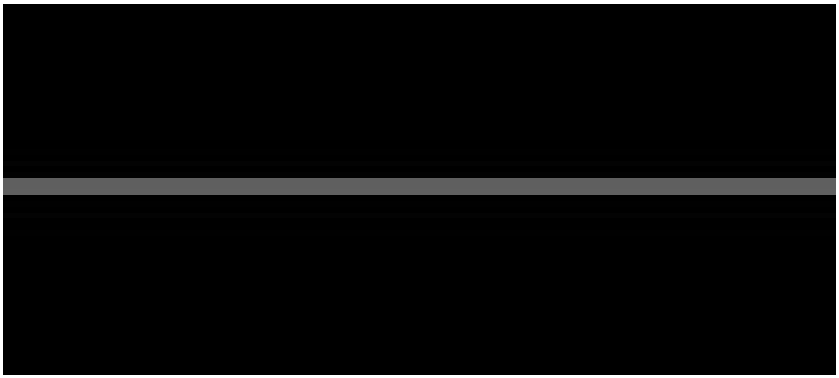
—Mira, tengo tu número ahora. Deja que me organice. Te llamaré en una hora más o menos, ¿de acuerdo?

—Sí, por favor llámame. No sé qué más hacer.

— ¿Cómo te llamas?

—Doug Lever. Por favor, llámame.

—Una hora, no hay problema.



Cash se levantó desnudo, su novia Aimee había estado en la cama con él cuando se durmió. Estaría en su puesto en una cafetería en la que trabajaba de camarera en King Street, Newton. Caminó hasta la cocina, sacudió la cabeza, cambió de idea. Entró en el cuarto de baño, directamente a la ducha, puso el agua caliente y la ajustó con el agua fría. Se apoyó en la pared de la ducha mientras el agua lo golpeaba. Terminó, se secó con la toalla. Se miró en el espejo. Aún tenía la piel suave y morena. Las mujeres lo consideraban guapo: hoyuelo en la barbilla, ojos color chocolate oscuro, alto. Pelo castaño oscuro cortado a la antigua, corto por detrás y a los lados. Volvió a la cocina. Encontró cápsulas de café, cápsulas fuertes, el

número 12, introdujo una en la máquina, abrió la nevera, tomó un vaso de plástico y lo llenó de leche de un estante que había allí. Lo puso todo en marcha. Odiaba las cafeteras de verdad, demasiado lío. Usó el microondas, no el vaporizador porque el vaporizador nunca calentaba la leche lo suficiente. Volvió a cargar la máquina con una segunda cápsula del número 12, café... fuerte ahora.

Se sentó en una mesa de cocina Laminex roja sobre una silla roja acolchada. Idea de Aimee, aunque ella no vivía allí. Había comprado la casa en Erskineville después de que un tío muriera un año antes. No directamente, tenía una pequeña hipoteca según el banco. Pequeña, doscientos mil. Un tío al que apenas conocía.

Cash era un tipo indígena, un hombre de Gadigal, ex-investigador de la Fiscalía. Llamado Carter, apodado Cash porque siempre iba por buen camino. Ahora tenía su licencia de Agente de Investigación Privada, trabajaba por su cuenta. Le gustaba elegir los trabajos en lugar de que se los asignaran, como había hecho con la Fiscalía. Su tío había sido pescador de perlas en Broome. Había ido allí una vez cuando era adolescente. El tío le había pagado el viaje. El dinero no era fácil en Redfern; sus padres eran buena gente, pero el dinero escaseaba. Su tío era un tipo estupendo, un auténtico «pícaro» que valía una fortuna. El viaje había sido lo mejor de su vida. Su tío dejó la granja de perlas y una casa a su hijo, otra casa más pequeña a Cash, que la vendió y compró Erskineville, que era una pequeña casa adosada unas calles más atrás de Enmore Road.

Tenía ganas de fumar un cigarrillo. Había reducido de un paquete al día a sólo diez o doce, espaciados uniformemente durante el día. Hacía ejercicio en el Hector's Gym de Redfern. Llamado así por Hector Thompson, sin parentesco. Entrenaba boxeo. Pero el primer cigarrillo del día era el que más le apetecía. Era julio, hacía muchísimo frío, pero Aimee iba a volver más tarde; se lo olería, así que se puso unos jeans, un cortavientos, se sentó en el escalón de atrás, fumó allí, se bebió el café.

Hija desaparecida, pensó. Doug Lever. Nunca había oído hablar de él. Tuvo una relación de una noche con Chantal que se convirtió en una aventura de la que Aimee se enteró y quiso cortarle las pelotas. Le llevó meses rogarle que volviera. Tenía cuarenta y cuatro años, esposa, hija también. Separado de ambas. Su vida era bastante desordenada, incluso

antes de conocer a Chantal. La cosa era que ella era buena para ayudarlo en el trabajo. Era abogada en un gran bufete que tenía oficinas en Broadway, en ese enorme edificio donde la vegetación crecía por todas las paredes exteriores y en el suelo.

Se suponía que era el edificio del futuro o algo así. Era bonito, tenía que admitirlo. Su despacho estaba en lo alto, con vistas a la ciudad y al famoso puerto.

Tenía la costumbre de ir caminando a un café turco de Enmore Road. La chica que trabajaba allí tenía unos enormes ojos marrones, ese otro tipo de ojos asiáticos. Como diamantes oscuros. Su novia Aimee era chino-australiana con ojos de gato. La chica turca era joven, firme, guapa y coqueta. Podía fumar fuera de la parte delantera. Dos cigarrillos eran su asignación allí. Estaba cerca del Café Sofía, siempre lleno de gente vestida de negro, lo que hacía que él también se vistiera de negro, pero solo, con tiempo y espacio para pensar. Llevaba jeans negros, camisa de pana azul oscuro, traje de chaqueta negro, zapatillas en los pies.

Ahora estaba allí sentado, mirando a Azra mientras se alejaba de él. Tenía veintitrés años y estaba enamorada de un tipo llamado Rusty, que tocaba en un grupo. Cash no lo conocía. No quería. Estropearía sus fantasías. Sonrió al pensarlo. Encendió un cigarrillo y bebió un sorbo del café turco, fuerte y almibarado. Sonó su móvil. Lo miró. Steele, su ex jefe de la fiscalía. Hacía al menos un año que no sabía nada de él. Pensó que podría haber desaparecido de su vida.

Contestó: —Sí, Thompson.

— ¿Carter?

—Sr. Steele.

— ¿Cómo estás?

— ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero contratarte.

—Como parte de su equipo o...

—Es personal.

— ¿Eso es todo?

—Mi hijo podría estar consumiendo heroína. Al menos, su hermana cree que lo hace. Podría estar traficando también. Vive en una casa compartida en Glebe. Está haciendo una licenciatura, especializándose en política. Es súper inteligente, sigue sacando buenas notas. No sé cómo decir esto...

—Dígalo, jefe.

— ¿Jefe? ¿Viejos hábitos, Carter?

Un latido.

—Lo quiero limpio. No sólo por él. Significa que me puede perjudicar a mí. Malas influencias y demás. Una mala posición para mí. Los criminales son criminales.

—Pareces más preocupado por ti que por él.

—Mira, los consumidores de heroína pasan por una fase de luna de miel, pero cuando termina, el dinero se convierte en un problema, él empieza a deber dinero. Malas compañías. Chantaje.

—Entiendo. Parece que te estás involucrando.

—Adam es inteligente en los libros, no en la vida, todavía no. Viviendo en una casa compartida, crecerá o será arrastrado. Si está consumiendo heroína, las facturas entran en juego. ¿Los miembros de la casa consumen? Su hermana me dice que el lugar tiene una reputación. Ir de fiesta, acostarse con mujeres. De nuevo, no estoy seguro de nada.

—Envíame la dirección de la casa. El número de móvil de tu hija. El número de celular de Adam.

—Aceptarás el trabajo entonces.

—Cuatrocientos al día, más gastos. Una semana por adelantado; en efectivo si lo tienes. El nombre de tu hija también. Lo siento, lo

olvidé.

—Lily.

—Bonito nombre. ¿Qué edad tiene?

—Veintitrés.

— ¿Adam?

—Un año más joven.

—Enviaré a mi primo a tu oficina a recoger el dinero de la primera semana en unas horas. ¿Todavía trabajas hasta tarde?

—Sí. Tendré el dinero.

—Me alegro de volver a oír tu voz.

—Yo también, Carter.

Cash terminó la llamada. Tenía unos cuantos trabajos de cobro de deudas que tenía que hacer con la ayuda de su primo menor. Se llamaba Mick Birch.

Lo llamaría ahora.

—Carter.

—Sí, Mick, necesito hacer esos pequeños trabajos de cobro ahora. ¿Puedes ir?

—Sí, recógeme.

—Estaré allí en media hora.

Tuvo que volver caminando a casa, buscar el viejo Valiant Safari. Un sedán blanco, con el famoso motor de seis cilindros en línea. Tenía persianas venecianas negras en la ventanilla trasera. Asientos delanteros y traseros. Nada de perros saltarines.

En media hora, estaba fuera de su antigua casa de encargos en Redfern. Sus dos primos la habían comenzado a alquilar en un

acuerdo extraoficial, pero el Gobierno había acordado que el primo mayor, Aaron, podía ser el nuevo propietario. Aaron era un estudiante profesional. Su último curso era trabajo social en la UTS de Broadway. Mick estaba esperando en la puerta cuando llegó Cash. Era alto, espigado, de piel más oscura que la de Cash, con un mechón de pelo negro, grueso y rizado. También tenía un espeso bigote a lo Zapata. Subió al coche, se puso el cinturón de seguridad, miró a su primo y dijo: — ¿Algún cabrón?

—Podría ser uno. Es un turco llamado Andy Sadak. Le debe a mi amigo Eyden diez mil. Un préstamo cuyos intereses se disparan cada día. Eyden dice que tiene el dinero, pero no le gusta desprenderse de él a menos que sea necesario. Nosotros lo haremos necesario.

—Andy, ¿es un nombre turco de la nueva ola?

Cash sonrió, no pudo evitarlo. —Sí, Andy, muy turco. Eyden es amigo mío. Primero terminamos esto, luego los otros dos son más sencillos. Ambos del garaje de autos de segunda mano de Don. Tres mil por uno y dos mil por el otro. Ambos casados. Uno vive en Ultimo, el otro en Annandale. Tipos blancos.

— ¿Dónde vive el turco?

—Bondi Junction. Uno de esos horribles rascacielos. Vamos, —dijo, poniendo el Safari en marcha con el desplazamiento de la fila de autos.

Llegaron en media hora. Había poco tráfico, algo único en Sydney. Cash aparcó delante del edificio donde vivía Andy. Se inclinó sobre su primo, abrió la guantera, sacó una Glock 9 mm y le dijo a Mick: —Para el uno-dos.

—Entendido.

Ambos salieron. Cash miró hacia la calle, comprobó si había cámaras de seguridad, pero no había ninguna, y guardó la pistola en la funda que llevaba bajo la chaqueta negra. Entraron por las puertas corredizas mientras alguien salía. No había guardias de seguridad ni portero. Tomaron el ascensor hasta la décima planta.

Cash dijo: —1008.

Recorrieron el pasillo hasta llegar al final del vestíbulo. Mick se acercó, golpeó la puerta con fuerza con el puño dos veces, fuerte. Nerviosos, se sonrieron el uno al otro, esperaron la reacción. Cash recordó que había olvidado llamar a Doug Lever.

La puerta se abrió. Una mujer con jeans holgados, camiseta negra, pecho plano, sin sujetador, dientes astillados, rotos, estaba allí, con los ojos enrojecidos, un par de llagas en la cara, dijo: — ¿Qué carajo quieres?

Cash miró a Mick con desprecio. Mick agachó la cabeza, sonrió para sí mismo; qué desastre, pensó. Cash dijo: — ¿Andy está en casa?

—Sí.

—Quisiera hablar con él.

Ella los miró como si fueran del espacio exterior o algo así, dijo, — Sí, um, espera.

Dio vuelta hacia la habitación, y al momento la oyeron decir: —Hay dos chicos buscándote.

En el interior, Andy asintió con la cabeza a ella. Ella volvió a la puerta, —Pasen.

Ambos entraron. Andy estaba vestido con unos viejos jeans azules, una camisa de franela a cuadros azules y negros. Los mismos ojos inyectados en sangre y los mismos dientes jodidos que la chica. ¿Por qué Eyden no le había dicho que eran yonquis de cristales? Andy estaba de pie en el pasillo. Pelo negro, delgado, nervioso, espasmódico, drogado con cristales como su novia. Dijo: — ¿Has venido por el dinero para Eyden?

—Sí, —dijo Cash—. ¿Podemos hacerlo rápido? Necesito ir a otro lado.

—Siéntate, —dijo sonriendo, miró a la chica, que le devolvió la sonrisa, y le dijo—: ¿Estás bien, cariño?

—Quieren el dinero.

Cash y Mick no se sentaron; se quedaron de pie en el estrecho pasillo frente a Andy y la mujer. Cash se volvió para mirar a Mick. La chica vio la funda y dijo en voz alta: —Pistola, pistola, tiene una puta pistola.

Andy miró a su alrededor. Estaba nervioso, tenía la boca seca pero saliva en las comisuras. Metió la mano detrás de él debajo de la camisa, sacó una pistola, apuntó a Mick, Cash dijo: —No. NO. NO.

Disparó, le dio a Mick en lo alto del lado derecho del pecho. La chica giró, miró a Andy, dijo, —Mierda, mierda, ja-ja-ja. Le has disparado, carajo.

Cash sacó su pistola, disparó al tipo en el muslo dos veces y le metió una tercera bala en la rodilla. A Andy se le cayó la pistola de las manos. Cayó al suelo, con la cara torcida, contorsionada, gritando. La chica seguía riendo. Cash también le disparó, pero en el estómago; ella se quedó inmóvil, mirando a Cash. Se llevó la mano al estómago, sintió la sangre, se miró la mano. Corrió hacia Cash. Le disparó de nuevo en el muslo, dos veces. Ella siguió intentando correr hacia él, pero se desplomó. Cash sacudió la cabeza, se agachó unos segundos, respiró; no podía ver, no podía pensar, se levantó, buscó la pistola que se le había caído. Se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Una pistola antigua. Se acercó a Mick, lo abrazó y le susurró: —Estarás bien, amigo, estarás bien.

Andy yacía a unos metros de distancia, gimiendo. Salía sangre a borbotones de la boca de la chica. Quería dispararle de nuevo, matarla. Marcó 000 en su móvil. Agarró a Mick con la otra mano. —Ambulancia, —dijo, dio la dirección y pidió que llamaran a la policía, diciendo que era un tiroteo.

Andy yacía en el suelo mirando al techo, crispándose como si fuera a levantarse, intentando alguna recuperación sobrehumana, ir por Cash. La chica ya no se movía, tendida en el suelo, gimiendo suavemente. Cash esperaba que no muriera. No quería enfrentarse a una acusación de homicidio involuntario. Le había disparado al estómago porque no quería fallar, había aprendido a disparar en la academia de policía, a apuntar al muslo si querías derribarlos, a la

parte más gruesa de la pierna, pero había querido herirla, meterle miedo. Cash se aferró a Mick, que tenía los ojos cerrados, mientras observaba a los dos perdedores, llenos de miedo, hasta que llegaron la ambulancia y la policía. Estaba agotado de todo aquello. Temblaba un poco. Llamó a Steele y le dijo: —Te necesito, jefe.

Su primo era como un hijo para él.

Cuando por fin llegaron los paramédicos, lo vieron, con el brazo alrededor de Mick, aun hablándole, la mujer drogada yaciendo a sus pies gimiendo, el otro enloquecido de miedo a sólo dos metros, gimiendo sobre la alfombra.

CAPÍTULO DOS

Cash salió de la comisaría de Waverly, en Bronte Road. Había pasado allí un par de horas siendo interrogado por el detective Milano. Steele tenía mucho peso. A Milano eso no le gustaba. No le agradaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Su primera pregunta fue: — ¿Tienes licencia para la Glock?

— ¿Qué crees?

— ¿Tienes licencia para la Glock?

—Sí.

—Cuéntame qué pasó desde el momento en que llamaste a la puerta.

Era una pregunta justa, pero Cash ya se lo había contado en la escena.

Jesús.

Siguió y siguió. Hizo que Cash lo repitiera una y otra vez. Milano no pudo retenerlo. Chantal también se había reunido con él allí. Actuó como su abogada. No lo habían acusado de nada. Mick estaba en la UCI, la maldita drogada con cristales también. Andy, el tirador, estaba en el hospital empezando a sufrir síndrome de abstinencia; había un policía uniformado ante su puerta. Estaba esposado a la cama. Le dieron morfina para el dolor y el síndrome de abstinencia. Habría un policía allí 24/7. No había salido en las noticias, aún no... quizá nunca.

Chantal llevó a Cash de vuelta a su coche en Bondi Junction. Tenía una multa. La tomó del parabrisas, la estrujó y la tiró a la cuneta. Chantal le dijo: —Como tu abogada, te aconsejo que la recojas, la metas en el coche y la pagues más tarde para que no te encuentres

con un bloqueo de ruedas en tu coche.

—Joder, —dijo, fue a la cuneta y la recogió. —Qué mierda de espectáculo fue ese.

—Cuéntamelo otra vez.

—Mi amigo no me dijo que este tipo era un adicto. Espero que no lo supiera porque si lo hubiese sabido, podría, ah mierda. Tengo que irme a casa. Tomar una copa, tal vez conseguir algo de hierba. No sé, no sé. ¿Cuál dirías que es la mejor droga para esta situación?

—Mi casa podría ser mejor.

—Puede ser, pero no puedo meterme en más mierda hoy, en serio. Llamé a mi otro primo. No está contento. Está en el hospital. Me culpa a mí, creo. Es justo, supongo.

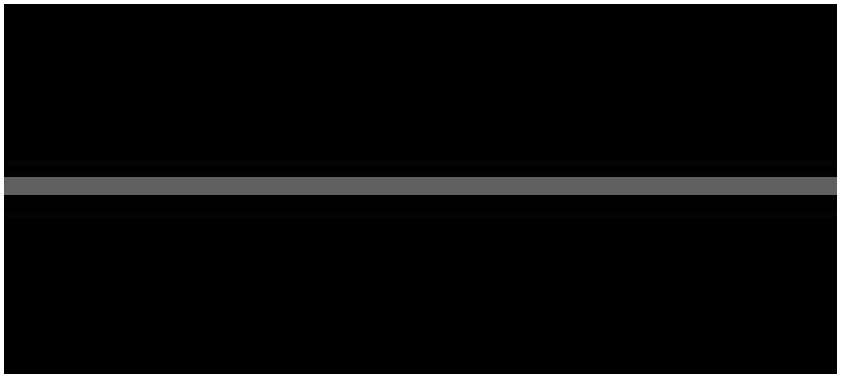
—Podemos hablar aquí un rato si quieres. ¿A qué hora llega tu señora a casa?

—Pasadas las diez. ¿Qué hora es ahora? Las siete. Mejor me voy a casa. Gracias por tu ayuda en la comisaría.

—Pareces bastante nervioso, Cash. ¿Seguro que estás bien para irte a casa solo? Tampoco me estoy burlando. Esto es algo serio. Quizá lo peor a lo que te has enfrentado desde que te conozco.

—Iré a tu casa hasta las nueve y media. Luego iré a casa con Aimee. Aún no la he llamado. No es algo que se pueda explicar fácilmente por teléfono.

—No.



Fueron en autos separados a la casa de Chantal en Surrey Hills. Era un viejo almacén cerca de la línea del tren. Un loft, lo llamaba ella. Espacio industrial es como los agentes inmobiliarios podrían haberlo llamado. Enorme espacio abierto, interior de ladrillo visto, vigas de madera a la vista, dos grandes y caros sofás de cuero. Uno verde oscuro, el otro negro. Un enorme banco de madera en la cocina. Una enorme mesa de comedor de madera en un espacio separado. Horno de última generación, microondas de última generación, nevera, todos los utensilios conocidos por la humanidad. Bombillas desnudas colgando del techo. Un enorme televisor inteligente en un rincón alejado, con otro enorme sofá de cuero negro enfrente. Una mesita con tres controles a distancia. El dormitorio estaba protegido por mamparas, pero Cash lo conocía bien.

— ¿Cómo te sientes? —le preguntó Chantal.

—Espero que no mueran los dos. Mi primo porque le quiero, la chica porque sería un gran problema.

—No es nada de lo que no pueda librarte. El apartamento era una mierda, ¿verdad? Ambos eran adictos, obviamente. Había hierba y utensilios para fumar en el salón, el dormitorio y el baño. Había un par de líneas de anfetaminas en el banco de la cocina. Los policías tomaron fotografías de todo. Un juez, un jurado ve, ese apartamento de mierda.

—Olvidé lo buena que eras pero Mick, mierda, su hermano quiere

una explicación. Su madre en Dubbo probablemente quiere matarme.

—No puedes hacer nada ahora. Dicen que la bala le dio en la clavícula y se llevó algo de carne. No el corazón. A la mujer no la conozco.

—Se estaba riendo cuando el tipo, Andy, disparó a Mick. Siguió riéndose cuando le disparé a Andy. Pensó que era divertidísimo. Esa maldita droga, lo que le hace a la gente.

— ¿Quieres un trago?

—Agua.

—No algo extr...

—No.

Cash era bueno. No se acercó a ella, pero quería hacerlo. La deseaba demasiado. Estaba lleno de rabia. Quería sacarla de su sistema. Pero bebió agua. No hablaron mucho.

Se fue a las nueve y media como dijo que haría.

Abrió la puerta de su casa y recorrió el pasillo de madera hasta la

cocina. Aimee estaba sentada a la mesa roja de Laminex en una silla roja acolchada. —La madre de Mick ha llamado tres veces al teléfono fijo. Será mejor que la llames.

— ¿Qué ha dicho?

—Nada. ¿Me vas a decir qué pasa?

Sacó un cigarrillo de su paquete de Marlboro Lights y dijo: —No me lo voy a fumar. Es sólo un accesorio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Le dispararon a Mick.

Sus ojos de gato se abrieron de par en par. Parpadeó varias veces. Llevaba pantalones de chándal grises, una camiseta negra suelta y el cabello largo y brillante recogido en un moño. Se balanceó hacia atrás y sus pechos se movieron bajo la camiseta. Preguntó: —¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Tenía un trabajo de cobro de deudas para Eyden. El tipo y su novia resultaron ser adictos. Salió mal, muy mal. No sé, mierda. Le disparé al tipo después de que él le disparara a Mick. También le disparé a la chica.

—Carter, ¿qué? ¿No? ¿No? La policía. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hora era?

—Mick está vivo. Está en la UCI del Hospital St Vincent. El yonqui adicto, el tipo al que disparé, está bajo protección policial en el hospital. La chica, su novia, también está en la UCI. Fui a la comisaría de Waverley. Me dejaron ir. Llamé a Steele. Ayudó mucho. Al poli, Milano, no le gustó pero creo que sabía lo que pasó. Que los locos adictos se volvieron locos, eso es lo que pasó. Pero quería marcar cada pequeña cosa. Estuve allí dos horas.

—Carajo. ¿Por qué no me llamaste?

—No es algo que pudiera explicar por teléfono.

— ¿Y un abogado?

Miró las baldosas del suelo.

— ¿No?

— ¿A quién carajo voy a llamar si no?

El móvil de Cash sonó. No reconoció el número. Pero pensó que era mejor contestar. —Sí, Thompson.

—No me has devuelto la llamada.

— ¿Quién es?

—Doug Lever.

—Mierda, lo siento, Sr. Lever. Mal día, día impactante. ¿Podemos vernos mañana?

—Sí, por favor, cada minuto de cada día importa ahora.

— ¿Conoce el cine Valhalla en Glebe?

—Sí.

—Hay una cafetería al lado. Nos vemos allí a las 9:00 am. Mesa fuera. Llevaré camisa roja, traje de chaqueta negro, me sentaré solo.

—Gracias, gracias. Yo... lo digo en serio, yo... gracias.

—Nos vemos allí a las 9:00 am, Sr. Lever.

Aimee lo miró. Dijo: — ¿Desde cuándo quedas con la gente a las nueve de la mañana? Duermes hasta...

—Estaré en el hospital para ver a Mick a las siete, lo que significa que a las nueve no es una exageración.

—Te quiero, Cash. Pero si vuelves a encontrarte con esa puta de Chantal tú solo. Te cortaré las pelotas.

—Entendido. Pero ella va a ser mi abogada en esto. Es una pitbull. La necesito de mi lado.

—Si te encuentras con ella. Voy contigo y nunca a su casa. Ese maldito pedazo de mierda de moda en Surrey Hills. Ese puto loft donde...

—Mick está en el hospital. ¿Podemos dejarlo, por favor?

Ella se encogió de hombros. Él dijo: —Voy a fumar más durante unas semanas mientras todo esto se resuelve. Te lo digo porque...

—Adelante, haz lo que quieras. Puede que me vaya a casa.

—Oh.

—Te daré algo de espacio.

—De acuerdo. ¿Cuándo te veré?

—No voy a ir a otro estado. Normalmente voy a casa un par de noches a la semana. Me voy más temprano, eso es todo. —La miró con ojos de cachorrito.

—No hagas eso, carajo. No me mires con esos ojos de gota de chocolate que tienes. No te levantes. Me voy.

La oyó cerrar la puerta principal. Chantal. No debería haberlo dicho, pero ella se habría enterado de todos modos.

Encendió el cigarrillo que tenía en la mano, aspiró profundamente y lo apagó frente a él. Dormir no parecía posible.

CAPÍTULO TRES

Cash se despertó completamente vestido con el sonido de la alarma de su móvil a las seis de la mañana. Estaba en el sofá azul oscuro del salón. Se agachó con cuidado y lo apagó. La noche anterior había bebido media botella de whisky Suntory para asegurarse el sueño. Enseguida llamó a Aaron.

—Hola, Cash, está bien. No está del todo bien, pero se pondrá bien. Siento haberte gritado y...

—Estaba conmigo. Debería haberlo protegido. No sé, no sé. Todo sucedió tan rápido. Debería haber...

—Hecho un montón de cosas, seguro. Está hablando. Recuerda lo que pasó. Ese policía, Milano, llamó esta mañana. Le he dicho que el médico ha dicho que no puede recibir visitas y todo eso. ¿Qué le pasa a ese poli? He visto a ese yonqui adicto. Está sudando, maldiciendo, sacudiendo la cama.

—Qué carajo. Que se joda Milano. Estaré allí en una hora. ¿Sabes algo de la mujer? La otra adicta.

—La enfermera me ha dicho que no morirá.

—Jesús. Gracias a Dios. Quiero decir, hasta pronto.

Fue a la cocina, bebió unos cuantos vasos de agua, sintió que la cabeza dejaba de dolerle con cada trago, como un milagro, pero tenía uno de esos cafés de doble vaina para reponerse. Se fumó un cigarrillo en la mesa de la cocina. Parecía que Aimee no iba a estar por allí, así que... a la mierda.

Se duchó, se vistió con la camisa roja como le dijo a Doug Lever que llevaría. Hacía unos nueve grados fuera, llovía un poco cuando se metió en el coche por la puerta principal. Condujo despacio hasta

allí y abrió la ventanilla triangular de la derecha para poder esparcir la ceniza por el asfalto húmedo y brillante. Se acordó de limpiar la ceniza del coche al salir.

Y así lo hizo.

En el ascensor hasta el tercer piso, ensayó lo que iba a decir, pero cuando vio la cara húmeda de Mick, se olvidó de todo, se agachó, abrazó su lado izquierdo, dijo: —Te quiero, amigo.

—Yo también, hermano, —susurró Mick con voz ronca—, le diste bien a esa ramera... y al otro imbécil también. Buen trabajo, Cash, buen trabajo.

—Hey, vamos, tómatelo con calma ahora. Descansa, no hables si...

—Puedo hablar bien, sólo que no puedo respirar, —dijo, riendo suavemente.

— ¿Cómo estás, Gran Aaron? —le preguntó Cash.

—Cansado.

Aaron era un hombre grande. Alto, con el pecho ancho y grandes brazos. Levantaba pesas, pero de todos modos era un tipo grande. Al contrario que Mick, nunca se había peleado en el colegio ni había insultado mucho a la gente hasta la última noche con Cash. Quizá lo había estado reprimiendo durante los últimos veinticinco años. Le gustaba el jazz, algo que heredó de Cash. Tenía una novia griega llamada Nicki. Ella era quien le daba calidez a su frialdad.

Mick cerró los ojos y se durmió.

Cash le dijo a Aaron: —Tu madre me ha estado llamando. No sé qué quieres que le diga.

—La verdad, pero volveré a llamarla para explicárselo mejor. Le caes bien, Carter, habla con ella, lo entenderá.

—Quieres ir a casa, darte una ducha. Tengo una cita a las nueve, pero puedo posponerla.

—No, Nicki va a venir. Alguien debe estar aquí todo el tiempo con él. Sus amigos podrán venir mañana si sigue mejorando.

—Genial.

—Pero el ya no puede trabajar para ti.

—Oh.

— ¿Crees que debería?

—No. Esto es, uh, tienes razón. Es inteligente. Podría hacer todo tipo de cosas.

—Me alegra que lo veas así.

—Déjame despedirme de él.

Se inclinó sobre Mick, lo besó en la frente y le dijo: —Adiós, amigo. Sé fuerte.

No obtuvo respuesta.

Consiguió aparcamiento en Boyce Street, dio el corto paseo de vuelta al café del cine. Llegó diez minutos antes. Era un día limpio, soleado y fresco, ahora que la lluvia se había retirado. Uno de esos días de invierno perfectos que Sydney podía mostrar sin ningún esfuerzo. Se sentó fuera, encendió un cigarrillo y esperó. Unos

minutos más tarde salió un tipo blanco, bajito, con gafas gruesas y una cosa de Bob Marley en la cabeza. Thompson no recordaba cómo se llamaban. El tipo blanco le preguntó. — ¿Café?

—Flat white fuerte.

— ¿Algo para comer?

—Tal vez, estoy esperando a alguien. Un menú estaría bien.

El tipo se dio vuelta y volvió a entrar sin decir nada. Era un «tam», pensó. Una gorra rasta. El tipo bajito tenía el pelo largo debajo, pero no rastas. No le quedaba bien. Sonó su móvil. Steele.

—Sí, Thompson.

—Buenos días, he oído que tu primo lo va a conseguir. Andy Sadak tiene un abogado.

— ¿Quién es el abogado?

—Martin Sykes. Un tipo de abogado de lujo para este tipo también. Oficinas en Park Street.

—Gracias.

—Cuando hablé contigo ayer, antes de que pasara todo, parecías mucho más relajado de lo que solías ser, más despreocupado o quizás descuidado. En nuestro juego, eso no es bueno.

—Ya no trabajo para ti.

—Sabes lo que quiero decir. También dijiste que investigarías el asunto de mi hijo.

—Cierto, lo hice. Yo mismo pagaré la primera semana. He quedado con un cliente. Puedo estar en tu oficina en una o dos horas.

—Bien.

Steele terminó la llamada.

Más relajado, pensó Cash. Si era verdad, ¿era esa la razón de haberla

jodido? No sabía que serían adictos a los cristales. Eso era cosa de Eyden. Tendría que preguntárselo. Le gustaban esas partidas de póker, la hierba gratis, más pensamientos relajados.

Eran las nueve y diez cuando un hombre delgado, con traje negro, camisa blanca y corbata roja, de unos cuarenta años, posiblemente cincuenta, se acercó a la mesa, extendió la mano y preguntó: — ¿Sr. Thompson?

Cash la estrechó. Fue un apretón de manos corto y firme: —Sí, soy yo. Siéntese, Lever, relájese. ¿Quiere café? ¿Algo para comer?

—Café, sí.

— ¿Qué tipo?

—Negro grande, un poco de leche caliente aparte.

—Quédese ahí, le diré a Bob Marley que le traiga uno.

Lever sonrió, perplejo.

Cash entró, buscó al camarero, pidió café y tostadas con pasas para dos. Volvió a salir, se sentó y dijo: —Cuénteme.

—Hace tres semanas que no la veo ni sé nada de ella.

— ¿Cuántos años tiene?

—Veinte.

— ¿Por qué es inusual?

—Me llama bastante seguido. Me visita dos o tres veces al mes, a veces una vez a la semana, ya sea en mi trabajo o cerca de él, en un café o en casa. Es lo que siempre ha hecho desde que se mudó hace un año. Su madre se fue hace cinco años, y nos volvimos íntimos. Más unidos que nunca.

— ¿A qué se dedica?

—Es bailarina en un club.

— ¿Un club de striptease? —Ahora estaba perplejo.

—No es un club de striptease. Un club nocturno. Ella baila, o solía bailar, allí cuatro veces a la semana, de jueves a domingo.

—Pero, ¿qué tipo de baile es?

—El club se llama Fever. Es algo retro. Toda música de los sesenta y setenta. Usa una minifalda o unos hot pants, baila en una jaula. Como Goldie Hawn.

— ¿Como Goldie Hawn?

—Sí.

— ¿Llamó a sus amigos?

—Sólo tiene un par de amigos íntimos.

— ¿Cómo se llama su hija?

—Tanya.

—Tanya Lever.

—Sí.

— ¿Llamó a la policía?

—Sí. Me dijeron que es mayor de edad, pero que preguntarían por ahí y demás.

— ¿Qué pasó?

—Eso fue hace siete días. Nada.

— ¿A qué policías consultó?

—Vivo en Paddington, pero fui a la comisaría de Kings Cross. Enviaron a dos detectives a mi casa.

— ¿Tiene sus nombres?

—No los recuerdo. Se los enviaré por mensaje de texto.

—Bien.

— ¿Vive sola? ¿O con amigos?

—Vive con un tipo llamado Peter. Me dijo que es gay. Su mejor amiga es Annie Lincoln.

— ¿Les dijo que me iba a contratar?

—No.

— ¿Puede llamarlos? ¿Hacerles saber que voy a hablar con ellos? Voy a visitar el apartamento en el que vive con Peter. ¿Tiene la llave?

—No. Pero lo llamaré y le avisaré que va a ir.

—Necesitaré fotos de ella. Diferentes tipos de fotos. Como casual en jeans. También ropa con la que podría haber salido por la ciudad... también vestida con ropa deportiva o algo así. ¿Puede hacer eso?

—Sí, se las enviaré a su teléfono.

—Genial, genial. Llame a Peter. Dígale que no toque nada de su habitación. Necesito los números de celulares de ambos. Sus nombres completos. Cualquier cuenta de redes sociales de su hija. Buscaré las cuentas de redes sociales de sus dos amigas. Iré al club a preguntar. ¿Tiene novio?

El café y las tostadas estaban en la mesa antes de que pudiera responder. Lever miró atentamente al camarero. Parpadeó un par de veces y sonrió brevemente al ver la gorra rasta. Tomó la jarrita de plata, vertió un chorrito de leche en su café negro, le dio un sorbo y dijo: —El café es bueno y no. No es que me lo haya contado, de todos modos, pero tal vez esto es lo que pasó. Quizá conoció a alguien. Y se fue.

—Como su madre.

Lever hizo una mueca al escucharlo. Cash inmediatamente deseó no

haberlo hecho.

—No, no como su madre. Su madre era drogadicta. Tanya apenas bebe alcohol.

—Puede que eso también haya cambiado. Ya veremos. ¿Cuánto tiempo ha trabajado en el club?

—Un año.

— ¿Estudia o...?

—No, se suponía que iba a ir a la universidad de cine y televisión, pero lo aplazó.

— ¿Sólo dos amigas?

—Las dos únicas que conozco. Lo pasó mal en el colegio. Matones y demás. Llevaba unos feos aparatos en los dientes, no era deportista, no fumaba. Los chicos no pensaban mucho en ella. Luego floreció después de conocer a Peter. Él le consiguió el trabajo. Conoció a Annie allí, su vida despegó un poco socialmente. Yo, um... Estoy seguro de que hay más amigos a través del club, a través de Annie. Por eso lo contraté.

—Haré lo que pueda. ¿Se lo dijo Chantal? Cuatrocientos al día, más cualquier otra mierda que surja. La primera semana por adelantado, en efectivo por favor.

—No tengo tanto dinero.

— ¿Puede ir a un cajero automático? Dos mil estará bien.

Lever se bebió el resto del café y dijo: —Espere aquí. Hay un cajero más adelante.

Cash lo vio marcharse y esperó unos minutos.

Doug Lever dejó caer un sobre sobre la mesa.

Cash dijo: —Gracias. ¿Trabaja con Chantal?

—Sí. Una abogada excelente.

—Sí. Mire, um. Me ocuparé directamente de esto hoy. Es miércoles por la noche, así que este club estará abierto mañana por la noche. Intentaré encontrar al dueño a través de Peter; dijo que él le consiguió el trabajo. También hablaré con su amiga Annie. Empezaré a trabajar en ello. ¿Quizás ella lo llame? Avíseme si lo hace. Yo me encargo —dijo, señalando con la mano los vasos de café vacíos. La tostada estaba intacta.

Lever dijo: —Gracias, llámeme todos los días, al menos una vez al día.

—Lo haré.

Cash pagó a Bob Marley en el mostrador. Cuando salió, Lever se había ido. Se dirigió a su coche. La oficina de Steele estaba en Erskine Street, no lejos de King Street Wharf, aunque dudaba que Steele comiera allí alguna vez. Se sentaba solo en algún pub elegante. Comía un filete poco hecho con papas fritas y una ensalada, bebía una copa de tinto caro. Sabía que Steele procedía de una familia con mucho dinero. Su sueldo no cubriría la vida que llevaba. Sus padres habían muerto; él había heredado una gran casa en Mossman, en el lado norte del famoso puerto.

Cash entró en el aparcamiento. Steele tenía dos plazas asignadas. Aparcó junto al Lexus negro todoterreno de Steele. Subió en el ascensor. Tenía una secretaria llamada Linda, que era súper elegante, atractiva vestida con una especie de vestido negro a lo David Jones. Llevaba el cabello recogido en la cabeza. Le hizo un gesto con la cabeza y le dijo: —Me está esperando.

Ella asintió. —Bienvenido otra vez.

No se detuvo a corregirla. Giró el picaporte de la puerta y llamó al entrar. Steele estaba sentado detrás de un gran escritorio de aspecto sólido. Tenía los brazos cruzados. Traje azul oscuro a rayas, camisa blanca. Corbata azul. Gafas de montura oscura. Un hombre pequeño pero en forma, calvo. Thompson siempre pensó que Bob Hoskins hacía muy bien el papel de gángster duro. Steele dijo: —Hola Carter.

Se inclinó sobre el escritorio, extendió la mano y dijo: —Jefe.

Steele levantó su trasero, se inclinó, estrechó su mano, dijo: —Siéntate, siéntate, empecemos.

Sacó un sobre del cajón de su escritorio y lo puso en la mesa delante de Cash, y dijo: —Gracias, me concentraré en ello hoy mismo. Yo también tengo que encontrar a una chica desaparecida, pero puedo encargarme del trabajo. Quiero estar ocupado después del incidente de anoche. Gracias por tu ayuda, por cierto, aunque a ese policía, Milano, no le gustó nada. ¿Te has cruzado con él en otro momento o...?

—Hace su trabajo. Me sorprendería más, me enfadaría más si no lo hiciera.

—Bien. Um, ¿tienes la dirección de tu hijo, la otra información que te pedí?

—Sí. Le dije que estaba merodeando por un club de Kings Cross. Es el Razor Strip Club.

—En Darlo Road. Propiedad de Billy Hassan.

—Sí, lo conoces de tu último trabajo conmigo.

—Lo conozco. Y por su reputación. Puedo ver por qué estás preocupado.

—Si Hassan sabe quién es, podría haber problemas. Puede que ni siquiera conozca a mi hijo. No es que vaya allí todos los días. También se mantiene alejado de los traficantes, de los de poca monta. Se ha corrido la voz, eso es todo. Puede que mi hijo esté de fiesta allí, pero lo dudo; tiene mejor gusto. Si está buscando una relación sexual, es sólo cuestión de tiempo que Hassan sepa quién es. Si no es Hassan, uno de sus hombres. Le harán preguntas, seguro.

—Iré a ver a tu hijo directamente desde aquí. Si está en casa, hablaré con él. No lo llames. Podría irse. Me presentaré en su puerta.

—No lo llamaré. Lo que hay que hacer es aparecer.

— ¿Algo más?

—Te dije lo que pensaba.

—Sobre que estoy relajado.

—Sí.

—Soy bastante duro para esto, —dijo Cash, pero ya podía sentir el calor del dinero en su chaqueta negra. Los dos sobres. Pensando en el bar de Eyden, la partida de póquer, sin Aimee. ¿Por qué no el casino?, pensó. Estaba despierto. Tenía calor. Podía hacer las tres cosas. Aimee no iba a estar cerca para molestarlo. Otras personas podrían decir que ella lo castigó. Su hija, por ejemplo, que no le hablaba por lo que le había hecho a Aimee a través de Chantal.

—Creo que puedes serlo, Carter. Llámame para cualquier cosa. Ponme al día a diario.

—Lo haré. Gracias, jefe. ¿Cómo consiguió Sadak ese abogado?

—Su padre es rico. Extremadamente rico. Compró ese apartamento en Bondi Junction para su hijo. Ahora parece un agujero de mierda, pero esos sitios, como todas las propiedades de la puta Sydney actual, cuestan mucho dinero.

Steele no era de decir muchas palabrotas. Le hizo gracia, pero lo dejó a un lado y preguntó: — ¿A qué se dedica el viejo Sadak?

Steele levantó las manos para indicar que no tenía nada que ver y dijo: —Negocios de importación y exportación.

—Ah.

—Tengo a mi investigador ocupándose de ello.

—Es bueno saberlo.

Se fue, asintió a Linda, que dijo: —Nos vemos, pronto.

CAPÍTULO CUATRO

Thompson condujo de vuelta a Glebe. La casa compartida en la que vivía Adam estaba en Boyce Street, donde había aparcado antes para reunirse con Doug Lever. No había tenido que conducir hasta la ciudad para conseguir el dinero de Steele, pero ya estaba hecho. Se alegró de haber visto a su antiguo jefe. Ahora tenía cinco mil dólares en efectivo. El otro dinero que había ganado estaba en la caja fuerte de su casa. Conseguiría recibos de Eyden y el garaje de autos usados de Don para declararlos como ingresos. Tenía otros pequeños trabajos regulares de cobro de deudas a través de una agencia de cobro de deudas legal que también le daba recibos lícitos y así sucesivamente. Le iba bien.

Como era de esperar, era una casa adosada de dos plantas. Había bastantes en Glebe. Este pequeño suburbio de moda a poca distancia de la estación central y la ciudad, cafés por todas partes, más librerías de lo necesario. Tenía un gran mercado de ropa y baratijas los domingos.

Esta casa adosada era monstruosa. Pensó que tendría al menos cuatro dormitorios. El jardín delantero era pequeño y estaba cubierto de maleza. Abrió una verja oxidada que se caía de sus goznes. Caminó unos metros por el sendero de cemento agrietado. Había una ventana doble a su derecha; ése sería el dormitorio uno. Oyó música en el interior. Siempre había música en las casas adosadas. Era algo que no reconocía. Algún tipo de pop suave. A Cash le gustaba el jazz, pero también el rock: Warumpi Band, Coloured Stone, Steve Winwood, Warren Zevon.

Llamó a la puerta con fuerza y esperó. Oyó ruidos de movimiento sobre suelos de madera. Alguien agarró el picaporte de la puerta por dentro. La puerta se abrió lentamente. Apareció una chica con un mono amarillo. Tenía el cabello negro cortado a lo pixie, hoyuelos para morirse, ojos verdes. Pequeña. Sonrió cuando vio a

Thompson. Ella dijo: —Hola.

—Hola, ¿Adam está en casa?

—Sí.

—Sí, soy un amigo de la familia.

—Oh, pasa, entonces. ¿Cómo te llamas?

—Carter.

—Bien, bien. ¿Eres...?

—Soy un hombre Gadigal.

—Sí, lo siento. No quise decir nada. Está bien. Está bien. Yo…

— ¿Adam?

—Sí, sígueme.

Caminaron por un largo pasillo, un segundo dormitorio a la izquierda frente al que había visto fuera. Probablemente tenía ventanas a los lados de la casa. Una escalera de aspecto tosco con gruesas barandillas de madera apoyadas en la pared de un lado. Siguió hasta la cocina, en la parte trasera de la casa. Era más pequeña de lo que pensaba. Suelo de linóleo, un par de mesas con cuatro sillas alrededor.

La chica preguntó: — ¿Café? ¿Té?

— ¿Adam?

—Aún está en la cama. Voy a buscarlo.

— ¿Dónde está la habitación?

—Arriba.

— ¿Cómo te llamas?

—Gina.

—Me gusta tu mono. Brillante.

Ella le sonrió, mostrando aún más sus hoyuelos. —Gracias, eres muy amable. Voy por él. Sírvete si quieres una bebida caliente.

—Lo haré, gracias.

Salió de la cocina. El fregadero estaba lleno de platos sucios. También había tazas de café usadas en las mesas, junto con platos sucios y un cenicero lleno. Encendió un cigarrillo y miró por la ventana trasera. Un patio cubierto de maleza, en su mayor parte hierba larga. Un pequeño cobertizo. Alguien había cortado la hierba cerca de la parte delantera para que se pudiera abrir, dejando el resto del césped sin cortar. Algo en el cobertizo importaba. Plantas hidropónicas tal vez.

Había algunos árboles pequeños alrededor del perímetro. Pero la valla era alta, sólida en estatura, proporcionando gran privacidad. Se dirigió a la puerta trasera, junto a la gran nevera. Estaba cerrada, sin llave. Qué raro, pensó. Volvió a la ventana y la abrió un poco. Entró aire frío, como el Doctor Fremantle, procedente de Australia Occidental. Respiró y cerró la ventana. Se sentó y dio una fuerte calada a su cigarrillo.

Adam. Esto sería interesante. ¿En qué estado se encontraría? ¿Exageraba la hermana? ¿Estaba Steele exagerando? Se sentó, fumó, esperó. Esperó un poco más. Encendió otro cigarrillo, fue al armario, encontró Nescafé Blend 43, una taza semilimpia, abrió la nevera, sacó leche. Quitó algunos platos sucios del fregadero para poder llenar la tetera. Encendió la cocina de gas, puso la tetera al fuego, se dio vuelta y allí estaba. Adam con su brazo alrededor de Gina. Vestido con jeans azules y una camiseta verde holgada con un oso fumándose un porro.

—Carter.

—Adam, tienes buen aspecto.

Realmente se veía bien. Pero había algunas costras minúsculas en el pliegue de su brazo derecho. Nada... o el principio de algo. Se quedó mirándolo. Adam parecía incómodo, pero dijo: —Gracias, tú

también. Un momento. ¿Qué haces aquí?

—Tu padre me pidió que hablara contigo. ¿Te parece bien? En un lugar privado.

— ¿Sobre qué?

En un lugar privado no iba a ser posible.

—Cree que consumes heroína.

La cara de Gina se puso roja. Se apartó de él y dijo: —Adam, puedo ir y...

—No Gina, está bien. Quédate, por favor.

Se sentó en una de las sillas de la mesa plegable.

Adam dijo: —No estoy consumiendo.

— ¿Qué haces en el Razor Club?

Adam agachó la cabeza.

Pudo ver cómo su rostro se ensombrecía.

Miró hacia atrás y dijo: —No es asunto tuyo.

—Claro. Hace unos veinte años vivía muy cerca de aquí, en una casa compartida. Sé lo que pasa, Adam.

—Quizá deberías preguntarte qué le pasó a Sally Bois. Esas circunstancias sospechosas en las que de repente desapareció. Sé lo que hace mi viejo. El poder que tiene.

—No hubo problema con la causa de la muerte, Adam. Fui absuelto. No me acusaron de nada. Bois era un asesino.

Era una referencia a un caso relacionado con un miembro de la Iglesia Nueva Luz. El último caso de Cash como investigador de la Fiscalía, trabajando para Steele. Había matado a Bois en el aparcamiento del sótano de su casa de North Bondi. Se consideró defensa propia, pero los rumores nunca desaparecieron.

Alimentados por el jefe de esa iglesia, el Sr. Abbott. Bois había sido un asesino peligroso y trastornado, según Carter Cash Thompson.

—Si tú lo dices.

— ¿No te ves siendo miembro de Nueva Luz, Adam?

Se rio. —Maldición, no.

Llamaron a la puerta. Gina miró nerviosa a su alrededor y dijo: —Debe ser Nikolay.

Nadie se movió.

—Lo siento, Carter, no puedo ayudarte, amigo. Dile a papá que no estoy consumiendo.

—Tu hermana dice que sí. Déjame ver tu brazo. Le tendió la mano.

Adam tiró de él. —Suéltame, Carter.

Se detuvo.

—Nunca hemos sido amigos, aunque siempre me has caído bien, pero déjame en paz.

—Adam, sabes de lo que soy capaz, no me ignores como...

—Tengo que abrir la puerta.

Salió furioso de la habitación. Gina sonreía. Orgullosa de él. Cash sabía que aquello no era el final, pero se iría ahora, volvería en otra ocasión o lo seguiría unos días para ver qué salía de todo aquello. Salió de la cocina, siguiendo a Adam por el pasillo, más allá de la escalera.

Adam abrió la puerta. Dijo: —Hola, Nikolay, pasa.

Un tipo con la cabeza rapada que llevaba unos jeans de doble mezclilla, una chaqueta vaquera y unos zapatos negros pesados en los pies. Entró pavoneándose en el vestíbulo, vio a Cash, se metió las manos en los bolsillos del pantalón, apartó la chaqueta, mostró

los músculos de los pectorales, el vientre plano. Llevaba una cruz en la oreja izquierda. Tenía tatuado «AMOR» en los dedos de una mano y «ODIO» en la otra. Llevaba unos cuantos anillos grandes en cada mano y una cadena de oro alrededor del cuello. No era el típico estudiante de piso compartido. Miró fijamente a Cash y le lanzó una mirada amenazadora. Thompson conocía este tipo de mierda.

Nikolay preguntó: —Adam, ¿quién es tu amigo?

—Nikolay, él es Carter... ahora se va.

Si Cash odiaba algo, era ser rechazado por un ser inferior como Adam. —No me pareces un estudiante.

Nikolay se rio y dijo: —Tú tampoco.

Se pararon en medio del pasillo.

Cash pasó junto a él y le dijo a Adam: —Esto no se acaba aquí.

—Vaya, vaya, señor Carter. ¿Qué está diciendo?, —preguntó Nikolay.

Siguió caminando.

Nikolay gritó: — ¡Eh, eh!

Adam dijo: —Déjalo, por favor, déjalo. Ya se va. Se va.

Cash abrió la puerta y salió sin darse vuelta ni decir nada más. Siguió caminando hacia su coche, pensando: No consume, sino trafica. O se está preparando para traficar. Adam no estaba siendo inteligente, en absoluto. Cash sabía lo que era Nikolay. Un matón. Un traficante. Un cabrón.

Se sentó en el coche inseguro sobre su siguiente movimiento. Adam no estaba en peligro, todavía no. Parecía sano por el momento. Llamó a Peter. Su móvil fue al buzón de voz. Dejó un mensaje.

En ese momento, Doug Lever le envió tres fotos de Tanya. Eran más o menos exactamente lo que había pedido, hasta el buzo. Pero había una más de ella bailando en la jaula en Fever. Llevaba el cabello

castaño claro largo hasta los hombros y lo balanceaba. Llevaba lápiz labial rojo brillante en los labios carnosos, colorete en las mejillas y una pequeña hendidura en la barbilla. Una enorme sonrisa con dientes increíblemente blancos. Un minivestido dorado brillante que apenas le cubría el trasero, unas botas largas y suaves de cuero negro que le llegaban hasta los muslos. Era un bombón. Thompson estudió las fotos pensando: Que no te den una paliza. No termines en una cuneta, nena. Mantente viva como en estas fotos.

Sonó su móvil, era el número de Peter, y contestó: —Sí, Thompson.

—Sr. Thompson, soy Peter. Era... soy el compañero de piso de Tanya.

—Me alegro de que hayas llamado, Peter. Necesito entrar en el apartamento. Para ver su habitación. También necesito hablar contigo. Iré ahora si te parece bien.

—Oh, ahora, um, sí, de acuerdo. ¿Tiene la dirección?

Leyó en voz alta la dirección de Darlinghurst.

—Sí, esa es.

—Te veré pronto, Peter.

Arrancó el viejo Valiant. Salió por Boyce Street, giró a la derecha por Glebe Point Road en dirección a Darlinghurst. Pensó en lo frío que había estado cuando mató a Bois. ¿Podría volver a hacerlo si fuera necesario? ¿O Steele tenía razón? Estaba relajado. Débil es lo que quería decir. ¿Debería haber matado a Andy Sadak? ¿A su perra también? Un par de malditos adictos a los cristales. Resopló en voz alta, se limpió la boca y la nariz con el dorso del brazo.

Mierda.

Buscó los sobres de dinero, con la mano rozando la pistola mientras metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Esta noche, después del trabajo, podría relajarse en el bar de narguile de la trastienda privada y jugar al póquer. También tenía que hablar con Eyden. No podía quitarse de la cabeza a los adictos de cristales.

Sonó su móvil, lo buscó en el asiento de al lado y echó un vistazo a la identificación: era Aaron. Contestó: —Sí, Thompson.

—Es Aaron. Lo van a operar más tarde para curarle la clavícula, la herida y todo eso. Todavía está débil, como has visto, pero el médico cree que es lo bastante fuerte.

—Gracias por avisarme. Debo decirte que el yonqui que le disparó es abogado. Su padre es rico, el abogado es de primera categoría.

—No puedo hacer nada al respecto.

CAPÍTULO CINCO

Thompson encontró la dirección. Estaba en Burton Street, pasada Thomson Street, en el lado opuesto a la Escuela Nacional de Arte. Una casita de trabajadores con una sola fachada. El alquiler sería caro, las habitaciones pequeñas. En el coche decidió llamar a su supuesta mejor amiga, Annie.

Una voz cansada respondió a su llamada. —Hola, sí, ¿quién es?

—Annie, me llamo Thompson. Soy un investigador privado contratado por el padre de Tanya. ¿Te dijo que llamaría?

—Sí, oh, estoy tan contenta de que por fin esté pasando algo con mi niña. Es hermosa pero frágil. Pero no debería preocupar a su padre.

— ¿Qué quieres decir?

—Es preciosa... pero quizá un poco frágil.

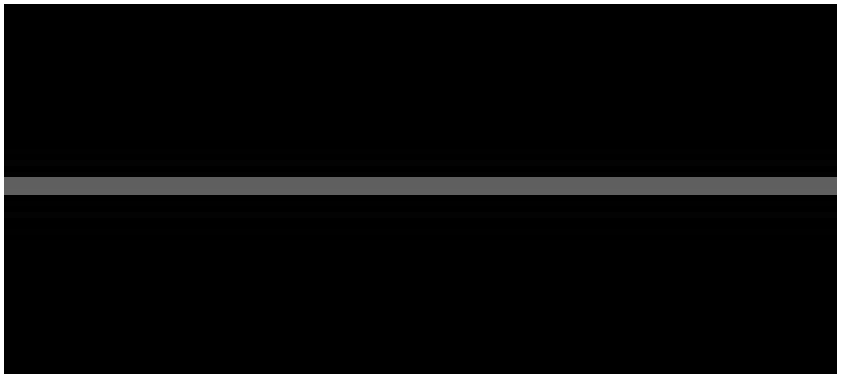
— ¿Podemos vernos hoy más tarde?

—Sí.

— ¿Dónde? Ahora estoy en Darlinghurst.

—Estoy en Bondi. —Le dio a Thompson la dirección de Sir Thomas Mitchell Road, Bondi Beach.

Él le dio las gracias. Le dijo que estaría allí en una hora, quizás un poco más.



Salió del coche, caminó por el corto sendero de cemento. Había un timbre de color perla que sonó con fuerza cuando lo pulsó. Esperó unos instantes. No oyó ningún movimiento. Volvió a pulsarlo. Esta vez oyó pasos en el suelo de madera y la puerta se abrió. Le abrió un hombre de unos veinte o treinta años. Bien afeitado, sonrió a Cash; inmediatamente unas enormes arrugas a ambos lados de los ojos le hicieron pensar que podría ser aún mayor. Llevaba pantalones de traje negros, camisa blanca con el botón superior desabrochado, tirantes rojos en los pantalones, levantados sobre sus hombros. Cuando volvió a sonreír, las arrugas de su rostro se hicieron más profundas.

Cash pensó que iba a decir «supongo», ya que tenía un ligero acento inglés que podía o no ser auténtico. —Sí, soy yo. ¿Puedo pasar? Hace mucho frío a la sombra.

—Claro, por supuesto, por supuesto, —dijo, con su voz profunda—. Sígame, sígame.

El salón estaba a sólo unos metros de la puerta de la derecha. Tenía el suelo de madera, un viejo sofá rojo con patas de acero y un par de sillones de terciopelo negro. La chimenea no estaba en uso en ese momento, pero había habido un fuego allí, tal vez la noche anterior por el aspecto de las cenizas blancas. Había un atizador apoyado en la pared. Una repisa con una vieja caseta meteorológica en forma de chalet, donde una persona salía si llovía y otra si hacía buen tiempo. También daba la hora. Había unos cuantos ceniceros medio llenos por todo el lugar. Un televisor inteligente en la esquina de la

habitación, en el lado opuesto a los ventanales. Peter y sus amigos fumaban dentro; eso hacía que el lugar apestara un poco, incluso para un fumador. Peter pareció percibir el desagrado de Thompson y abrió una ventana más pequeña junto al ventanal que daba a la calle.

Se colocaron uno frente al otro. Peter frente a la repisa de la chimenea. Cash justo detrás de la puerta. Pulsó un par de botones de su teléfono, encendiendo la grabadora de voz. Un nuevo hábito cuando trataba con embusteros. Le dijo a Peter: — ¿Vas a trabajar pronto?

— ¿Perdona?

—Estás usando un traje.

—No. Trabajo desde casa. La oficina está en la parte de atrás de la casa. Intento parecer y sentirme como soy. Una vez leí que Nick Cave se levantaba y se vestía de traje antes de ir a trabajar a su oficina del sótano de Londres.

— ¿Estás involucrado en la escena musical?

—Más o menos. Soy consultor en una amplia variedad de cosas.

Pensó en la descripción de Steele del padre de Andy Sadak. Importación y exportación. ¿Quién carajo se involucraba con gente así? — ¿Cuándo fue la última vez que viste a Tanya?

—Hace tres semanas, creo. Era miércoles. Ella estaba hablando de la necesidad de trabajar mañana por la noche como lo hacía cuando estuvimos aquí, um, alrededor de las seis de la tarde. Salí después de eso. Me quedé en casa de mi novia. Oí que trabajó la noche siguiente, pero no la volví a ver. No la he visto, quiero decir.

— ¿Doug Lever dijo que eras gay?

— ¿Eh?

—Dijiste que estabas en casa de tu novia.

—Broma privada, lo siento. Stevie es todo un hombre. No creí que

el Sr. Lever lo supiera. Nunca lo conocí.

—Estoy seguro de que Tanya lo puso al tanto.

—Sí.

— ¿Cómo conociste a Tanya?

—Ella respondió a mi anuncio en el Wentworth Courier buscando una compañera de piso. Nos llevamos bien enseguida.

— ¿Cómo le conseguiste el trabajo de bailarina?

—Conozco a Blake, el gerente.

— ¿Blake tiene apellido?

—Andrews.

—Apuesto a que fueron juntos a la escuela. Una de las escuelas secundarias privadas, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, los dos fuimos a St Ives en Rosebay.

— ¿También fueron juntos a la universidad, amigo?

—Sí, a la Universidad de Nueva Gales del Sur.

—Pero no terminaste la carrera de letras, o lo que sea que estuvieras estudiando.

—Voy a volver a tiempo parcial el año que viene.

—Lo creeré cuando lo vea.

— ¿Qué has dicho?

— ¿Dónde carajo está Tanya?

— ¿Qué? Ah, tranquilo ahora yo...

— ¿Dónde. Carajo. Está. Ella?

—Yo... te lo dije. No la he visto. No la he visto. No lo sé.

—Sabes que trabaja los jueves, ¿no?

—Sí.

— ¿Porque hablaste con tu compañero, Blake?

—Sí.

— ¿Qué dijo, Peter? ¿Qué pasó para que desapareciera? ¿Enfadó a alguien? ¿Dejó a Blake porque era un maldito impresentable, no un buen hombre? ¿Qué pasó, Peter?

—Mierda. No me esperaba esto. Quiero ayudar. No sé dónde está, lo juro.

—Dame el número de móvil de Blake Andrews.

Peter sacó su teléfono del bolsillo superior de su camisa blanca, pulsó botones, leyó el número mientras Cash pulsaba los dígitos en su teléfono. Exhaló. No estaba seguro si Peter decía la verdad o no.

—El club, Fever, está en una callejuela junto a Pitt Street, ¿verdad?

—Sí. —Thompson hablaba en voz baja ahora.

— ¿Tienes alguna idea de lo que podría haber pasado? ¿Encontró un nuevo chico o chica? ¿Algo así? ¿Se fue porque estaba harta de la mierda de aquí? ¿Algo así?

—No siempre era fácil vivir con ella. Podía ser malhumorada.

Aquí vamos, pensó Cash. —Pero la querías, ¿verdad?

—Como amiga, sí. La quería. La quería.

— ¿No tienes ni idea de dónde está?

—Era popular en Fever. Extremadamente popular con todos. Esto era algo nuevo para ella. La escuela había sido dura, matones y demás.

—Doug Lever dijo lo mismo. ¿Alguna vez vio a alguno de sus antiguos amigos de la escuela?

—Algunos de ellos vinieron al club una noche. Ella tenía un descanso del baile. Yo estaba allí esa noche. Empezaron a burlarse de ella, pero se rio. Yo y algunos otros la rodeamos, invertimos la situación y sus antiguos compañeros de colegio se marcharon.

—Ella no era amiga de nadie de la escuela.

—No.

—Eso es todo en cuanto a preguntas, pero necesito ver su habitación, a solas si no te importa. ¿Te importa?

Todo el cuerpo de Peter se relajó. Cash lo asustaba.

—En absoluto. En absoluto.

Peter le mostró el camino por el pequeño pasillo. Una habitación a la izquierda, al lado del baño.

—Gracias, Peter, no quería ser brusco contigo, pero necesito encontrarla.

Parecía asustado y murmuró: —Sí, claro.

Idiota, pensó Cash. —Otra cosa.

—Sí.

— ¿Puedes darme el número de celular de Tanya? Olvidé pedírselo a su padre.

De nuevo, lo leyó en voz alta. Cash lo guardó. Peter se fue.

Llamó al móvil de Tanya. Su buzón de voz decía simplemente: «Hola, soy Tanya. Deja un mensaje».

Seguía funcionando, no estaba desconectado.

Llamó a Steele.

— ¿Thompson?

—Sí, ¿puedes buscarme un registro de un teléfono celular?

—Sí, nombre y número.

—Tanya Lever.

Leyó el número.

—La chica desaparecida.

—Sí. Me encontré con tu hijo en la casa Glebe. Se ve saludable, pero tal vez es como dijiste. Ha empezado a consumir, pero aún no es adicto ni habitual. Podría inhalarla, ¿quién sabe?, pero un malhechor llegó a la casa mientras yo estaba allí. Nikolay, un criminal. Estaré encima de Adam mañana. Todo el día.

—Gracias, me pondré en contacto contigo con los registros de llamadas.

—Gracias, adiós.

¿Por dónde empezar en la habitación? La cama estaba sin hacer, pero estaba seguro de que Peter había revisado la habitación. Parecía el tipo de persona que hace eso. Retiró el edredón negro de la cama. Sábanas azul bebé, manchadas aquí y allá con lo que parecía semen. Pero para eso necesitaban a los de la escena del crimen.

Hizo una nota mental para llamar a los policías con los que se había reunido Lever. Almohadas blancas. El colchón de la cama de matrimonio estaba en el suelo. Lo levantó lentamente. Polvo, un condón viejo, algunos envoltorios de Cadbury. No era el tipo de persona ordenada. Pero nada más. Empezó a quitar la sábana, se detuvo, buscó en el bolsillo de la chaqueta unos guantes de plástico negro. Se los puso. Empujó el colchón contra la pared. Vio caer algo al suelo. Con cuidado, retiró la sábana, la revisó lentamente, encontró una jeringuilla en la parte inferior de la sábana de abajo. Se rascó la barbilla sin afeitar. Vellos ásperos. — ¿Qué carajo es esto?, se preguntó.

Volvió a llamar a Steele. —Otro favor, jefe.

—Sabes que ahora me lo debes.

—Sí.

— ¿Qué?

—Tengo una jeringa, usada. Necesito saber lo obvio.

—Dame la dirección. Enviaré a alguien.

Lo hizo. Fue a la cocina, encontró una bolsa de basura amarilla con olor a limón en el armario, envolvió la jeringuilla en papel higiénico y la dejó caer dentro. Sabía que Steele le pediría el favor en algún momento. Este trabajo se estaba complicando. Volvió a la habitación de Tanya.

Había mucha ropa en el armario. Había un estante superior sobre el que pasó las manos. Nada. Buscó en los bolsillos de toda la ropa. Vestidos, faldas, chaquetas, jeans y camisas. Dos billetes de cinco dólares en el bolsillo de un par de Levi's, nada más. Se acercó a los alféizares. Pasó las manos por las repisas. Nada. Abrió una ventana. Miró hacia el jardín. El contenido de un cenicero había sido arrojado allí. Cómo deseaba tener a su disposición a todo el equipo de la escena del crimen. Seguro que la policía había estado en la habitación y la había revisado. Salió por la ventana al jardín y encontró otras dos zapatillas usadas. Los recogió. Tomó más papel higiénico, las puso en la bolsa.

Volvió a entrar. Ahora la cómoda. Abrió el cajón superior. Ropa interior, algunas medias negras, leggings, como los llamaran. Cinco o seis paquetes de Peter Stuyvesant, paquete suave. Eran cigarrillos fuertes. Tenía Peter Stuyvesant Lights; estos eran los suaves. Algunos encendedores. Los encendedores eran el signo de una fumadora empedernida, que nunca quería que la pillaran sin fuego. En el segundo cajón había camisetas, sujetadores, algunos paquetes pequeños de galletas Oreo, como cuatro por paquete, un poco de hierba, unos cuatro gramos en una bolsa de plástico como la que te dan en el banco.

Eras bailarina, se dijo en voz baja. Luego pensó: No ganabas mucho dinero. Si te ibas de fin de semana, llevabas la hierba y los paquetes de tabaco. Era casi lo primero en tu lista, porque querías relajarte y divertirte con quien estuvieras. ¿O la persona con la que estabas tenía la hierba? ¿Coca? ¿Eh? Confiabas en ellos. Puede que estuvieras enamorada de ellos.

Pero, ¿por qué esconderse? ¿Por qué huir? ¿Tan difícil era hacer una llamada de celular a papá? Tal vez era papá. Tal vez estaba harta de él. No sería la primera vez. ¿Tal vez era un imbécil autoritario? ¿O un monstruo? Todo sobre la mesa.

¿Me estaba engañando Doug Lever?, pensó. Sr. Piel Limpia no tan limpia. Tenía que hablar con Chantal sobre Doug Lever. Porque estás viva, Tanya, —se susurró a sí mismo.

Otra vez esa relajación, pensó. Hazte hombre, Cash. Encuentra a la maldita chica. Hazlo.

¿Había pasado Peter por la habitación y había dejado estas cosas? El tercer cajón estaba lleno de pantalones cortos, algunas minifaldas; en el cajón de abajo había otra bolsita de hierba, quizá dos gramos debajo de una pila de viejas revistas Vogue.

Se acercó al cesto de la ropa sucia y lo vació. Un teléfono móvil cayó al suelo. Lo tomó. Lo encendió. Nada. La batería estaba descargada. Era un Samsung, de la misma marca que el suyo. Lo cargaría en casa. Se preguntó si Peter lo sabía. También podría haber sido colocado allí. Lo guardó en el bolsillo opuesto al trasero, del pantalón que había sacado y lo volvió a la bolsa de basura con olor a limón.

Fue en busca de Peter. La casa era más grande de lo que pensaba. Pasó por delante de la habitación de Peter, que era como la de un soldado, en contraste con la de Tanya. Asomó la cabeza. La cama estaba hecha. Armarios cerrados, cajones cerrados, persianas ligeramente abiertas, dejando entrar algo de luz. Entró, miró a su alrededor en busca de lo que no estaba seguro. Quiso abrir los cajones, revisar los armarios. Pero volvió a salir.

Siguió caminando por el pasillo, donde encontró a Peter en un gran

despacho que era a la vez una segunda sala de estar. Estaba sentado en un escritorio, tecleando en un portátil junto a la ventana trasera, que daba a un pequeño patio. El despacho era como su dormitorio. Estaba impecable. Había un sofá de cuero marrón, un televisor inteligente, más pequeño que el del otro salón. A un lado del escritorio, una nevera, más grande que una nevera de bar pero no de tamaño normal, un conjunto de archivadores junto a su escritorio en el otro lado. Una lámpara de escritorio roja.

—Peter, —dijo.

Peter siguió tecleando y dijo: —Sí, ¿has terminado en la habitación?

— ¿Puedes dejar de hacer lo que estás haciendo?

—Lo siento, ¿qué puedo hacer por ti? Lo siento, ¿qué puedo hacer por usted?

— ¿Revisaste su habitación?

—Un vistazo casual, nada más.

— ¿No sabes lo que había allí?

—No.

— ¿Sabes si consumía drogas?

—Fumaba hierba.

— ¿Tenía novio? ¿Venía aquí?

—No que yo sepa, pero tenía invitados por la noche, debo decir.

— ¿Nada permanente?

—No. No lo sé. Yo lo habría sabido.

—Bien.

— ¿Has terminado?

— ¿La policía revisó la habitación?

—No.

—Voy a echar otro vistazo rápido.

Volvió al dormitorio de Tanya. Abrió la ventana de nuevo, salió. Revisó las colillas fuera de la ventana. Todas eran Stuyvesant y Kent. Los Kent eran cigarrillos totalmente blancos; era fácil reconocerlos. Había al menos veinte de cada uno. Ella tiraba el cenicero ahí fuera cada vez que se llenaba. Supuso que si había consumido hierba o H, entonces no había problema. Eso era lo que hacía. Pero sólo dos marcas. Volvió a Peter.

—Últimas preguntas.

—Sí.

— ¿Qué marca de cigarrillos fumas?

—B&H.

— ¿Tanya no tenía novio?

—No.

— ¿Novia?

—No.

—Voy a salir. Ya me voy.

—En realidad no puedes salir, —dijo. Hay una cerradura. Yo lo haré por ti.

Cash volvió al coche. Sus pensamientos se agolpaban en su cabeza. Iba a ver a Annie ahora, pero tenía que esperar a que el hombre de Steele recogiera las pruebas. Llamó a Steele, preguntó cuánto tardaría, lo pusieron en espera y le dijeron que treinta minutos. Se preguntó si Annie fumaba. ¿Qué marca de cigarrillos? No quiso preguntar; esperaría a ver. Sonó su celular. Era Annie.

—Sí, Thompson.

— ¿Le importa si nos encontramos en un café? No tengo comida y me he quedado sin café.

— ¿Cuál?

—Gabby's en Campbell Parade.

—Iré en media hora.

—Llevo un buzo con capucha rojo.

—Bien.

CAPÍTULO SEIS

Billy Hassan era alto, moreno, piel aceitunada, cara de niño, pelo negro y espeso, corto, prolijo con una raya muy marcada en el lado izquierdo. Un peinado popular entre los jugadores de la liga de rugby y los bogans. Llevaba pantalones rectos azul oscuro, una camisa de cuadros blancos y azules de Country Road y mocasines marrones en los pies. Alguien le había dicho que tenía buen aspecto. Cuando Hassan preguntó a qué se referían, la persona respondió: «Como un gángster». No le gustó. No le gustó la persona. Organizó que lo golpearan en Roslyn Street después de que saliera de Baron's una noche, donde había pasado horas jugando al ajedrez, aspirando cocaína. Ahora ya no parecía un gángster, o eso creía él, pero conservaba la presencia amenazante. No muchos la tenían, pero Hassan sí. En su trabajo, era esencial.

Hassan estaba en la oficina de su club de striptease de Kings Cross, The Razor Club, mirando hacia lo que él llamaba Junkie Lane. Las puntas naranjas de las zapatillas usadas le llamaban la atención. Cristales rotos, cigarrillos aplastados bajo los tacones o tirados descuidadamente al suelo para que se quemaran. A menudo veía a hombres y mujeres drogándose allí, posiblemente con material que habían comprado a alguno de sus traficantes. También había visto a drogadictos cogiendo por ahí, retozando como perros en la calle.

Estaba esperando a Nikolay. Miró la aplicación de CCTV instalada en su portátil y vio a Nikolay entrando en el club. Abrió la ventana, se sentó y encendió un cigarrillo. Como parte de su plan de superación personal había querido dejarlo. Abbott, el predicador de la Iglesia de la Nueva Luz, había sido un consejero de la vida; a cambio, le proporcionaba diferentes apartamentos, drogas y chicas para sus fiestas privadas en estos apartamentos por una tarifa inferior a la habitual.

En el último trabajo de Cash para Steele en la Fiscalía, había hecho

mella en la base de poder de la Iglesia Nueva Luz tras arrestar al dueño de un motel y destapar una red de prostitución en el Motel Carrington. El Razor Club estaba casi justo enfrente, en Darlinghurst Road, la media milla sucia de Kings Cross. Los tres candidatos de Abbott al Senado a mitad de mandato fueron desenmascarados y obligados a retirarse. Pero el libertinaje simplemente se trasladó de lado a apartamentos privados alquilados por pequeñas empresas que en realidad nunca existieron. Hassan no conocía la conexión entre Adam y su padre. Adam no era más que una vía de entrada al mundo desenfrenado de los estudiantes en busca de drogas y buenos momentos. Sus amigos ricos también. Hassan quería el mercado estudiantil de la droga y a todos sus parásitos. También quería que algunos de ellos consumieran heroína. Los traficantes medios, para controlarlos más fácilmente. Nikolay estaba haciendo progresos, pero Hassan no estaba seguro de que fuera la persona adecuada para el trabajo.

Hassan vio a Nikolay ante la gran puerta de acero plateado de su despacho. La abrió antes de que pudiera llamar. Lo atrajo hacia sí, lo abrazó y le dijo: —Nikolay, hermano mío.

Nikolay le devolvió el abrazo y dijo: —Sr. Hassan.

—Siéntate. —Hassan caminó detrás de su escritorio.

Nikolay se sentó.

Hassan estaba fumando y preguntó: — ¿Quieres un cigarrillo?

—No, gracias. Voy a tomar un café después de esto. Lo espero.

—Cuéntame qué pasa con la casa compartida de Glebe.

—Les gusto. Soy como un amigo peligroso. Les gusta mostrarme a sus amigos. Este es Nikolay, dicen. Me inclino, sonrío y digo: Puedo conseguirte lo que quieras, lo que tu corazón desee. Me río cuando lo digo, pero ellos saben que es verdad. Hoy tengo que entregar unos gramos de hierba. Algo de E, cien viajes de ácido. El chico y su novia, Gina, me sacaron un poco más. No quiero que me supliquen, todavía.

— ¿Un comienzo entonces?

—Más que eso. Creo que puedo conseguir cuatro o cinco camellos que vendrán a mí y luego traficarán con sus amigos. No son sólo estudiantes; tienen amigos ricos que simplemente no hacen nada en todo el día. Tienen dinero. ¿Por qué trabajar? Me refiero a los jóvenes de colegios privados y demás. Los que han terminado el duodécimo curso, no saben qué hacer y no están en la universidad o en un curso. Beben en The Golden Sheaf, Bondi Hotel o lo que sea, y luego van a clubes nocturnos...

— ¿Algo más?

—Me tratan como a una especie de animal exótico, todo músculo, nada de cerebro, el loco con el que se drogan.

Hassan sonrió. Sí, ahora sabía que tenía al hombre adecuado. — Muy bien, Nikolay. Creo que eres el indicado. Me has convencido. Cumpliré nuestro trato. Cuanto más producto muevas, más te pago. Pronto tendrás una buena vida, amigo mío.

—Gracias, Sr. Hassan.

—Pero problemas... ¿algún problema?

—No veo ninguno, no. Había un tipo, bien vestido, ¿cómo se dice? Un Abo, un tipo de piel oscura que llevaba una chaqueta con una camisa de cuello abierto. Un tipo grande. No me tenía miedo, en absoluto. No sé qué hacía allí. Tenía el aspecto de otro traficante.

— ¿Su nombre?

—Nombre extraño. Carter o algo así.

Hassan lo conocía como Cash Thompson, un policía de la Fiscalía, no un traficante. No hizo la conexión. Thompson llevaba más de un año fuera de su mundo. Abbott lo sabría. Nunca lo olvidaba.

— ¿Un aborigen?

—Sí.

—Pregúntale a tu nuevo amigo, Adam. Necesitamos saber estas cosas.

—Lo veré mañana. Lo haré.

—Estos chicos y estudiantes tienen padres ricos, lo sabemos, pero con el dinero también viene el poder. Puede haber oportunidades para chantajear, intimidar, acosar. De crear miedo. Debemos estar abiertos a todo.

—Haré lo que sea necesario.

—Sé que lo harás Nikolay, gracias. ¿Todos tus distribuidores están bien?

—Sabe que sí... por el dinero que traigo.

—Sí, la vida es buena.

CAPÍTULO SIETE

Cash aparcó en la avenida Lamrock, pagó el parquímetro con un golpe de su tarjeta de crédito. Se detuvo un segundo. ¿Qué carajo había averiguado en realidad? Tanya desaparecida durante tres semanas pero Peter no le dijo una mierda. Una tal vez yonqui sin novio bailando en una jaula. Encaja perfectamente. Tal vez el extraño comportamiento de Peter lo había distraído de la tarea. Steele diciendo que estaba relajado lo había puesto en blanco. Volvería a ver a Peter sin haber sido invitado y se ensañaría aún más con él.

Dio la vuelta por Campbell Parade, donde le golpeó el viento que soplaba desde Bondi Surf. La playa parecía desierta, pero siempre había gente paseando y bañándose, independientemente de la temperatura. Vio algunos paseantes y surfistas, pero ningún bañista. En su juventud había venido aquí y nadado en todas las épocas del año. Era un practicante de bodysurf, no surfista.

Vio a Annie sentada fuera, bajo una sombrilla marrón. Un mechón de cabello rubio asomaba bajo la capucha roja. Con un café con leche delante, era la única que estaba fuera, fumando un cigarrillo. Tenía las mejillas regordetas; supuso que estaba, si no gorda, un poco regordeta bajo la capucha. Tenía los ojos verdes. Lo miró fijamente.

Se sentó, extendió la mano y dijo: —Soy Carter; puedes llamarme Cash.

Annie le estrechó la mano y dijo: —Annie.

— ¿No fumas Kent?

—No, ¿por qué?

—Siempre me sorprende cuánta gente joven sigue fumando.

—No lo entiendo.

— ¿Cuál de las amigas de Tanya fuma Kent?

—Mac fuma esa marca.

— ¿Su novio?

—Su novia, Angie. Se llama Angie McAndrew. Yo la llamo Mac, pero nadie más lo hace.

— ¿Cómo la encuentro?

—Tengo su móvil.

Ella se lo leyó en voz alta y él marcó el número en su celular.

—Bien, pero no sé qué carajo está pasando aquí. Le pregunté a Peter si tenía novio o novia. Me dijo que no. Está jodidamente desaparecida... puede que le haya pasado algo malo a tu amiga, a ti y a ese tarado. A Peter no parece importarle una mierda.

—Oh, oh, guau. Um. Angie vive en North Bondi. Hablé con ella hace unos días. Ninguno de nosotros sabe nada.

—Nada. Ella desapareció. Pfft. Así.

—Ojalá lo supiera, de verdad. A mí sí me importa. No sé qué decir.

—Su padre no la ha visto en tres semanas. No hay contacto. Peter dijo que la vio el miércoles, hace tres semanas. Se suponía que trabajaría en Fever el jueves. ¿Lo hizo?

—Sí. Creo que sí. Sí, lo hizo. Maldición, quiero decir, por supuesto. Yo estaba allí.

— ¿Con quién se fue?

—Con Angie.

— ¿Estás segura?

—Sí.

— ¿La has visto desde entonces?

—No.

— ¿A dónde iban?

—Angie tiene una casa en la costa sur, en Nowra.

— ¿Fueron allí?

—Creo que sí.

— ¿Cuándo desapareció entonces?

—No la he visto desde el jueves.

—Ganamos un día justo ahí. Ya no está desaparecida desde hace tres semanas. Ahora sólo veinte días.

—Claro, —dijo ella, confusa.

— ¿Qué dice Angie que pasó?

—Dice que pasaron tres días allí y volvieron. La dejó en la casa de Darlo.

—Eso sería el domingo.

—Sí.

—Ganamos tres días más.

— ¿Estaba Peter allí?

—No lo sé.

—Dame un segundo.

Llamó a Peter.

—Hola.

—Peter, soy Thompson. ¿Estabas en casa el domingo cuando Angie

dejó a Tanya allí hace diecisiete días?

— ¿Eh?

—Ya me has oído.

—Oh, no estaba no. Le dije que...

—Me dijiste que ella no tenía novia también.

—Yo... no sabía que la tenía. Pensé...

—Volveré allí para verte. —Terminó la llamada. Le preguntó a Annie—: ¿Qué crees que le pasó?

—Creo que conoció a un tipo y está con él en alguna parte, escondida.

— ¿Es así? ¿Se mueve en ambos sentidos?

— ¿No lo hace todo el mundo?

—La verdad que lo sé. ¿Por qué dices un tipo?

—Ya tiene una chica.

— ¿Algo más que puedas decirme?

—Supongo que no estoy tan preocupada como su padre. Es una chica lista. Su padre puede ser un poco sobreprotector.

—Bien. Necesitaba oír eso.

Annie sonrió.

— ¿Y su jefe en el club, el amigo de Peter?

—Está muy implicado. El club está en llamas. Su nombre es Blake. Mi jefe también, pero apenas me habla. El gerente del bar me cuida. Realmente no lo conozco.

— ¿No bailas?

—De ninguna manera. Estoy detrás de la barra.

— ¿Me das la dirección de Angie? La dirección en Nowra también.

—Dame tu número de celular otra vez. Te lo enviaré ahora.

Lo hizo.

— ¿Puedes relajarte un poco?, —preguntó ella.

Él se rio. —Lo siento, creo que Peter me ha jodido. ¿Sabes por qué?

—Peter se cree Andy Warhol o algo así. Cuidando de chicas jóvenes, consiguiéndoles trabajo, entrenándolas para ser geniales.

— ¿Hay otras chicas?

—Ve a su casa un viernes por la noche, ya verás.

—Iré. ¿Puedes enviarme los enlaces de tus redes sociales? ¿También los de Peter?

—Sí, —dijo ella, agachó la cabeza hacia su móvil y empezó a hacer clic como una loca. Algunos mensajes llegaron a su bandeja de entrada.

—Gracias, —dijo él, y volvió a preguntar: — ¿Se te ocurre algo más? ¿Antiguos novios?

—No.

— ¿Dónde está el camarero?

—Tienes que pedir en el mostrador.

—Oh.

—Tengo que irme, —le dijo ella.

—Bien.

—Creo que aparecerá pronto, —dijo Annie. Se dio vuelta y se marchó.

Decidió no tomar café. La información le daba vueltas en la cabeza. Se dirigió a la tienda de surf de Campbell Parade, que llevaba allí desde antes de que llegara el dinero a principios de los noventa. Compró una toalla y prendas para surf. Cruzó a toda prisa Campbell Parade, bajó rápidamente por el parque por el camino de cemento. Giró a la izquierda por el aparcamiento y entró en el gran pabellón. Organizó un casillero, se puso la ropa de surf y no se quitó la camiseta roja. Hacía unos doce grados, no más, se echó la toalla al hombro y bajó hasta las banderas.

Se quitó la camiseta roja, se puso el broche de seguridad que le habían dado junto a la ropa de surf, además de la llave del casillero. Caminó hasta unos metros antes del oleaje, corrió, luego saltó al agua, se zambulló bajo una pequeña ola rompiente, con la cabeza helada. Luego volvió a salir disparado por el otro lado de la ola, casi dio un aullido pero bajó la cabeza y siguió remando. Atravesó otra serie de olas, salió aún más lejos, hasta el fondo, donde las olas empezaban a elevarse.

Pisó el agua, su cabeza se balanceó junto con la corriente, el oleaje. Las nubes estaban moradas hasta el horizonte, pero él seguía sonriendo. Olvidando a una chica desaparecida, a su novia desaparecida, al pobre Mick, y al gran Aaron. Adam y Steele. Un respiro de todos ellos durante unos minutos.

Empezó a llover. Era el único que salía por detrás de las olas. La gente que caminaba por la playa parecía hombres de palo, los autobuses, los coches que subían y bajaban por Campbell Parade parecían juguetes.

Había vivido en Bondi durante el último caso con Steele, cuando su mejor amigo Ari había sido asesinado por Sally Bois. Se vengó, consiguió paz también. Pero esos malditos adictos a los cristales, Chantal de nuevo en escena. Adam y ese matón.

La lluvia arreciaba. La sintió en la cabeza, siguió sonriendo mientras nadaba más cerca de la orilla donde podía nadar sobre algunas olas. Fue paciente, vio la que quería, la esperó, cronometró la ejecución de unirse a la ola demasiado despacio, nadó con fuerza, la alcanzó a tiempo, se dejó llevar a gran velocidad, puso el brazo derecho por delante, se guio a lo largo de la ola, pura alegría, regocijo. La ola

chocó. Volvió a salir nadando. Repitió el movimiento cuatro o cinco veces, luego entró. Tomó la camiseta, corrió por la playa con la toalla hasta la ducha caliente.

Hombre. Fue increíble.

De vuelta en el coche, llamó a Doug Lever, le contó todo lo que había pasado. Lo que Annie le había dicho sobre no preocuparse demasiado. No mencionó lo que ella había dicho sobre él. Todavía no. Cash creyó notar que Lever se calmaba un poco por lo que le había dicho de Annie.

Llamó a la infame Angie, no pudo comunicarse, dejó tres mensajes. El estrés volvió momentáneamente cuando no pudo contactar con ella. Arrancó el coche, se alejó de la acera. Había instalado un equipo de sonido con clase, dijo: —Pon Billie Holiday.

Sonó Lover Man. Sonrió; todo estaba bien en el mundo, al menos por poco tiempo.

Aparcó el coche delante de su casa en Erskineville, abrió la puerta principal esperando a medias que Aimee hubiera vuelto. No había vuelto. Ni siquiera una llamada.

Mierda.

La había jodido, pero tampoco tenía elección. Esta vez sí. Vio su portátil en la mesa de la cocina, sabía que debía comprobar a todos los implicados en el caso Tanya, las redes sociales, menciones de cualquier tipo en cualquier parte. No lo hizo. Entró en su dormitorio. Se quitó los zapatos, se metió debajo del edredón y se durmió casi al instante.

CAPÍTULO OCHO

Adam y Gina estaban en el dormitorio de Adam. Tenían un poco de heroína. Adam quería inyectarse, probarla de nuevo así. Gina estaba dispuesta a inhalarla. Acordaron inhalar dos rayas cada uno y guardar el resto para más tarde, cuando volvieran a casa de la discoteca. Ya empezaba la atracción, la atracción de la heroína por consumir más, por guardarla para cuando parecía darles mejor resultado.

Colocó una mesita de cristal junto a la cama. Su madre (separada de Steele) le había regalado la mesita porque sabía que le gustaba tomar café en la cama por las mañanas. Era un niño mimado. Hoy en día, el café se acompañaba de dos cigarrillos, y luego de una segunda taza con un pequeño porro para soltarse o enderezarse si se quería. Estar drogado era la nueva normalidad. A Gina también le gustaba fumar hierba, pero a última hora del día, después de hacer todas las cosas que quería hacer. Venía de padres protestantes con su ética de trabajo intacta en ella. Adam era una mala influencia, pero ella estaba en ese punto de su vida en el que eso estaba bien. Se reía cuando se lo decía después de la hierba o la H. Eres una mala influencia para mí.

Esparció un poco de heroína de color blanquecino sobre la mesa. Tomó una cuchilla de afeitar (mejor que una tarjeta de crédito), la separó en cuatro líneas. Se metió la primera línea por la nariz en cuestión de segundos. Le ofreció a Gina el billete de veinte dólares que había utilizado; ella se adelantó. Ambos sintieron un zumbido de placer instantáneo. Él inhaló la segunda línea; ella inhaló su segunda línea.

Ella se quitó la camiseta azul. No llevaba sujetador. Él se quitó la camiseta verde. Empezaron a besarse, despacio, lánguidamente, luego con más pasión. Él empezó a bajarle los pantalones con cordón. Ella se levantó de la cama y se puso delante de él. Él se los

bajó, luego las bragas amarillas al suelo; ella se las quitó, separó los pies. Le besó el vientre, le acarició los pezones. Ella suspiró profundamente.

Le pasó las manos ligeramente por el trasero, se acercó a sus piernas y la hizo separar más los pies. Le puso la mano en su intimidad mojada y ella volvió a suspirar. Utilizó el dedo mayor para frotarle el clítoris suavemente, despacio, una y otra vez, una y otra vez. Ella empezó a gemir y él siguió. Ella agarró su pelo y lo sujetó con fuerza entre sus manos. Él seguía pasándole el dedo por todo su húmedo clítoris. Ella separó más los pies, le agarró más fuerte del pelo; él la besó y la acarició. Ella gemía fuerte, le agarraba el pene mientras él seguía acariciándole el clítoris.

Le dijo: —Más despacio, cariño.

Él redujo la velocidad. Ella suspiró de nuevo, le tocó ligeramente la mano, la movió una mínima fracción. —Ahí, —dijo.

Él mantuvo el dedo allí, moviéndolo lentamente alrededor, arriba y abajo, en el lugar al que ella lo había guiado.

Ella gimió en voz alta. —Sí, nene, sí, ahí. —Le besó los pechos y le lamió los pezones—. Aah, ahh, sí... sí, aaaah. —Llegó al éxtasis con fuerza. Le acercó la cabeza a los pechos y volvió a agarrarle el pelo con la otra mano. Aguantó unos instantes, con la respiración entrecortada. Soltó una risita y dijo: —Carajo, qué bien se siente después de inhalar un poco de H. Vaya.

Volvió a reír, sacudió la cabeza, lo miró y dijo: —Ahora te toca a ti.

Él le sonrió a través de la niebla del subidón de heroína.

Después, ella lo besó suavemente. Él se puso de lado para mirar la mesita junto a la cama y le dijo, dándole la espalda: —Quedémonos en casa, hagamos el resto aquí, ahora.

Ella le rodeó la cintura con el brazo y dijo: —Sí, a la mierda salir. Esto es increíble. Inhalaremos las líneas. Quiero que me cojas esta vez. Justo después de inhalarla, sí.

—Lo que quieras.

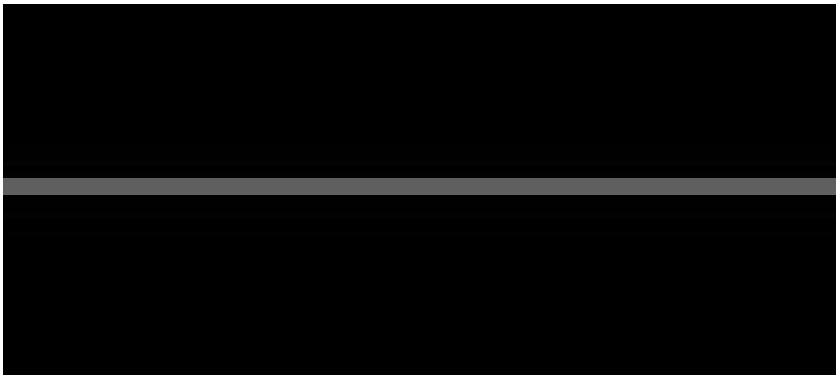
—Necesitaremos más después, tal vez.

—Puedo llamar a Nikolay, pero tal vez mañana. Todavía tengo la hierba que nos dio gratis.

—Genial. Corta las líneas. Hagámoslo.

Una dicha hedonista descendió sobre los dos.

Nikolay, el animal exótico, estaría encantado. Los quería consumiendo.



Nikolay los había conocido en un club de Darlinghurst hacía un mes. Se había presentado un poco borracho, pero no estaba borracho; había visto una oportunidad, había hecho lo que Hassan le había animado a hacer. Adam y Gina estaban con un grupo de amigos. Él iba vestido con unos jeans ajustados y una camiseta blanca. Tenía una serpiente tatuada alrededor del cuello. Esto era un signo Vory de adicción a las drogas en el pasado. Un ataúd tatuado en un antebrazo, era el signo de un asesino. Tenía los tatuajes de amor/odio en los dedos de ambas manos.

Adam y Gina vieron todo esto sin leer su significado, pero pensaron que era un hombre salvaje. En su pecho, sin que nadie lo viera, había billetes de dólar y rascacielos. Un guiño a su paso por las cárceles americanas. Al principio, pensaron que era estúpido. Les incomodaba, pero también los hacía reír de un modo bobalicón. Entonces empezó a contar historias de tráfico de drogas. Les contó

cómo fue a cobrar una deuda de un notorio mal pagador. El hombre le suplicó que le diera más tiempo.

—Se había acabado el tiempo, —dijo—. Tomé un paño de cocina, se lo pasé por el cuello y empecé a asfixiarlo. Se desmayó. Fui a dar una vuelta por su apartamento. Encontré en la cisterna del inodoro paquetes de dinero en bolsas de plástico. Cinco mil dólares. Este imbécil sólo le debía dos mil a mi jefe. Ja, ja, ja.

Adam y sus amigos se miraron, pusieron los ojos en blanco, pero se rieron con él.

—Esperen, que viene lo mejor. Entro en su habitación, la revuelvo, encuentro bolsas de heroína, pastillas de éxtasis... —Sigue riendo y pregunta—: He encontrado oro, ¿no?

—Sí, —se ríen todos.

—Pero eso no era todo. Pensé, no, debe haber más. Volví a la cocina. Este tipo, volvió en sí. Le mostré el dinero, las drogas. Vi la expresión de dolor en su cara.

—Por favor, por favor, —me dice—. Le debo este dinero a Viggo.

—Viggo ya no lo quiere, —le digo riendo—. Este tipo me enferma. Le doy una patada en la cabeza, luego en la espalda, en los riñones. Hago un desastre con él. Mi jefe me ha dicho que le dé un escarmiento.

Adam y Gina se abrazan; los demás están embelesados.

—Entonces empieza a cagarse encima, este tipo. ¿Entienden? Veo la mancha en su trasero. La mancha de mierda se extiende por sus piernas porque lleva pantalones cortos, unos pantalones cortos azules que se vuelven marrones, —se ríe—. Tomo un cubo de la lavandería y se lo tiro por encima, en el suelo de la cocina, huele tan mal.

Nikolay hace una pausa. Un tiempo. Dos tiempos.

— ¿Qué pasó? —pregunta Adam.

—Le disparé. Tenía un silenciador. Le disparé a matar. Fin de la miseria. Fin de la mierda. Vuelvo a la lavandería por una sábana para ponerle encima. Quiero seguir buscando sin ver a este puto muerto.

Vuelve a hacer una pausa. —Tomo una sábana del cesto de la ropa sucia. Maldición. Qué carajo. Hay más dinero, más drogas en el cesto de la ropa sucia. Fin. Fin de la historia.

—Pero, —dijo Adam—, ¿Es verdad? ¿Qué pasó? Me refiero a la policía.

—Es una buena historia, ¿no?, —preguntó riendo—. No es verdad, pero es una buena historia.

Adam y sus amigos se rieron como locos. Gina estaba medio temblando, medio riendo.

Nikolay se levantó y dijo: —Ahora invito yo. Les he dado un susto. Invito a todos a una copa, ¿de acuerdo?

Así fue como empezó.

La historia también había sido cierta.

CAPÍTULO NUEVE

▪

Cash se despertó. Se estiró, gimió con fuerza. Se levantó de la cama. Fue a la cocina, preparó café. Se sentó en la silla roja de la mesa de la cocina. Eran las diez de la noche. Llamé a Aimee y contestó.

—Hola.

—Hola a ti, —dijo.

— ¿Dónde estás?

—En casa.

— ¿Cómo está Mick?

—Hoy lo operaron para sacarle la bala y repararle la clavícula.

— ¿Lo has visto?

—Sólo esta mañana.

— ¿Cómo resultó tu nuevo cliente?

— ¿La chica desaparecida? Estaba preocupado después de hablar con su padre. Luego conocí a su compañero de piso. Es un pez raro. El radar se disparó... ¿sabes cómo es?

—Sé cómo eres.

—Sí. Conocí a su mejor amiga, Annie, que cree que ha conocido a un chico. Su ambivalencia me dio confianza. Las mejores amigas saben estas cosas, o lo sabían. Pero sigo preocupado.

—Tengo la sensación de que este caso ya te ha enganchado.

— ¿Vienes?

—No.

— ¿Cuándo vendrás?

—Sabes lo único que te dije: aléjate de esa zorra con la que me engañaste. Lo sabes.

—Yo también tengo un segundo trabajo. El hijo de Steele. Quiere que lo siga. Puede que esté metido en líos con unos traficantes.

—Ignora lo que he dicho Cash; ya pasará.

—Lo siento. Necesitaba un abogado. Me trajo el caso de la chica desaparecida. Yo…

—Aléjate de ella. Dile que no. Nada de trabajos. Nada de sexo. Nada de llamadas. Nada de ser tu abogada.

—Lo haré, lo haré. Este caso con Adam, el hijo de Steele. Es interesante. Este tipo estaba en la casa de Glebe y...

—Puedo deducir por el sonido de tu voz lo que está pasando. Estás enganchado en ambos casos. Te conozco cuando consigues estos grandes casos: personas desaparecidas. Te consume.

—Te llamaré mañana.

—Llámame todos los días. Te quiero. Por favor, no vuelvas a contactar con ella. Lo sabré.

—No lo haré.

Aimee era una chica chino-australiana de la que se había enamorado tras conocerla en un café de Darlinghurst. Desde el principio, fueron inseparables. Luego conoció a Chantal a través de un cliente. Llevaba ropa cara y sexy. Era inteligente. Eso era lo que más le gustaba. Lo inteligente que era. También había observado que era despiadada. El hecho de que su hija no le hablara lo hirió profundamente. Hizo una nota mental para intentar ponerse en contacto con ella mañana.

Se preparó otro café. Pensó en el dinero que le habían pagado hoy.

Era una apuesta decente. A veces, las partidas en la trastienda de Eyden eran muy grandes y tenía que bajarse, pero no esta noche, pensó. Si ganaba algunas partidas pronto, aumentaba aún más su apuesta... podía pasar cualquier cosa.

Abrió su portátil y entró en la página de Facebook de Tanya Lever. Había una foto suya con un vestidito negro como imagen de perfil. Estaba preciosa, aunque diferente de la foto en la que aparecía bailando en la jaula. Menos salvaje. Más pequeña. No había marcado nada como su trabajo o su antigua escuela, pero sí como soltera. Tal vez lo estaba cuando abrió la cuenta, pero no había cambiado nada desde entonces. Fue a los mensajes. La última entrada era de hacía cuatro semanas exactamente. Annie y ella estaban tomadas del brazo en un club, levantando vasos de chupito hacia la persona que hacía la foto. Las dos llevaban jeans ajustados y blusas recortadas. Sonrisas radiantes. La vida no es buena, decía, ¡es jodidamente genial! Pero él sabía por experiencia la falsedad de Facebook. La vida de la gente podía parecer maravillosa, pero cuando la investigabas era otra historia. En su trabajo, tenía motivos para investigar mucho más que el común de la gente, que podría estar investigando a sus amigos o enemigos.

Repasó los mensajes, en su mayoría imágenes felices de tipo similar, pero a ella le gustaba comentar lo que estaba viendo en Netflix u otros servicios de streaming, mucho más que un simple: Me encantó. Hacía comentarios de tipo forense.

Revisó todos los comentarios para ver si había un patrón de abuso o desacuerdo con alguien. No lo había. Salvo que había un tipo que no paraba de decir cosas como: Muy bien, amiga, la vimos hace siglos o por qué tan seria, dame un respiro, no fue tan buena, etcétera. Se llamaba Bent. No podía saber si era un apodo o si se llamaba así al ver el perfil de Bent. No había fotos de él. La foto de perfil era una foto de Ally Sheedy de The Breakfast Club. No ponía la edad, ni las escuelas, ni la ubicación, ni nada. Pero Bent no era un troll, no mirando sus mensajes. Publicaba mucha música de los 60 y 70.

Decidió que era una madriguera de conejo por la que no iba a bajar. Volvió a hacer todo el recorrido por los mensajes de Tanya. Se había unido hace cuatro años. Nada más destacaba como malo.

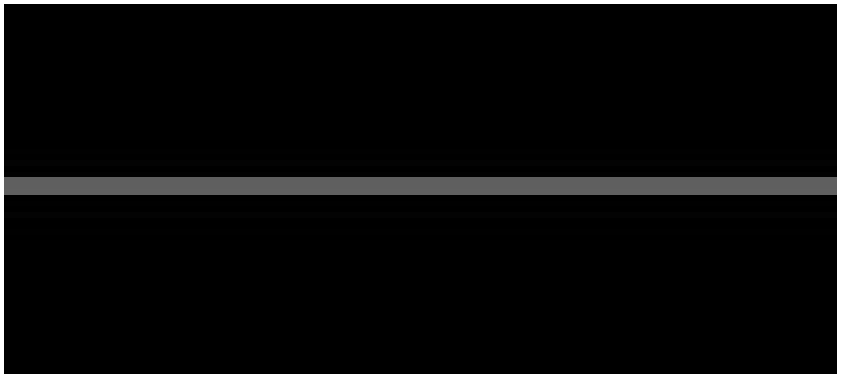
Ningún mensaje abusivo de otros. Annie también le había enviado los enlaces de Instagram y Tik Tok de Tanya, pero no la había seguido. Se ocuparía de eso mañana.

Volvió a llamar a Angie. Dejó tres mensajes más. Annie también le había dado la dirección de Nowra. No conocía a nadie por allí. ¿Valía la pena conducir? Pensó que sí. El lugar perfecto para escapar, no muy lejos. Perteneciendo a su novia sería fácil tener una llave. Si Angie contestara el maldito teléfono, la vida sería más fácil.

Se dio una ducha. Ya era casi medianoche. El partido habría empezado o estaba a punto de empezar. Eyden le había dicho la última vez que siempre tenía un sitio en la mesa. Él también necesitaba saber sobre esos adictos a los cristales. ¿Qué demonios? Podría haber sido peor, mucho peor.

Se vistió con unos Levi's negros, un polo azul oscuro, chaqueta de traje negra. El dinero aún estaba dentro cuando se la puso. Se calzó unas botas marrones con cordones. Tomó las llaves del coche de un cenicero vacío que había en la mesa de la cocina. Salió por la puerta y dudó un momento. La chica había desaparecido, su padre estaba preocupado, debería... no, ya había hecho bastante por hoy. Annie pensaba que estaba a salvo, con un chico en alguna parte.

Caminó por el pasillo, abrió la puerta. Lloviznaba ligeramente; hacía frío, pero lo hacía sentirse vivo. Subió a su coche, arrancó el motor y dijo: Pon Ella Fitzgerald. Su madre era la influencia del jazz, su padre del rock y el country. Cuando salió a la calle, Ella empezó a cantar sobre un día de niebla.



Eran cinco jugando a las cinco cartas, sin comodín. Un turco llamado Bey, que era amigo de Eyden. Un jugador profesional llamado Anton Hennesy. Dos tipos griegos jugando en el bar narguile por primera vez, y Cash. Le iba bien, llevaba ganados un par de miles. Cash era un jugador conservador a menos que viera la oportunidad, entonces iba con todo. La estrategia funcionaba. Ganó otra gran mano.

El turco dijo: —Esta noche ha habido suerte.

—Nada que ver con la suerte.

— ¿Quién eres tú?, —preguntó el turco.

—Te he dicho mi nombre. Lo mismo hizo Eyden cuando me presentó al sentarme.

—Suerte esta noche.

—Nada que ver con...

—Te oí la primera vez.

Siguieron jugando. Hennesy también ganaba, pero no mucho. Pagaría su habitación de hotel, la cena y unas copas. Jugaba aquí para practicar, para mantenerse en tensión para cuando jugara las grandes partidas.

Los griegos y Bey perdían constantemente. Los dos griegos de

mediana edad estaban más interesados en beber que en aprender a jugar. No eran jugadores de póquer novatos, pero tampoco experimentados. Estaban allí para decir que habían jugado al póquer toda la noche. Una anécdota.

Entonces Hennessey dijo tras ganar otra mano: —Tengo que irme.

Eyden, que había estado mirando, dijo: —Gracias por venir. Puedes jugar aquí cuando quieras.

—Lo haré, gracias. —Se levantó y se fue.

—Yo también me voy, —dijo Cash.

—Eh, Sr. Cash, quiero recuperar mi dinero, —dijo Bey.

—Esta noche no, campeón. Me voy.

—Cabrón. Vete, —dijo.

—Ya he tenido bastante contigo. Ven afuera y te patearé...

—Oye, oye, —dijo Eyden—, creo que esta noche se acabó el juego. Las cosas están un poco desordenadas.

Eran las cuatro de la mañana.

—Cash, ven al bar de enfrente; te conseguiremos una bebida, algo de comer.

—No, me voy, gracias. Pero, ¿podemos hablar un momento?

—Claro.

Entraron en el despacho de Eyden. Cash preguntó: — ¿Por qué no me dijiste que esos dos eran adictos a los cristales? El cobro de la deuda se fue a la mierda, pero tengo la sensación de que ya lo sabes.

—Sabía que consumían. No sabía que estaban fuera de control. ¿Estás...?

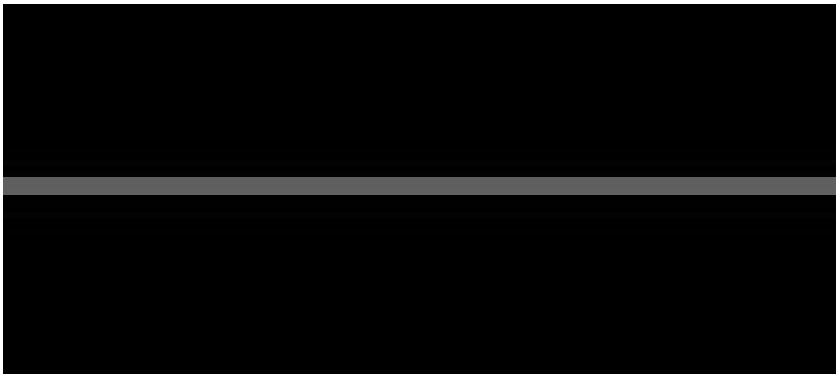
—No voy a cobrar, pero probablemente puedes olvidarte de tus diez

de los grandes.

—Tengo algunos trabajos para ti. Lo haré bien. Unos buenos trabajos de cobro de deudas. Te llamaré alrededor de las 3:00 pm mañana; hablaremos.

—De acuerdo, tengo que irme. —Cash se fue.

Eyden volvió a Bey, dijo, —No funcionó. Pensé que él podría empezar algo de inmediato. Entonces podrías hacerlo en represalia, pero aún no ha terminado. Me pagaron por esto.



Cash aparcó su coche delante de su casa. Subió por el camino. Puso la llave en la puerta. Algo duro le golpeó en la nuca. Cayó rápidamente. Miró hacia arriba. Bey estaba de pie cerca de él.

—Le disparaste a mi amigo. Lo dejaste en el hospital. Su chica está casi muerta.

Bey arremetió, pateó a Cash en un lado de la cabeza, desorientándolo aún más. Se desplomó y esperó la paliza. La barra de hierro cayó. Cash movió rápidamente la cabeza hacia la derecha. Un movimiento de boxeo desde el suelo de la lona. Un recuerdo. Bey volvió a subir la barra de acero. Cash arremetió, rozó con su bota las canillas de Bey, con fuerza, lo golpeó. Cash rodó hasta el lecho del jardín, rodó una segunda vez, se levantó inestable.

Bey le golpeó el brazo derecho con la barra de acero. Cash lanzó

tres golpes de izquierda en el lado derecho de la cabeza de Bey. Pop, pop, pop. Bey giró. Volvió a atacarlo con la barra. Cash retrocedió, aún aturdido. Bey giró con fuerza, pero con el brazo redondeado. A Cash le dio tiempo de apartarse, pero tropezó al volver al camino y la barra de acero lo golpeó en la boca, rompiéndole algunos dientes. Le entró sangre en la boca. Intentó mantenerse firme.

Los faros los iluminaron a ambos. Bey se quedó inmóvil. Cash lo golpeó con un derechazo bajo las costillas. Le rompió unas cuantas. Bey soltó la barra de acero. Corrió. Pero el coche simplemente había hecho un giro en U. Bey se fue calle abajo, no estaba confiado sin su arma. Cash cayó al suelo, exhausto, herido. La sangre le goteaba de la boca. El coche se alejó. El conductor no quiso detenerse, aunque había visto la sangre y la barra de acero.

Cash llegó a la puerta principal, con la llave aún en la cerradura. La abrió. Entró lo más rápido que pudo. Cerró la puerta. Apoyó la espalda contra la pared. Se puso en cuclillas. Le temblaban las manos.

Era la primera vez.

Mierda.

Se miró las manos con incredulidad. Se levantó lentamente. Eyden, pensó. ¿Pero qué carajo...? ¿El cobro de la deuda había sido un montaje? ¿Qué le había hecho a Eyden? Eran amigos. ¿Fue algo o alguien más? Estos dos últimos días han sido un puto infierno.

En el cuarto de baño, se lavó la boca. Le faltaba un diente en el lado izquierdo y se había roto otros tres o cuatro. Pensó que le dolería más, pero entonces se palpó la nuca, la espalda, donde había caído la barra de acero. Magullado. Lo sintió todo a la vez. Jadeó al mirarse en el espejo por la impresión y el dolor. Caminó despacio hacia la puerta principal. Se aseguró de que estaba bien cerrada. Recorrió la casa y se aseguró de que todas las ventanas estuvieran cerradas.

Aún le temblaban un poco las manos.

Mierda.

Se acabó el póquer. En cierto modo era un alivio. ¿Qué demonios había estado haciendo allí? No era su lugar. Estaba tratando de ser algo que no era.

Relajado, había dicho Steele.

Había dejado la buena vida cuando conoció a Aimee. Dejó de tomar speed, dejó de beber toda la noche. ¿Qué estaba pasando con él? Se fue a la cama. Puso el despertador a mediodía. Tendría que ver a su médico, encontrar un dentista. El dolor empeoraba. Abrió el cajón superior de la cómoda que había junto a la cama. Sacó cuatro Panadol del paquete y se los tragó en seco, ya que no creía que pudiera ir y venir hasta la cocina. No había baño privado en esta vieja casa. Cerró los ojos. Esperaba que el sueño llegara pronto.

CAPÍTULO DIEZ

Se despertó a las diez de la mañana. Le dolían un poco el cuello, el brazo derecho y la espalda. Pensó que no tenía nada roto, sólo magulladuras. Le dolía la boca. Se pasó la lengua por los afilados dientes rotos, palpó el hueco donde había estado el diente pequeño de la fila superior. Miró el móvil en la cómoda. Lo tomó. Aaron había llamado varias veces. Pulsó el botón de remarcación. Empezó a sonar.

Aaron respondió rápidamente. —Amigo, amigo, deberías venir ahora.

— ¿Qué?

—Lo operaron ayer por la tarde, pero la herida... tiene infección. Es grave.

— ¿Qué? Mierda. ¿Qué tan grave es?

—Puede que no sobreviva.

— ¿Así? ¿Tan rápido?

—No soy un maldito médico, Cash. Ven aquí, ahora.

—Sí, sí. Voy para allá.

Maldición. ¿Podría este mundo empeorar? Llamó a Aimee.

—Hola.

—Deberías venir a ver a Mick.

—OK.

—Está mal, dijo Aaron. Algo relacionado con una infección. Tal vez

de la bala. La operación para sacarla, arreglar la clavícula... se le infectó. Aaron está preocupado. Dijo que debería ir ahora.

— ¿Puedes recogerme?

—Sí, pero, um...

— ¿Qué?

—Nada. Voy a darme una ducha, voy enseguida.

La ducha fue dolorosa, estaba doblado como Quasimodo. Salió. Tomó algunos analgésicos. Entrar en el coche fue peor. Se había limpiado la boca, pero estaba hinchada de color púrpura, el diente que le faltaba era obvio.

Ella entró en el coche mientras él conducía hacia la parte delantera, se inclinó para besarlo y dijo: —Jesús, Cash. ¿Qué carajo te pasó?

—Anoche me tendieron una emboscada en la puerta principal. Un amigo de los dos yonquis a los que disparé. Estaba jugando a las cartas en Eyden's. Te alegrará saber que no volveré allí.

Se echó a reír.

Cash sacudió la cabeza y preguntó: — ¿Qué?

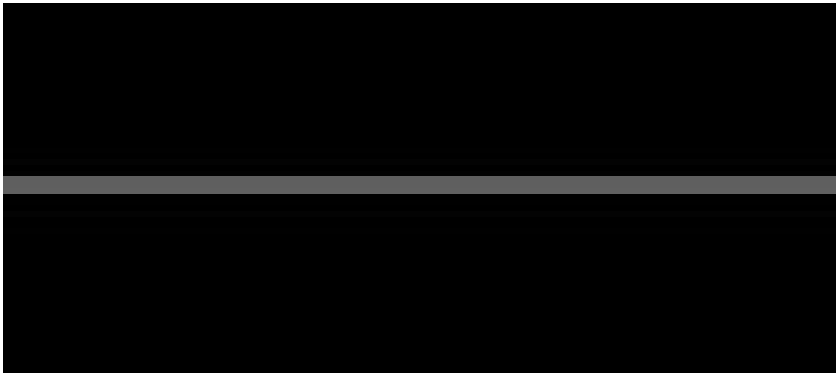
—No tienes buen aspecto, Cash. Sé que a ti también te gusta pensar que te ves muy sexy, pero no en este momento.

Ella siguió riéndose, él sacudió la cabeza y empezó a reírse también. No era de los que estallaban en carcajadas, pero el muro de contención se rompió y los dos rieron con ganas, se abrazaron, se calmaron, siguieron sonriendo. Se alejó de la acera sintiéndose mejor hasta que recordó adónde iban y por qué. Dijo: —Reproduce Mi Nene me Cuida.

Nina Simone empezó a cantar.

Aimee dijo: —Te quiero, nene.

—Yo también.



Aaron estaba solo en la habitación del hospital. Su novia se había ido a trabajar. Mick estaba conectado a un par de máquinas. No tenía buen aspecto.

— ¿Qué demonios te ha pasado?, —preguntó Aaron.

—Gajes del oficio, —dijo, arrepintiéndose al instante. Sacudió la cabeza. Dijo: —Olvídate de mí. ¿Qué está pasando aquí?

—Está inconsciente, —dijo Aaron.

— ¿Cómo sucedió?

—El doctor dijo que puede pasar, como una cosa rara. Los gérmenes entran en la herida a través de equipos no esterilizados, personal del hospital, incluso los gérmenes en el aire. Podría ser una enfermera o....

Aaron se abrazó a sí mismo. Aimee lo rodeó con el brazo. Cash puso la mano en la nuca de Aaron, apretó fuerte y dijo: —Lo siento, amigo. Lo siento, hermano.

—No es culpa de nadie. Está aguantando.

—Creo que deberías irte a casa, Aaron, has estado aquí toda la noche, ¿no?

—Sí. Quiero estar aquí por si se despierta. Quiero que vea a su

familia. Soy la única familia aquí. Todos los demás en Dubbo, no vienen. Estoy esperando.

—Voy a buscar café, —dijo Cash.

Se alejó por el pasillo, sorteó una máquina de café y se dirigió a la cafetería principal de la planta baja para conseguir algo decente. Pidió tres cortados grandes y cargados y tres magdalenas de chocolate blanco y bayas. Esperó, oyó que lo llamaban por su nombre. Puso los cafés en una bandeja y las magdalenas en tres bolsas de papel blanco. Pulsó su tarjeta de crédito. Volvió caminando despacio, dolido físicamente y, ahora, espiritualmente por Mick.

¿Por qué Eyden había hecho lo que hizo? Cash tenía mucho que averiguar. No podía dejarlo pasar. Eyden dijo que llamaría a las tres de la tarde. Cash no podía imaginar que haría ahora. También tenía dos casos en los que trabajar. El tiempo era importante en los casos de personas desaparecidas. Pensó que quizá Doug Lever había dejado pasar demasiado tiempo. Tenía que volver a llamar a Angie. Seguir a Adam o a Gina, o a ambos. Averiguar para quién trabajaba el ruso. Probablemente para Hassan. Entregó los cafés y las magdalenas.

El gran Aaron devoró la magdalena, bebió rápidamente el café y dijo: —Oh, amigo, gracias, Cash. Lo necesitaba.

— ¿Quieres otro?

Aaron se encogió de hombros y dijo: —Creo que lo necesito.

Todos rieron por lo bajo.

Aimee dijo: —Esta vez iré yo.

—Yo también, —dijo Cash—, otro café y una magdalena.

Se encogió de hombros y se fue.

Aaron dijo: —Lo llaman ISQ. Infección del sitio quirúrgico.

— ¿Te han dicho cuáles son las probabilidades?

—Alrededor del tres por ciento de morir, pero Mick está peor de lo habitual.

— ¿Seguro que no quieres ir a casa, refrescarte?

—Tengo que estar aquí si se despierta.

—De acuerdo. Pero escucha, grandulón. Tengo que seguir moviéndome. Aimee se quedará aquí contigo. Lo hablamos en el coche. Se quedará. Si quieres intentar echarte una cabezeadita en la silla de ahí —señaló una silla naranja acolchada que había en un rincón de la habitación—, adelante. Aimee no trabaja hoy. Supongo que le habrás contado a tu madre lo de la infección.

—Todavía no.

— ¿Estás seguro que está bien no haberle contado?

—No puedo tenerla preocupada durante días o semanas por esto. Debe ser como una curita, hermano. Si ocurre, la arrancaré y se lo diré. Si no, aguantaré.

Aimee volvió. Los tres bebieron más café, comieron en silencio. Cash esperó otra hora, luego se fue. Condujo hasta Glebe. Se detuvo a un lado de Glebe Point Road, llamó a Adam con el número oculto. Adam contestó.

Cash terminó la llamada. Adam estaba en casa, eso era todo lo que necesitaba saber. Esto iba a implicar observarlo todo el tiempo. Era jueves; esta noche iría a Fever. A ver a las chicas bailando en jaulas. Molestar al gerente, a menos que Tanya apareciera. Aparcó a unos cien metros de la casa de Adam. Llamó a un dentista. Llegó a la una en Darlo.

Golpeó la guantera. Tenía unos prismáticos que sacó. Quizá no los necesitara si seguía fresco y soleado como ahora. Encendió un cigarrillo. Inusualmente, era el primero del día. Abrió la ventanita triangular y sacó un poco de ceniza.

Terminó el cigarrillo.

Llamó a Angie.

Ella contestó. —Hola.

— ¿Angie?

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre es Carter Thompson. El padre de Tanya me contrató para encontrarla. Lleva desaparecida casi tres semanas, pero eso ya lo sabes.

—Yo... no he sabido nada de ella. No sabía que la daban por desaparecida.

— ¿Qué piensas de ella?

—Ya no es mi novia... a menos que tenga una maldita buena razón para no ponerse en contacto conmigo.

—Bien.

Cash no sabía qué pensar. Tenía que verla, hablar con ella, ver su lenguaje corporal. —¿Podemos vernos hoy más tarde?

— ¿A qué hora?

— ¿Qué tal a las 2:00 pm?

— ¿Dónde?

— ¿Estarás en casa?

—Sí, y sí, estaría bien. Tanya es preciosa. No entiendo todo esto.

—Dame tu dirección, hablaremos más tarde.

Ella lo hizo.

Puso su celular en el bolsillo de su chaqueta. Había movimiento fuera de la casa de Adam. Él y Gina estaban entrando en un coche. Se acercó los prismáticos a los ojos; era un viejo Humber. Sonrió. Siempre le gustaron esos viejos cacharros. Grandes, voluminosos, seguros. Adam se puso al volante, Gina en el asiento del copiloto. Se pusieron en marcha. Cash se puso un sombrero de fieltro de color

oscuro, arrancó el motor y se alejó de la acera un par de segundos después que ellos. Los siguió unos cinco coches por detrás y tres por delante. Se dirigían a Broadway, en dirección a la ciudad. Él los siguió. Giraron por Eddie Avenue bajo el puente del ferrocarril, subieron la colina a la izquierda y tomaron Oxford Street a la derecha. Cash tuvo que reducir la velocidad; ahora sólo había un coche entre ellos. Se preguntó adónde irían justo cuando giraron a la izquierda en Oxford Street, junto al muro infame, donde la mayoría de las prostitutas callejeras masculinas trabajaban al amparo de la noche, y hasta el corazón de King Cross.

Atravesaron Darlinghurst Road, Cash aún a dos coches de distancia. Siguieron la curva de la carretera hasta Macleay Street y encontraron una plaza de aparcamiento enfrente de donde se celebraban los mercadillos de fin de semana. Cash giró a la izquierda en Hughes Street y encontró su propio sitio. Salió rápidamente del coche, volvió corriendo a Macleay Street y los vio cuando volvían a Darlo Road. No entraron en el Razor Club. Entraron en un café de la calle principal, unas tiendas más atrás del motel Carrington.

Vio a Nikolay salir del Razor Club, cruzar la calle y entrar en la cafetería. Cash pasó junto a ellos, cruzó al otro lado y se sentó en la ventana del bar de enfrente, observando. No podía ver el interior, sólo esperar a que se marcharan.

Quince minutos después, salieron con Nikolay. Cash dio un trago a su cerveza fría y los siguió, pero subieron al coche demasiado rápido para él. Se marcharon por la calle Macleay antes de que pudiera llegar a tiempo a su propio coche. Pero lo sabía. Ahora estaba confirmado que, de algún modo, estaban involucrados con Nikolay y, por asociación, con Billy Hassan.

Llamó a Steele, le contó lo sucedido y se disculpó por haberlos perdido. —Volveré a Glebe mañana. No volveré a cometer el mismo error.

— ¿Qué te dije, Carter? No estés relajado. Vuelve al juego. Sé quién eras cuando trabajabas para mí. La Fiscalía es por un bien mayor.

—Tienes razón. Estuve relajado.

Esa maldita palabra, pensó.

—Lo intentaremos de nuevo mañana, Carter, —dijo Steele, y terminó la llamada.

Tenía un par de horas antes de ir a ver a Angie. Condujo hasta el dentista. Arregló su dentadura lo mejor que pudo, consiguió una corona provisional para el diente que le faltaba. Condujo la corta distancia hasta St Vincent en Darlinghurst. Encontró a Aaron y Aimee sentados en sillas de plástico con cojines naranjas en la habitación de Mick. Aimee estaba llorando. Aaron tenía los ojos enrojecidos. Mick no estaba en la cama.

— ¿Qué pasó?

Aimee levantó la vista y corrió hacia él.

La abrazó fuerte y le preguntó: — ¿Qué pasó? —Ya sabía la respuesta.

—Murió. Mick ha muerto.

Aaron levantó la vista. Volvió a bajar la cabeza. Carter sintió una oleada de dolor; luego una oleada aún mayor de culpa se extendió sobre él. Él había tenido la culpa. Su primo había muerto. Había afectado a toda una familia. Su familia. Eran hermanos, amigos. Su maravillosa risa. Cada vez que Mick subía al coche con él había un pequeño saludo, luego un intercambio sobre los trabajos de recolección que tenían que hacer. Un chiste de Mick sobre uno o todos los trabajos. La risa. Una rutina. Una forma de vivir.

Una alegría.

Ahora se había ido.

CAPÍTULO ONCE

Nikolay estaba en el asiento trasero del Humber de Adam y les dijo: —Este coche es diferente. No es un coche para huir, pero es diferente.

Se miraron en el asiento delantero y se echaron a reír. La sonrisa de Gina podría provocar una guerra; era joven, guapa, enamorada, despreocupada y toda esa mierda. A prueba de balas. Adam estaba más feliz que nunca. Miró rápidamente a Nikolay mientras conducían por la calle Macleay y le preguntó: — ¿Adónde vamos, Nikolay? ¿Por dónde?

—Gira en U. Atraviesa Kings Cross por Victoria Street, gira a la izquierda en Craigend Street y a la derecha en Nimrod Street. Te enseñaré la casa cuando lleguemos.

— ¿Quién es la persona con la que hemos quedado? —preguntó Gina.

—Hoy conoceremos a la gran sacerdotisa, tu nuevo contacto. No se ofendan, por favor. Me caen muy bien, pero mi jefe me necesita en todas partes. Esta es su nueva conexión. Si quieren algo, lo que sea, ella se los conseguirá. Pero lo siento Srta. Gina. Sólo Adam puede entrar. La Suma Sacerdotisa tiene reglas.

— ¿Cómo se llama?, —preguntó.

—Se llama Hathai, —dijo Nikolay—. Es un nombre poco común que significa corazón. Hathai es todo corazón y calidez.

Cada vez más curiosa por no poder conocer a la gran sacerdotisa, Gina preguntó: — ¿De dónde es?

—De Tailandia, pero aún es joven. Más joven que nosotros tres.

— ¿Cuántos años tiene? —preguntó Adam.

—Diecinueve.

Adam giró hacia la calle Nimrod y recorrió unos cien metros. Nikolay dijo: —Aquí. Ésta con la valla baja de ladrillo. Aquí vive Hathai.

Adam y Nikolay salieron del coche. Adam llevaba unos Levi's 501 y una camiseta negra bajo una cazadora azul oscuro. Nikolay con un traje negro sobre una camiseta negra, anillos en los dedos, pavoneándose como siempre. Abrió la verja y entró en el pequeño patio, seguido de Adam. En la puerta principal agarró la aldaba, la golpeó con fuerza contra la puerta, Adam se quedó quieto detrás de él. Esperaron cuarenta o cincuenta segundos, hasta que la puerta blanca se abrió en silencio.

Nikolay susurró: —Hathai, Hathai.

Una voz suave respondió: —Nikolay, ¿eres tú?

—Sí, y Adam. Recuerda que te hablé de Adam.

—Sí, pasen.

La puerta se abrió de par en par, pero lo único que Adam vio fue un destello de color amarillo brillante que se alejaba por un pasillo oscuro. Siguió a Nikolay dentro; caminaron por el pasillo, siguiendo los pantalones babuchas amarillos. Una larga cabellera negra caía por la espalda de su bata naranja; se volvió hacia ellos justo antes de la cocina, a la izquierda.

Adam contempló el rostro más hermoso que había visto nunca.

Ojos de gato almendrados, brillantes, de color verde esmeralda. Sus dientes rectos, blancos y brillantes, un pequeño hoyuelo en la barbilla. Una pizca de pequeñas pecas en el puente de su nariz ancha. Vio que Adam la observaba fijamente, ligeramente inclinado, mirándola a los ojos todo el tiempo.

Él le devolvió la sonrisa.

—Adam, eres más joven de lo que pensaba. Nikolay suele describir a la gente a la perfección.

Adam, con su cabello desgreñado y su suave barba, le parecía que podría haber salido del plató de Scooby Doo. Buscaba a los chicos y chicas que hacían travesuras y Scooby, como el canguro Skippy, los salvaba. Ella le haría travesuras.

—Nikolay, como siempre eres fuerte y hermoso.

Se rio y dijo: —Estoy a tu servicio.

Su voz era algo que Adam nunca había oído antes. Había conocido a otras tailandesas en restaurantes y cafés, pero la de ella era totalmente única. Como los ajíes, era picante pero también suave y acogedora. Un canto de sirena. —Vengan los dos a la cocina. Hay cosas que hacer.

Los tres se sentaron alrededor de la pequeña mesa circular de roble en tres sillas de madera. La cocina era grande, moderna, con bancos y superficies de acero, excepto por una enorme y anticuada olla arrocera, abollada y magullada, que estaba en el suelo, debajo del fregadero.

Le preguntó a Adam con aquella voz de sirena: — ¿Cuánto necesitas? ¿Inhalas o te inyectas? —Hizo ambas preguntas con la misma naturalidad con la que preguntaría por el tiempo.

Adam le sonrió. —Unos gramos para Gina y para mí, eso es todo. Solemos fumar o inhalar —le mintió. Eso es lo que solían hacer.

—Ah, ¿sabes que fumar heroína se llama perseguir al dragón?

Adam sonrió de nuevo, no podía dejar de sonreír, dijo: —Guau, perseguir al dragón, ja, ja.

Nikolay dijo: — ¿Y tus amigos?

—Sí, necesito dos onzas de hierba, algo de ácido o E, si tienes. Quizá veinte pastillas —Nikolay sonrió al oír esto— y anfetaminas, quizá diez gramos en bolsas de un gramo.

Nikolay interrumpió: —Si aumentas el pedido la próxima vez, tendrás tu uso personal gratis.

—Adam, —dijo Hathai—, hoy te daré la heroína gratis. Trata de interesar a tus amigos y a sus amigos. Todos podemos ganar mucho dinero.

—Mis amigos le tienen un poco de miedo a la heroína.

—Pero si te ven consumirla sin problemas y nosotros, Nikolay y yo, siempre tendremos cubierto tu consumo personal, tanto si te lo puedes permitir como si no.

—Genial, genial, —dijo Adam.

— ¿Té para los dos?, —preguntó.

—Sí.

Gina se quedó en el coche enloquecida y celosa. Pensó que era Nikolay quien hacía la transacción. Pero sobre todo tenía curiosidad por verla. De ver a Hathai.

Bebieron té y charlaron de nada. Del tiempo y demás. Hathai encendió incienso. Luego dijo: —Ven conmigo, Adam, voy por tu pedido.

La siguió un poco más por el pasillo. Ella entró en su dormitorio, lo tomó de la mano y lo hizo pasar. Tenía una gran cama con dosel y una cubierta azul claro, como una mosquitera, pero más suave, más bonita. Una gran cómoda, armarios empotrados. Un espejo grande y largo contra la pared, frente a la cama. Ella se volvió hacia él y le dijo: —Eres joven y guapo.

Él se quedó estupefacto ante su belleza.

Ella le besó suavemente los labios.

Él fue a devolverle el beso, pero ella se alejó, sonriendo, y dijo: —Tiempo para eso más tarde.

Fue al armario empotrado. Había varios cajones en un lateral. Se

afanó, abriendo y cerrando, sacando de tres o cuatro de ellos pequeñas bolsas transparentes llenas de polvo blanco. Papel marrón, bolsas de sándwich llenas de onzas de la hierba que Adam quería. Las metió todas en una bonita bolsa de inspiración indígena, se la dio a Adam y le dijo: —Un regalo para ti y tus amigos. Dale el dinero a Nikolay en la cocina. Estaré contigo enseguida.

Adam, en trance, hizo todo lo que ella le dijo.

Le dio el dinero a Nikolay, que dijo: —Hathai se ocupará ahora de ustedes. Iré a visitarlos a Glebe de vez en cuando. Somos amigos, ¿no?

—Sí, somos amigos.

—No vengas al club tampoco.

— ¿Por qué no?

—No es para ti, amigo mío. Allí va mucha gente peligrosa sin autocontrol. Si le dices algo malo a la persona equivocada, puede pasar cualquier cosa. Hathai es hermosa; ocúpate de ella. Pero no te enamores —dijo riendo, sabiendo que Adam ya estaba encaprichado.

Adam no sabía dónde mirar. Hathai volvió rápidamente a la cocina. Se quedó mirándola. No podía dejar de posar sus ojos en ella. Aquel beso. Ella sonreía. Sus dientes eran hermosos, como todo en ella. Los ojos, esa preciosa nariz, el hoyuelo; también olía muy bien, a jazmín.

—Tu novia está en el coche, Adam, tráela la próxima vez. Me gustaría conocerla. Se llama Gina, ¿verdad?

—Sí, lo haré, sí, me voy. Nos vemos Nikolay. Encantado de conocerte, Hathai. ¿Puedes darme tu celular para que pueda...?

Ella le entregó una tarjeta blanca en la que sólo aparecía su número de móvil.

Él la miró. No dijo nada. Se dio vuelta, caminó por el pasillo. Abrió la puerta principal. Fue al viejo Humber, entró. Arrancó el coche.

Gina preguntó: — ¿Cómo era?

—Increíble. Calmada y tranquila. Quiere conocerte la próxima vez.

—Genial. Sería genial.

Pero Adam ya sabía que no iba a traer a Gina con él la próxima vez que viniera a ver a Hathai.

CAPÍTULO DOCE

Cash, pasándose la lengua por los dientes fijos, aparcó delante de la casa de Angie en North Bondi, pensando todavía en Mick. Su casa no estaba tan lejos de donde había matado a Sally Bois. Pudo ver que también tenía un garaje debajo. Había una puerta de seguridad con un interfono. Pulsó el botón.

Esperó.

Esperó un poco más.

Carajo.

Lo pulsó de nuevo.

—Hola, ¿eres Carter?

—Sí, ¿puedes verme?

—Sí.

—Comprobando, eso es todo.

—Empuja la puerta ahora; no hay timbre, pero funciona.

Cash empujó. Funcionó. Subió los escalones blancos hasta la puerta negra, que se abrió al llegar al último peldaño. Había una mujer pequeña. Mayor de lo que él pensaba. Tal vez cuarenta años. Tenía líneas en las comisuras de los ojos y en la frente. Llevaba pantalones de lino blanco y una camisa. Vio que no llevaba sujetador y que tenía los pechos pequeños, el pezón del derecho apenas visible por la abertura de la camisa. Tenía el cabello castaño claro con flequillo pegado a la cara, tal vez para ocultar las cicatrices de acné de ambas mejillas. Las marcas de viruela se veían con claridad, pero en cierto modo añadían carácter en lugar de fealdad.

Quizá las arrugas eran de fumar. Llevaba sandalias en los pies, algo que él no había visto a nadie en años.

Extendió la mano y dijo: —Soy Carter Thompson. La gente me llama Cash.

—Creo que me gusta más Carter, —dijo ella, estrechándole suavemente la mano.

—Es tu prerrogativa. A mí me da igual.

—Entonces, Carter. Adelante, por favor.

Se sentaron frente a frente en cómodos sillones de cuero beige a juego. Intentó imaginarse a la elegante Angie en la cama con Tanya en su mugriento dormitorio con envoltorios de chocolate y manchas de sangre mezclados en las sábanas.

No pudo.

Pensó en las colillas de los ceniceros. Las colillas tiradas fuera de la ventana, en el lecho del jardín. Este apartamento estaba inmaculado. Nada fuera de lugar. Como el decorado de una obra de teatro o de una película.

— ¿Fumas?, —le preguntó.

—Sí, pero no dentro.

—Claro, pero si estuvieras en la casa de Tanya en Darlinghurst, ¿estaría bien?

—Qué grosero eres. Y yo que pensaba que parecías un caballero, con tu ropa de moda de los 90 con la que la mayoría de la gente no se vería ni muerta. La camisa roja y la ridícula chaqueta de cuero negro como si fueras una especie de versión mala de Nic Cage de Lost Highway.

—Eso se sintió como un golpe, Angie. ¿A qué te dedicas?

—Soy una booker de modelos. Tengo mi propia agencia.

—Bien, gracias, así que cuando hables de ropa y demás, te escucharé, pero estamos aquí para encontrar a tu novia, así que ahora es tu turno.

—Yo... la quiero de vuelta.

—Cuéntame todo. ¿Cuándo la viste por última vez? Las dos fueron a la costa sur. A tu casa de vacaciones el jueves hace tres semanas.

—Sí.

— ¿Qué demonios pasó? ¿Hubo discusiones?

—Pasamos tres noches allí. Sin discusiones. No pasó nada malo. Volvimos, pasamos otras dos noches aquí, luego una noche en su casa, y luego nada.

—Según mis cálculos, eso hace que sólo lleve desaparecida quince días. Estoy consiguiendo algo con toda esta puta mierda de conversación.

— ¿Qué?

—Su padre me dijo que llevaba desaparecida tres semanas, pero ahora sólo son quince días. No sé qué averiguó la policía. Nada, por lo que parece.

—Estoy haciendo un seguimiento de esto.

— ¿Odiaba a su padre? ¿Creía que interfería demasiado?

—Mencionó que no le gustaba... este modo de vida de su hija.

— ¿Te refieres al sexo lésbico?

—Sí, los encuentros lésbicos, como tú tan brillantemente dijiste.

—¿Podría Tanya... podría estar en tu casa en Nowra sin que lo supieras?

—Es posible.

—¿Conoces a los vecinos? ¿Podrías llamar a alguien?

—Soy como una forastera allí.

— ¿No bajabas en el barco e ibas a pescar? ¿No comías en el bar local? Ningún joven a tu lado, sólo la chica tímida con la que lo estabas pasando bien. Nada de chiquillos por los que babear. Nunca salías, excepto para comprar comida y alcohol.

—Eso es todo, Carter. Eres un tipo inteligente. Estoy empezando a quererte de verdad.

—En serio, ¿nadie a quien puedas llamar?

—La casa está escondida. Hay puertas de seguridad. Un seto enorme. Privacidad es lo que quiero cuando voy allí.

—Puertas de seguridad. Jesús.

—Ella podría estar allí, eso es lo que quiero decir.

— ¿Fumas cigarrillos Kent?

—Sí, ¿cómo...?

—Muchas colillas encontradas en la habitación de Darlinghurst de la joven Tanya. También, en el lecho del jardín y descartables usados, jeringas si lo prefieres.

—Yo fumo. No uso drogas como esas.

—Tanya lo hace, sin embargo, y mi siguiente pregunta es: ¿podría estar muerta? ¿Se inyectó una dosis demasiado alta o algún traficante fracasado lo hizo?

—Maldita sea.

— ¿Podría ser posible?

—No. Era una usuaria ocasional y…

—Ese es el punto en realidad. Una joven inexperta y todo eso. ¿Le presentaste al traficante?

—Ella lo consigue de Peter o del gerente de Fever.

Cash sacudió la cabeza y dijo: —Tenía la sensación de que era así. La amiga de Tanya, Annie, su mejor amiga, dijo que Peter se creía una especie de Svengali, como Andy Warhol o, en el peor de los casos, Charles Sobhraj.

—Mierda. Mira, él encuentra chicas para mí. Le pago una comisión, pero lo hace por toda la ciudad para otras agencias, y también en el extranjero, pero no es Andy Warhol y la maldita cuestión.

—No, pero estoy empezando a pensar que es un cabrón de la más alta clase.

—No sé qué decirte. Creo que es inofensivo. Consiguió heroína para Tanya, pero ella siempre inhalaba y nunca usaba jeringas.

—Pero ahí estaban, en el suelo de su habitación.

—Peter, como dije, es...

—Eso ya lo veremos.

Angie sintió la emoción en su voz. Peter le había mentido; no estaba contento.

— ¿Puedes darme un juego de llaves de tu casa en Nowra?

— ¿Cuándo te vas?

Pensó en el hijo de Steele, en cobrar, en las prioridades, etc., y dijo: —El viernes por la mañana, a menos que pueda encontrarla a través de la gente de Fever esta noche.

—Iré contigo.

—No es una buena idea.

— ¿Por qué?

—Novia celosa, la mía quiero decir. Tú sabes de eso, has vivido un poco.

—Sí, lo sé. Estuve casada con uno.

— ¿No puedes decirme nada más?

—No. Si no está escondida en Nowra, no tengo ni idea. Aunque puede ser asustadiza.

— ¿Y su padre?

—Nunca lo conocí, pero la llamaba todo el tiempo.

— ¿Demasiado?

— ¿Es posible?

—No lo sé. Mi hija no me habla.

—Tienes una amante celosa y una hija renuente.

—Pero volviendo a Tanya, vi esas jeringas en su habitación, otras fuera en el lecho del jardín.

—Era heroína. Creo que sólo lo hizo una o dos veces. Inhalaba. Te dije que quería relajarse, no drogarse.

—Creo que has estado muy rodeada de drogas, has visto a chicas que se han perdido... parte de tu trabajo, supongo.

—Sí, no vi ningún problema con Tanya. Es muy inteligente.

—Pero un poco informal. —Cash supo que había empezado a sermonear, despreciándose momentáneamente por ello. Se detuvo. Se levantó y dijo: — ¿Te importa si echo un vistazo? Por mi propio bien. Para aliviar algunos temores.

Ella sacudió su cabeza y dijo: —Sálvese quien pueda. Hay tres dormitorios al final del pasillo, una cocina que da al patio trasero y al jardín.

Lo vio alejarse cojeando, todavía dolorido.

Fluye, pensó. Qué bien te sienta.

Deambuló por el apartamento, sabiendo que ella no estaría allí pero esperando una pista, algo, cualquier cosa. Encontró el dormitorio de

Angie. Los otros dos dormitorios tenían camas hechas y nada más. Nada, nada. Miró en el armario empotrado. Ocupaba toda la pared lateral, estaba lleno de ropa. Miró aquí y allá, debajo de la cama, detrás de las cortinas. Se rascó la cabeza. No podía husmear como quería; tardaría demasiado. Ella vendría a buscarlo.

En efecto, la cocina daba al patio y al jardín. Había una enorme puerta de cristal en medio, pero él sabía por qué estaba allí. La ventana ocupaba toda la pared del fondo. El jardín era precioso. La hierba era verde a más no poder. Había una piscina que le dio una envidia tremenda en cuanto la vio.

Caminó lentamente por el patio de madera, atravesando y rodeando los muebles de exterior. La valla trasera era alta e impenetrable. Esa intimidad que tanto ansiaba en Nowra también estaba aquí. Era una mujer afortunada. Era un apartamento precioso con vistas a Ben Buckler y Bondi.

Se reunió con ella en el salón. Ella le sonrió y le dijo: — ¿Eres boxeador? Pareces bastante dolorido.

—Solía pelear. Ahora entreno. Me sorprende que lo notes.

—Conozco a mucha gente diferente.

—Apuesto a que sí.

— ¿Algo más, Cash?

Sonaba raro que dijera su apodo así por primera vez.

Se llevó el cabello detrás de la oreja derecha con la mano izquierda y le sonrió.

A él le gustó.

—¿Casada con un hombre o con una mujer?

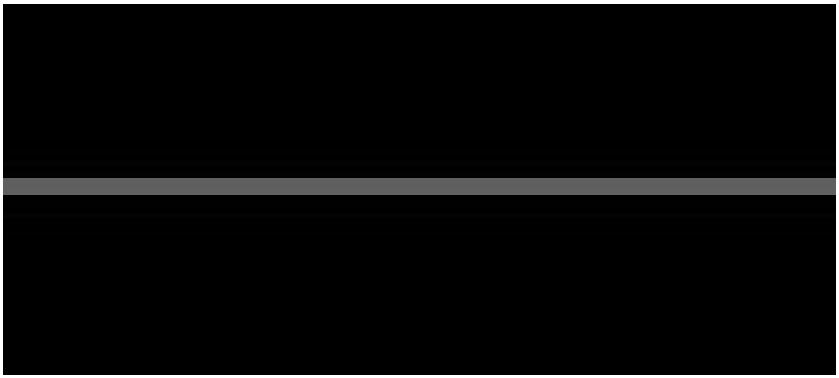
— ¿Qué crees?

—Supongo que con un hombre.

—Has acertado.

—Me tengo que ir.

—Abriré la puerta.



Cuando se hubo ido, Angie llamó a Peter.

— ¿Hola, Angie?

—Sí, quiero saber. ¿Sabes dónde está?

—No.

—Carter Thompson cree que podrías saber.

— ¿Qué? ¿Qué ha dicho? Un hombre horrible. Me amenazó.

—Le compraste drogas a Tanya.

—Sabes que lo hice, pero tú también.

—Pero le mentiste.

—No me gusta.

—Maldita sea, Peter. Vas a conocer a mucha gente en esta vida que...

—No me sermonees. Sé lo que...

—Irá a verte otra vez. Te lo puedo garantizar.

—Mierda.

—Dile la verdad. Está intentando encontrarla. Dile todo lo que sepas, por favor, por mí.

—Por ti, sí. Gracias por hacérmelo saber.

—Yo sería lo más amable posible con el Sr. Thompson. Tiene una forma de ser fuerte. Consigue que se hagan las cosas como él quiere.

A Peter no le gustó su insinuación. Le colgó el teléfono. Si volvía a llamar, le diría que había sido un accidente.

CAPÍTULO TRECE

Cash estaba sentado en su coche. El hecho de la muerte de Mick le pesaba cada vez más. Lamentaba los asuntos pendientes. Debería ir a Dubbo, pero estos sentimientos no desaparecerían y podrían desviar su atención de la angustia que sentía. No podía irse ahora. Aimee iría por él. Hervía de rabia por lo que Peter había omitido. ¿Qué le pasaba a ese imbécil? Intentaba encontrar a la chica, no hacerle daño.

Su móvil sonó.

—Sí, Carter Thompson.

—Hola, Carter, me llamo Lily. Soy la hermana de Adam. Conoces a mi padre.

—Lo conozco. Es un buen hombre. Estoy trabajando en esto con Adam. Hiciste bien en decírselo a tu padre. Está sobrepasado. Lo puedo deducir después de verlo un día.

—No está en peligro, ¿verdad?

—No inmediatamente, no lo puedo saber ahora. Debería reunirme contigo. Tengo un par de horas. ¿Dónde vives?

—En Newtown.

—Hay un café turco cerca del Café Sofía en Enmore Road. ¿Podemos vernos allí en una hora?

—Sí, estoy, ah, sí, puedo estar allí. Sé dónde está.

—Nos vemos en una hora.

Arrancó el coche. Le gustaba conducir este coche, le daba mucho placer. Ahora necesitaba estar tranquilo, no enfadado. Iba a ver a

Peter antes de encontrarse con Lily. Tenía que mantener la calma. Dijo: —Pon Bajo la Vía Láctea, Jimmy Little.

Condujo el Valiant hasta la tranquila calle. Angie lo miró alejarse. Cash tenía la sensación de que Lily era una distracción extra, que complicaba aún más un día ya de por sí nebuloso. ¿Podría aportar algo? Lo dudaba, pero tenía que verla.

Peter llamó a Blake, su viejo amigo del colegio y gerente de Fever.

—Hola Pete, ¿qué pasa?

—Necesito quitarme a alguien de encima.

— ¿Quién y por qué?

—Hay un investigador privado, Carter Thompson, un aborigen, creo. Me está causando problemas.

—No lo entiendo.

—El padre de Tanya lo contrató para encontrarla.

— ¿Y qué?

—Me está amenazando con violencia. Sé que conoces a mucha gente. Pensé que podrías encontrar a alguien que lo asustara o algo así.

— ¿Asustarlo o hacerle daño?

—Ambas cosas, creo.

—Qué emocionante. Proporciono chicas para ciertas fiestas dirigidas por un tipo llamado Billy Hassan. Es lo que se conoce como un miembro de King´s Cross.

— ¿Él podría hacerlo?

—Podría preguntarle.

—Me acusa de todo tipo de cosas. Me llamó no hace mucho, amenazándome, como te dije. Va a venir aquí, pero no le abriré la puerta. Odio que sepa dónde vivo. Necesito que lo hagas rápido. Va a ir a Fever esta noche. Me dijo que sí. Angie también.

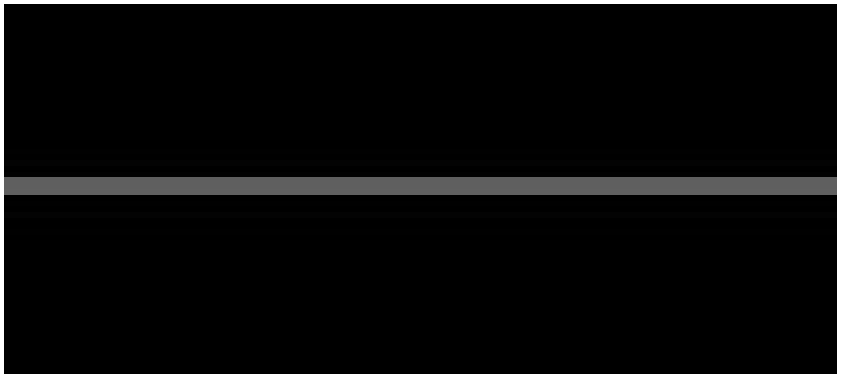
—Haré algunas llamadas. No puedo prometer nada todavía. Hassan no me debe nada. Esto sería un favor que tiene que ser devuelto.

—Lo entiendo. Tengo miedo, eso es todo, viejo amigo. Estamos unidos, ¿no?

—Sí, amigo. Lo estamos. Haré algunas llamadas. Me pondré en contacto contigo.

—Gracias, Blake. Te debo una.

Peter pulsó Fin en su móvil y sonrió ampliamente. Salió a la entrada de la pequeña casa. Bajó las persianas que sus padres habían instalado para la seguridad nocturna. Se apresuró a entrar. Apagó todas las luces de la parte delantera de la casa. Carter Thompson no podía entrar por detrás. Los padres de Peter eran los dueños de la casa y lo dejaban vivir allí sin pagar alquiler, pero aun así le había cobrado a Tanya casi doscientos por semana de alquiler, más facturas y demás.



Cash salió del Valiant y recorrió el corto camino hasta la puerta principal de la casa de Peter. Vio las persianas bajadas y pensó enseguida: —Angie lo ha llamado. Ha cerrado el negocio, el muy cabrón.

Se dirigió a la puerta principal, golpeando con fuerza, sabiendo que no le abriría. Cash sacudió la cabeza. Volvió a su coche. Eran las cinco de la tarde. Tanto hablar. Lo agotaba. Pensó en Lily. ¿Qué podía decirle ella que él no supiera ya?

Llamó a Steele, le preguntó sobre lo que Lily le había dicho. Tenía razón. Nada nuevo. La llamó. Le dijo que no podía reunirse con ella, pero que su padre le había pasado toda la información que le había contado.

Descansaría. Iría a Fever esta noche. Si no podía encontrar a Tanya, iría a la costa sur mañana. Necesitaba a alguien más para controlar a Adam mientras estaba fuera. Ari estaba muerto. Asesinado por Sally Bois. Mick muerto por alguna combinación cataclísmica de su propia dejadez y una extraña infección hospitalaria. Ya no conocía gente. Aimee y él se bastaban el uno al otro... o deberían haberse bastado.

Pensó en Chantal. Tenía que preguntarle por Doug Lever. Ella los había contactado. No le había advertido nada sobre él. Eso era suficiente por ahora.

CAPÍTULO CATORCE

Aimee estaba en su casa cuando él entró lentamente en el salón, aún adolorido por la paliza. Ella le sonrió. —Tienes mejor aspecto que esta mañana.

—Me viste en el hospital.

—Lo sé. Pobre Mick. No puedo superarlo.

—La infección maldita. ¿Cómo estaba el grandulón?

—Destrozado todo el día. Lo dejé hace poco. Volvimos a su casa y Nicki estaba allí también. Ella es una persona fuerte.

—Ahora no voy a ir a Dubbo. Me odiarán por ello, toda esa gentuza, pero no puedo afrontarlo, todavía no. No tengo agallas, lo sé, pero necesito estar ocupado, trabajando.

—No voy a ir sin ti. Tienes que decírselo a Aaron. No le va a gustar.

—Lo sé. Se lo diré. —Cash se acercó al sofá y se sentó junto a Aimee. Se abrazaron. No dijeron nada durante diez minutos y finalmente Cash dijo: —Necesito a alguien que trabaje para mí.

— ¿Cómo quién?

—No lo sé. Conocía a Ari desde hace mucho y a Mick de toda mi vida. La confianza nunca fue un problema.

—Has aceptado dos casos.

—Lo sé.

—Podría trabajar para ti. He trabajado contigo antes y...

—No. Nadie cercano a mí. Además, está la violencia que a veces se

necesita... Quiero decir, gracias, pero...

—Lo entiendo.

—Podría preguntarle a Steele si tiene algún personaje prometedor buscando trabajo extra o... —Se detuvo, pero Aimee lo sabía.

—Si llamas a esa perra, te lo advierto.

—No. No va a pasar. Llamaré a Steele. Tengo que ir a la costa sur mañana. ¿Quieres venir?

—No puedo. Tengo que trabajar.

—Estoy intentando encontrar a la chica desaparecida, Tanya Lever; podría estar escondida allí, en casa de su novia.

—No me lo expliques ahora. Quiero relajarme un poco.

—Esta noche tengo que ir a la discoteca Fever, donde solía trabajar. Si no la encuentro, me iré mañana a las diez.

—Deberías comer algo.

—Podría acostarme antes de salir más tarde.

—Te estás haciendo viejo, Cash. Llamaré a Aaron y le explicaré que no podemos ir a Dubbo.

—Gracias, cariño.

Blake estaba emocionado por lo que Peter le había pedido. Nunca había hecho nada parecido. Hassan podría decirle que se largara, pero tenía que intentarlo. Llamó a Hassan, pero le saltó el buzón de voz.

Se sentó en su pequeño y sucio despacho, que estaba subiendo unas escaleras, junto a los baños unisex. Tenía cámaras de seguridad y toda esa mierda. Un archivador. Un pequeño bar. Sacudió la cabeza. Estaba haciendo tanto maldito dinero. A los clientes les encantaba todo lo retro. Las bailarinas en las jaulas. Las camisetas teñidas que llevaban los camareros con jeans blancos. Sin embargo, podía ser un lío. El dinero desaparecía. El personal recogía sus propias propinas. Lo veía en las cámaras de seguridad, pero no le importaba. La mayoría eran salvajes y modernos y a los clientes les encantaban. Un tipo incluso hacía la tontería del cóctel de Tom Cruise de lanzar las botellas de licor al aire y hacer malabares con ellas. Y si le metían un billete de cincuenta o cien dólares en el bolsillo de sus jeans blancos, le importaba un carajo porque también estaban vendiendo coca, anfetaminas, hierba y E para él.

Les daba a todos una bolsa de plástico llena de mercancía al principio de su turno. La guardaban debajo de la barra y vendían la mercancía durante toda la noche. Tenían una cierta cantidad de dinero que debían devolverle. Si ganaban más, mejor para ellos. Además, había que pagar en la puerta. Veinte dólares por entrar. Se echó a reír, era tan bueno. Incluso había pagado a un par de tipos de la brigada antidroga para que hicieran la vista gorda. Una vez cada quince días, venían con un par de uniformes, echaban un vistazo al local y se marchaban tras una breve visita a su despacho. El personal no se asustaba; sabían que estaba protegido.

Observó la pantalla. El encargado del bar, Robbie, y otra chica, Annie, se estaban preparando. Era la amiga de la bailarina desaparecida. Tanya, estaba buena. Se había transformado. Era debido al baile en la jaula. La había liberado. Pero él no sabía dónde estaba. Lo inquietaba un poco. Ella le gustaba. Peter la había encontrado en un café en Paddington. El viejo Peter, haciendo este favor. ¿Cómo era realmente él? Peter era un personaje torcido. Blake pensaba de él que tenía poca moral, pero eso era algo bueno.

Blake lo conocía desde siempre, de la escuela.

Blake tenía un nombre de marica por el que los niños le hacían la vida imposible, pero tenía espalda, podía luchar furiosamente; los insultos no duraban mucho. Peter lo había notado, veía protección en su homosexualidad y le caía bien. Blake lo encontraba infinitamente divertido. Peter le había enseñado mucho sobre libros, teatro, películas, toda esa mierda con la que estaba obsesionado. Entonces, Peter consiguió el trabajo como agente de reservas. Era bueno en eso. Trabajó por su cuenta, comenzó a contratar bandas también. Las chicas estaban en todas partes. Peter era marica, pero realmente ayudaba, porque las chicas lo amaban. No tenían miedo de que tratara de cogérselas. Su móvil sonó. Hassan.

—Hola, Sr. Hassan, ¿cómo está?

—Blake, siempre te lo digo, puedes llamarme Billy. Somos amigos.

Blake empezó a sudar.

— ¿Blake?

—Tengo una... una petición que hacerte, um, ¿fuera de nuestros acuerdos habituales?

— ¿Sí?

—Un buen, no, un gran amigo mío está en un aprieto. Se siente amenazado, ¿sabes a lo que me refiero?

—Entiendo, Blake. ¿Es una amenaza de violencia?

—Sí.

— ¿Quieres que me organice para detener esta amenaza?

—Sí.

— ¿Cuándo?

—Esta noche viene al club. Mi club, Fever.

— ¿Lo reconocerás cuando llegue?

—Mi amigo me lo ha descrito. Lo reconoceré. Es aborigen. Pero tomaré una foto de las cámaras y se la enviaré a mi amigo para asegurarme.

—¿Qué tan grave es la amenaza?

—Creo que bastante grave. Cree que mi amigo le está mintiendo sobre una chica desaparecida.

— ¿Es policía?

—No, investigador privado.

—Enviaré a alguien al club. ¿A qué hora crees?

—A la apertura, creo. No sé a qué hora vendrá, así que...

—Mi amigo estará allí a las 10 de la noche. Se llama Nikolay.

—Gracias Sr, Hassan. Gracias Billy.

—De nada y ya sabes los honorarios.

—Lo que necesites.

Me gusta eso. Lo que necesite. Hassan colgó.

Blake sólo había visto a Hassan una vez en persona. Fue en una fiesta en la que él era el proveedor de algunas chicas. Había asustado a Blake, incluso vestido con su ropa de Country Road; tenía el carácter relacionado con el peligro, con la volatilidad. Blake les decía a las chicas que les pagaban por estar allí; si querían tener algún encuentro personal, no era asunto suyo. Ellas sabían a qué se refería. A las que no les importaba seguían de fiesta, las otras trabajaban en el bar o Blake se olvidaba de ellas, dejaba de llamarlas para el trabajo o las fiestas. Hassan había acordado que, para cualquier cosa que no fuera socializar con las chicas, sus clientes les pagarían directamente. Blake no parecía entender que ahora era un proxeneta; lo veía como un negocio, nada más.

Todos estaban contentos.

Todo estaba bien.

CAPÍTULO QUINCE

Adam y Gina estaban en el dormitorio de Adam en la casa compartida de Glebe. Intentaban retrasar el consumo de heroína todo lo posible. Ninguno de los dos lo decía, pero ambos lo sabían. Adam le dijo: —Hathai dijo que fumar heroína se llama perseguir al dragón.

—Creo que lo leí en alguna parte, —dijo Gina—. ¿Era guapa, Hathai?

—Sí, realmente lo era.

— ¿Quieres cogértela?

—Estoy contigo.

—Yo no he preguntado eso.

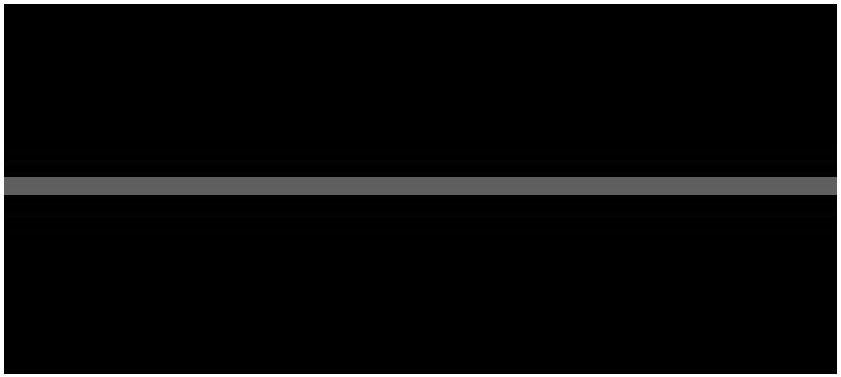
—Sí, puede ser, pero como he dicho...

—Estás conmigo. Vamos, persigamos al dragón. Durará unas horas, luego saldremos. Intentaremos que algunos de los otros se lleven algo de H. Podemos ganar algo de dinero, Adam.

—Sí, estamos haciendo algunos avances ahora. Los otros parecen asustados. Quiero decir, tienen razón para estarlo. Sabemos que podemos parar, pero...

—He oído que si lo fumas con hierba, es aún mejor.

—De acuerdo, fumaremos unas pipas... nos relajaremos... y luego saldremos. Reparte la hierba y esa mierda, haz algo de dinero.



Cash se quitó la chaqueta y se tumbó en la cama. Necesitaba a alguien que trabajara con él. Llamó a Steele, que contestó rápidamente. — ¿Qué puedo hacer por ti, Carter?

—Necesito un compañero de trabajo. Mi primo Mick...

—Lo he oído. Lo siento.

— ¿Te has enterado?

—El mundo es un pañuelo, Carter.

—Sí.

—Hay un chico con el que te iba a pedir que hablaras de todas formas, pero parecías un poco distraído por la vida, así que lo dejé pasar.

— ¿Ya tenías a alguien en mente?

—Un joven indígena de la academia.

— ¿En serio?

—Sí, es de Melbourne. Creció en Fitzroy. Me ha dicho que es wurundjeri, pero prácticamente tuve que obligarlo. Es fuerte. Dice poco. Perfecto para este tipo de trabajo.

— ¿Qué está haciendo en Sydney?

—Tratando de hacer su propio camino.

—Me interesa.

—Puedes reunirte con él si quieres.

—Puede que vaya a la costa sur mañana. ¿Crees que le gustaría el viaje? Podemos ver si encajamos, pero mis compañeros no tienen buen historial de vida.

—Yo llamaría a eso mala suerte, Carter. La infección que tuvo tu primo fue mala suerte, además sólo se tiene una Sally Bois en la vida.

—Hay otros que no son Sally Bois, pero son igual de peligrosos.

—Estoy de acuerdo pero es un chico listo, no un niño. Yo soy viejo. Él tiene veintidós. En forma como un jugador de la AFL, boxea, según he oído, con profesionales en un gimnasio de Marrickville. Lo enviaré a tu casa mañana, vayas o no a la costa sur. Su nombre es James Roach.

—Gracias, Steele. Dile que esté aquí a las diez de la mañana. Si no me levanto, Aimee estará levantada. Dale algo de desayunar. Se lo diré.

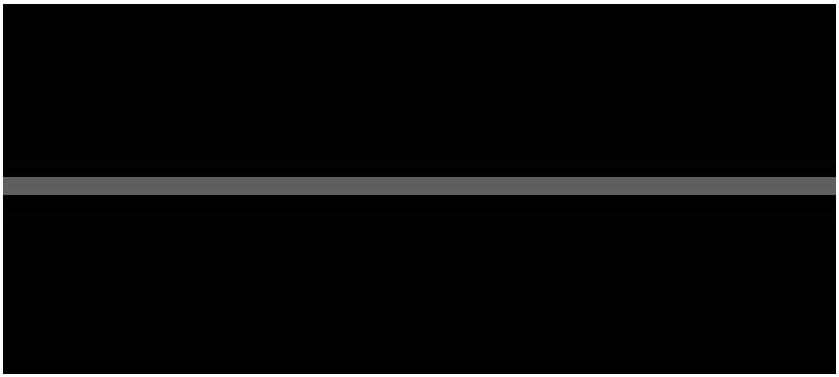
—Buen momento, creo.

—Gracias de nuevo. Tengo que dormir antes de salir por la noche.

—Recuerda lo que te dije.

—Lo haré. No seré descuidado o relajado, o lo que sea. No más partidas de póquer.

Cash terminó la llamada. Un tipo joven de Melbourne. Boxeador. Ya veremos, pensó, cerró los ojos y se durmió.



Billy Hassan llamó a Nikolay.

—Hola, Billy, ¿qué necesitas?

—Necesito que envíes un aviso a un investigador privado aborigen. No sé su nombre. —Hassan todavía no había hecho la conexión con Carter Thompson y el asesinato de Sally Bois. Sólo había tratado brevemente con él, y entonces era policía, no investigador privado. Sally y Abbott también lo llamaban Cash Thompson, así que no lo relacionó... al menos no todavía.

— ¿Dónde y cuándo?

—En el club Fever esta noche a las diez.

—No conozco este sitio, jefe. ¿Dónde es?

—En la ciudad, cerca de Pitt Street. Te enviaré la dirección cuando cuelgue.

— ¿De qué nivel estamos hablando?

—Está amenazando con violencia por un caso de una chica desaparecida. Conozco al gerente de Fever. Se está haciendo grande pero es controlable. Es bueno con los negocios pero blando. Creo que una pequeña paliza bastará. Hazlo, luego asegúrate de que entienda que no debe volver a ver a Peter, que es el nombre del tipo al que está amenazando. Asegúrate de que lo entienda. No lo destruyas. No quiero policías.

—Sé a qué nivel tengo que ir.

—A las diez en Fever. Te enviaré la dirección. ¿Cómo te fue con Hathai y los jóvenes?

—Ella es su nueva traficante. El chico, Adam, ya está enamorado de ella pero sabes que ella sólo me quiere a mí.

—Si él la ama, mejor, —dijo Hassan—. No hagas daño a este chico, Nikolay; puede hacernos ganar dinero.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cash se despertó sobresaltado, sudando. Había soñado con el golpe de la noche anterior frente a su casa. ¿Volvería el amigo de Eyden por segunda vez? Cash lo dudaba. Había huido a la primera señal de problemas, cuando el coche los había iluminado con los faros.

Se quitó la ropa, tomó una toalla que colgaba de la puerta abierta de su armario empotrado. Aún estaba ligeramente húmeda, porque no la había lavado. La colgó en una barra del cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente, esperó, se metió debajo, ajustó con el agua fría hasta que quedó perfecta, subió un poco más el agua caliente. Se puso bajo el fuerte chorro de agua, suspiró y empezó a sonreír. Le intrigaban las chicas que bailaban en una jaula en Fever.

Cuando terminó y se vistió, entró en el salón. Aimee estaba dormida en el sofá. Le dio un suave codazo. Nada. La empujó un poco más fuerte y abrió los ojos lentamente. Habían sido dos días de mierda para todos. Parecía agotada. Se arrodilló, la besó en la mejilla y le dijo. —Será mejor que te acuestes, cariño. Te dolerá el cuello o algo durmiendo aquí.

—Qué cariñoso, —dijo ella sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa.

Ella se levantó despacio y dijo: —Estoy muy cansada, cariño.

—Vamos, —dijo él, poniéndole la mano y luego los brazos por debajo. La levantó en brazos, a pesar del dolor de los golpes, la llevó al dormitorio y la recostó suavemente en la cama.

Ella cerró los ojos y susurró: —Qué fuerte, qué bien.

Le quitó los zapatos.

Ella se rio y dijo: —Basta de trato especial. Puedo arreglármelas.

—Tengo que irme. Que duermas bien.

—Lo haré. Ten cuidado. Recuerda...

—Cualquier cosa puede pasar y pasará.

Bajó las escaleras y salió de la casa. Se detuvo un momento, se preguntó si debía aparcar en una zona de Uber, pero pensó que le pondrían una multa si lo hacía. Mientras no aparcara en una zona de carga, no le remolcarían su coche.

Llegó a la ciudad en quince minutos. Había mucho tráfico en la confluencia de City Road y Broadway. Aparcó en Pitt Street, ilegalmente, a unos doscientos metros del callejón donde estaba el club. No llovía y estaba templado. Nubes densas. Pegajoso. No se veía ninguna estrella, sólo las brillantes luces de la ciudad del pecado. La luna apenas visible.

Caminó rápidamente hacia el club. Era medianoche. Llevaba puestos unos pantalones negros, una camisa negra de manga larga y la cazadora de cuero negra por la que Angie le había echado la bronca. Lo hizo sonreír. Esperó en la fila.

Blake se había hartado de ver el circuito cerrado de televisión, esperando a que llegara Cash, y estaba sentado en el salón privado con lo que podría llamarse, vagamente, invitados VIP. Eran amigos de Peter de una agencia de modelos, algunos otros parásitos. Les daba bebidas gratis, Coca-Cola, lo que los hiciera felices. Nikolay vestía pantalones negros a rayas, zapatos negros pesados, camisa azul oscuro de manga larga, chaqueta negra y bebía vodka solo con hielo en un vaso alto. Estaba en una esquina trasera del club, en un sofá negro, observando la fiesta. Con el rostro inexpresivo. Un trabajo por hacer.

Cash pagó la entrada e ingresó en el club. Había mucho ruido. En consonancia con la temática de los años 70, sonaba alguna canción disco que conocía pero que no podía recordar. Había tres niveles. Había cuatro jaulas sobre pedestales en los niveles uno y dos. Dos en cada nivel. En este nivel había una rubia, parecida a Twiggy, con

unos pantalones de rayas ajustadísimos, el vientre desnudo y lo que Cash llamaba un tubo para los senos. Llevaba el cabello largo y lo movía de un lado a otro mientras bailaba, sonriendo todo el tiempo, moviéndose libremente y en sincronía con la música. Era realmente increíble. La otra jaula era aún más escandalosa: una chica negra con un enorme cabello a lo afro, botas largas blancas y minifalda blanca, bombeaba su cuerpo ferozmente al ritmo de la música, con una sonrisa tan brillante que podría haber sido la mismísima luna. Llevaba un top a rayas rojas y blancas que dejaba ver su escote desde todos los ángulos. Cash la observaba totalmente fascinado.

La música cambió a Show me the Way de Peter Frampton. La gente acudió en tropel a las luces parpadeantes de la pista de baile situada en el centro de la planta baja; era evidente que la canción era una de las favoritas del público. Las chicas seguían bailando como locas en las jaulas. La gente bebía, resoplaba, hablaba, gritaba, se abrazaba, se besaba, bailaba. Era orgiástico. Cash aprobó, siguió moviéndose por el club, preguntándose dónde estaría Blake. Miró hacia arriba. El tercer nivel parecía tener las luces tenues, las puertas cerradas. Supuso que era para los grandes apostadores, a falta de un término mejor. Subió despacio unas escaleras situadas al fondo de la pista de baile, cerca de los baños.

Nikolay se incorporó rápidamente al ver a Cash subir las escaleras y se dijo en voz baja: —Señor Glebe. El Abo. No me lo puedo creer. Tengo mi oportunidad. Usted es el elegido.

Cash miró escaleras abajo pero no pudo ver a Nikolay en la oscuridad que había debajo de él debido a las brillantes luces. Se quedó fuera de la zona VIP, esperando a que alguno de los monos de seguridad se fijara en él.

Finalmente, uno de los hombres de seguridad se acercó a él. Una gran mole sin cuello, con los músculos de los bíceps tensos en la camisa blanca que llevaba con una corbata negra y pantalones negros. Dijo: — ¿Quién es usted?

—Busco a Blake. Dígale que me envía Peter.

— ¿Peter?

—Sí.

— ¿Pero cómo te llamas, hermano?

—Carter Thompson.

—Quédate ahí.

Carter dijo en voz baja: —Guau, guau.

El tipo de seguridad giró, pareció que iba a dispararle a Carter, pero se limitó a sonreír y se metió entre la multitud.

Cash esperó. No había nadie más intentando entrar. Unos minutos después, un tipo alto y delgado con el pelo castaño claro se acercó a él. Sonreía, con los dientes blanqueados y a la vista. —Soy Blake, —dijo—. Peter me dijo que vendrías.

—Seguro que sí. ¿Podemos hablar?

—No sé qué le pasó a Tanya. Me gustaba, era inteligente, guapa y divertida. Trabajar aquí cambió su vida. Espero que no esté en problemas.

— ¿O algo peor?

—Peter dijo que eras difícil.

—Estoy tratando de encontrar a la hija de un padre. Hago lo que sea necesario.

—Yo también. Piensa en eso más tarde.

— ¿Qué quieres decir?

—Lo entenderás más tarde.

—Bien, bien. ¿Puedo hablar con tu personal?

—No, no puedes. Están ocupados. Veo que te estás convirtiendo en una peste.

— ¿Qué? Más tarde, claro.

—Sí, más tarde. Disfruta tu noche. Tengo gente que cuidar. Adiós.

Cash dejó a Blake en su sala VIP, bajó las escaleras y Nikolay lo siguió con la mirada. Fue a la barra, vio las camisetas teñidas y le dijo al camarero: —Vodka con hielo.

Se lo sirvió rápidamente y preguntó: — ¿Conoces a Tanya, que trabajaba aquí?

—Me han dicho que no hable contigo. ¿Quieres una copa? Yo te ayudo. ¿Algo más? Nada.

—Gracias, entendido.

Se volvió con la bebida en la mano, miró directamente a la cara de Nikolay, que le dijo: —Puedes terminarte la bebida, Carter, pero después tienes que irte, amigo.

Cash lo miró fijamente, intentando ubicarlo.

Nikolay dijo: —Glebe, ¿te acuerdas?

—Sí, ahora me acuerdo... el estudiante.

Nikolay sintió que le invadía una oleada de ira. Le quitó el vaso de la mano a Carter de un puñetazo y lo tiró al suelo. Golpeó a Carter con fuerza en el estómago y le dijo: —Hora de irse.

Cash se quedó sin aliento. Aún le dolían los moratones de la noche anterior. No quería pelear con él ahora. No podía ganar.

Nikolay lo arrastró del brazo derecho y le dijo: —Ha llegado mi hora. Te estás metiendo con la gente equivocada. A mi jefe, el Sr. Hassan, no le gustas. Al Sr. Blake no le gustas, y tú no me gustas a mí.

Fuera, en la calle, Nikolay aún lo sujetaba por el brazo. Cash recibió una ráfaga de energía del aire frío. Lo despertó. No seas flojo, pensó.

Arrancó el brazo del agarre de Nikolay, sorprendiéndolo. Todavía estaba un poco sin aliento por el puñetazo, pero lanzó un sólido

derechazo al costado de la cabeza de Nikolay. Lo sorprendió. Cash tenía poder.

Nikolay giró rápidamente. Cash lo golpeó de nuevo en el costado de la cabeza, seguido de un gancho de izquierda bajo las costillas. Nikolay cayó de rodillas. Fue a golpearlo de nuevo con fuerza en el costado de la cabeza, pero Nikolay lo embistió como un toro y tiró a Cash al suelo. Se puso encima de él y empezó a golpearlo sin descanso con izquierdas y derechas.

Cash tenía las manos en alto, bloqueando lo que podía. Llovían los golpes. Le golpearon en el ojo izquierdo, en la mejilla, sintió el dolor en el cerebro. Logró lanzar un gancho de izquierda al costado de la cabeza de Nikolay.

Nikolay se levantó de un salto y empezó a patear a Cash en la cabeza con sus duros zapatos, gritando: — ¡Maldito negro de mierda, muérete, muérete!

Cash fue incapaz de detener las patadas. Sintió que perdía el conocimiento... no podía hacer nada.

Un grupo de jugadores de rugby se paseaba por la calle. Había algunos aborígenes e isleños en el grupo. Vieron cómo pateaban a Cash, empezaron a gritar y a correr hacia Nikolay y Cash.

—Eh, suéltalo, maldición. Suéltalo, carajo, —gritó uno de ellos—. Es un hermano.

Cash intentó levantarse, pero Nikolay hizo caso omiso de los hombres y siguió lanzando patadas. Uno de los hombres lo agarró por el brazo y Nikolay lo golpeó con fuerza en la sien. El jugador de rugby cayó como una plomada en el océano, directo al pavimento. Los otros hombres se abalanzaron sobre Nikolay dándole patadas y puñetazos, tirándolo al suelo.

Ahora lo estaban pateando, mientras estaba tirado. Cash se puso de pie grogui. Se alejó lentamente de los hombres que pateaban y golpeaban al gángster ruso.

Nikolay seguía contraatacando, dando patadas y puñetazos,

intentando zafarse. Un hombre agarró a Nikolay por el cuello. Mordió al hombre tan fuerte como pudo, desgarrando la carne de su mano con los dientes.

El hombre gritó de dolor.

Nikolay se soltó y gritó: — ¡Cabrones! Vamos, maricones. Maricones.

Los hombres lo miraron, luego a su amigo, al que Nikolay había dejado inconsciente. Ayudaron a su amigo a levantarse. Uno de los jugadores le dijo a Nikolay: —Vete ahora o te mataremos, amigo. Lo digo en serio, te mataremos.

Nikolay se irguió orgulloso, con la camisa rota, la cara manchada de sangre y los pantalones a rayas rotos en las rodillas. —No, yo los mataré. A todos y cada uno de ustedes.

Los hombres levantaron a su amigo. Hablaron en voz baja entre ellos. Luego dejaron a Nikolay de pie, desafiante, solo.

Cash se metió de alguna manera en su coche, lo arrancó y condujo lentamente a casa. Menuda maldita noche, pensó. Estos últimos días. Este Nikolay, trabajando para Hassan, traficando drogas con Adam. Duro hijo de puta.

Cash prometió volver a entrenar en serio. Mañana tendría que evaluar al joven. Si podía caminar, claro. Hombre, estaba dolorido. Un dolor de cabeza como nunca había sentido. Se preguntó si debería ir al hospital. Lo descartó. Podría tener la mejilla rota, pensó; también le dolía mucho la maldita cavidad ocular.

¿Qué diría Aimee?

Cash no estaba acostumbrado a que le dieran una paliza; normalmente era al revés.

También le temblaban las manos. Otra vez.

CAPÍTULO DIECISIETE

Por la mañana, Cash se despertó tembloroso; aún tenía el peor de todos los dolores de cabeza. Aimee no estaba en la cama. Le apetecía un cigarrillo. Café y un cigarrillo. Agua. Luego el desayuno. Se levantó lentamente de la cama. Se tocó la cara; tenía la mejilla hinchada. La zona alrededor de su ojo izquierdo estaba sensible al tacto.

Bajó lentamente las escaleras. Oyó a Aimee en la cocina hablando con alguien. Se preguntó quién carajo sería. En el baño, se miró al espejo. Atónito. Retrocedió unos pasos y luego avanzó para mirarse de cerca. Alrededor de los ojos tenía moratones morados y amarillos. Miró más de cerca; sólo eran moratones. Viviría. Le dolía la mejilla, pero podía ver que no estaba rota. Ya se lo había hecho antes. Lo que le molestaba era la cabeza. Nikolay le había dado más de una patada.

Se duchó. Aimee metió la cabeza en el baño y dijo: —Tu nuevo protegido está aquí.

— ¿Eh?

—El chico aborigen de Melbourne.

—Oh carajo, carajo. ¿Qué hora es?

—Las once y diez.

— ¿Cómo es?

—Más guapo que tú.

Sonrió. No dijo nada.

Después de cambiarse en su dormitorio, volvió a la cocina. El joven estaba de pie contra la pared. Era grande, como un ropero. Una

gran mata de pelo negro y un bigote, como Mick pensó pero nah, no como Mick. Era más grande, definitivamente un tipo guapo también.

Cash dijo: —Hola, amigo, siento llegar tarde.

—No pasa nada, —dijo con voz suave.

Cash se acercó a él. James vio su cara, no dijo nada, Cash le tendió la mano, dijo,

—Soy Carter, pero la gente me llama Cash.

—James Roach. Llámame como quieras.

—Jim, ¿está bien? Me gusta ser diferente.

—Lo veo en tu cara. Jim está bien.

—El trabajo es que estamos buscando a una joven desaparecida. Una bailarina go-go nada menos. Se llama Tanya. Vamos a Nowra, a casa de su novia, a ver si se esconde allí.

—Me parece bien.

—Tengo que tomar un café, y, ah, ¿fumas?

—No.

—Bien. Yo también necesito comer algo.

Aimee se acercó a Cash. Le dijo: —También tienes cortes por toda la cabeza.

Cash se pasó las manos por la cabeza. Frunció el ceño. Dijo: —Anoche me retoqué un poco. Hacía tiempo que no me pasaba.

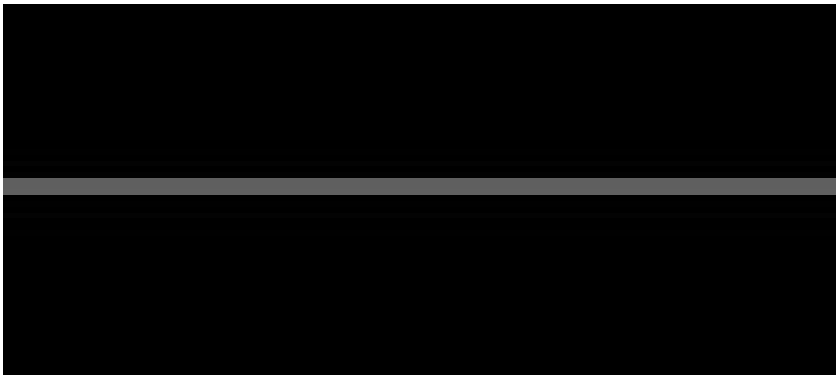
—Sí, tuviste un maldito día, —dijo Aimee—, mejor vuelve al gimnasio. —Pero había una expresión de preocupación en su cara que Cash ignoró.

—Bien, prepararé café. ¿Quieres café, Jim?

—No.

—Bien. Café y cigarrillo para uno.

Sus manos ya no temblaban.



Adam se despertó más o menos a la misma hora en que Cash estaba sentado en el escalón trasero de su terraza de Erskineville, encendiendo su primer cigarrillo del día. Adam se sentía bien, aparte de las ganas de volver a drogarse y un poco de náuseas. Necesidad y deseo, pensó para sí. De momento era necesidad. Adivinó que la necesidad llegaría en algún momento, pero no dejó que su pensamiento lo admitiera por completo, demasiado para soportar tal vez.

Gina seguía dormida, sin moverse un ápice. Se despertaba temprano, siempre lo hacía. Solía volverlo loco cuando conoció a Gina. Se despertaba con una erección, pensando en lo que habían hecho la noche anterior, en la cruda pasión. Ella dormía hasta el mediodía o más tarde, mientras él intentaba leer o despertarla, sin éxito en ambas cosas. Finalmente se despertaba, quería café, un cigarrillo, pero no sexo. Ahora no, le decía. Finalmente, alrededor de las dos o tres, volvía a la normalidad. Lo montaba como un caballo, le succionaba el pene como si fuera la mejor paleta del mundo. Coger otra vez. Tomar drogas, drogarse, coger de nuevo.

La felicidad, hombre.

Buscó a su alrededor la pequeña pipa de cristal. Se drogaría mientras ella dormía. Encontró la bolsita de plástico que Hathai le había dado con el polvo blanco. Puso una pequeña cantidad de tabaco en la pipa, un poco de hierba y luego el polvo encima. Encendió la pipa y aspiró el humo hasta lo más profundo de sus pulmones. Le gustaba ver cómo el humo se introducía en sus pulmones a través de la pipa de cristal. Sostenía la pipa en alto después de aspirar el humo. Una forma de adoración al Dios Heroína. Él pensó en todos los nombres que le habían dado: chiva, maría, H, basura, caballo, coca, manteca, polvo blanco, polvo marrón, bestia y hero.

El que más le gustaba era basura. Ahora estaba en el mejor momento de su vida. Se dio cuenta con suavidad y felicidad. Era la primera vez que probaba lo que Hathai les había dado. Anoche había consumido lo último de Nikolay. Esto era alegría, puro placer. Quería despertar a Gina. Quería contárselo todo. Pero se recostó en la cama, sintió el subidón en la zona del placer como nunca antes.

Carajo.

Hathai.

Quería quitarle la ropa.

Se levantó, incapaz de recostarse y disfrutar. Bajó a la cocina, preparó té de menta, fue al salón. Los demás estaban trabajando. Puso a Leonard Cohen tan alto como pudo. Empezó a bailar lento por la habitación él solo. Sólo llevaba calzoncillos. Sonreía como un gato de Cheshire.

Gina llegó a la puerta del salón. Despertada por la música. Lo observó durante un rato.

Él la vio, extendió los brazos y ella se le unió. Bailaron alrededor del salón al ritmo de Suzanne. Se abrazaron con ternura mientras daban vueltas alrededor de la habitación, con la luz del sol entrando por las cortinas raídas y la alfombra desgastada bajo los pies.

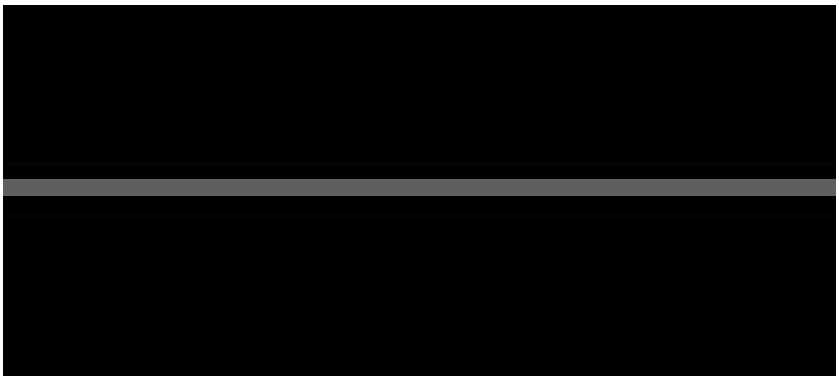
Ella dijo: —Estás hermoso.

—He probado.

Se rio. —Claro que sí, míranos.

Se rio. Dijo: —Pero esto es otra cosa. Esto es lo de Hathai. Oh, cariño, es tan gloriosamente jodido, oh, expande la mente o algo así.

Ella se detuvo y dijo: —Me voy arriba, quiero elevarme contigo.



Nikolay esperaba frente a la puerta de acero de la oficina de Billy Hassan, en la parte trasera del club de striptease de Darlinghurst Road. Era puntual a las diez de la mañana. Tenía trabajo que hacer. Hassan lo llamó. Nikolay empujó la gran puerta de acero. Hassan estaba detrás de su escritorio, no se acercó para el abrazo de oso, solo dijo: — ¿Qué pasó?

—Tuvo suerte.

— ¿Te ha ganado?, —dijo Hassan, negando con la cabeza—. ¿Quién es ese tipo?

—No, no, no. Vino un equipo. Un grupo de jugadores de rugby, algunos de ellos como él. Aborígenes. Lo salvaron de la paliza pero salió herido, sin duda.

— ¿Consiguió Blake una imagen del tipo?

—Sí, dijo que te la enviaría.

— ¿Correo electrónico?

—Sí.

—Espera.

Hassan abrió su cuenta de Gmail. Abrió el correo electrónico de Blake. Pulsó para que se abriera la imagen. Miró de cerca y dijo: —Carajo.

— ¿Qué?

— ¿Este es el tipo? —Giró la netbook para mirar a Nikolay.

—Sí, es él.

—Este tipo es policía.

— ¿Lo conoces?

—Se llama Cash, no Carter. Él mató... él... mierda... mató a la investigadora privada de Abbotts, la chica, Sally Bois. ¿Por qué carajo está haciendo esto? Es policía. Tengo que llamar a Abbott. Maldición. Yo... debería haberme dado cuenta.

—No es policía, —Nikolay negó con la cabeza—. No mostró ninguna identificación en el club, no le dijo a Blake: Soy policía, puedo hacerte esto o aquello. No me dijo nada, el tipo no dijo soy policía, ya sabes, si pegas a un policía te dicen que tengas cuidado. Lo único que no debes hacer es matar a un policía. O darle una paliza.

—Matas a quien tienes que matar.

Hassan miró a Nikolay, al moratón morado del lado de la cabeza. Dijo: —Te ha pegado fuerte.

—Sabe lo que hace.

Hassan se quedó quieto. Pensó: Tengo que replantearme todo esto.

—Díselo a Abbott. Averigua si este tipo sigue siendo policía o no.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cash salió del túnel por la autopista hacia la costa sur. Le dijo a James Roach: — ¿Te gusta el jazz?

—No he oído mucho.

Cash pulsó un botón de la consola y dijo: —Pon Art Blakey.

Dejó que los invadiera durante unos minutos, una trompeta ardiente.

James dijo: —Me gusta, sí; esa trompeta está que arde.

Cash sonrió. Le gustaba este tipo.

Llegaron en dos horas. Google Maps los condujo al final de una callejuela donde las verjas les impedían la entrada. Angie le había dado el código de la verja. Cash salió del coche e introdujo los números en el teclado. Las puertas se abrieron lentamente. Volvió al coche y lo atravesó.

Lo que vio fue una modesta choza de playa. Una casita de madera blanca. Esperaba una casa diseñada por un arquitecto que valiera un dineral, con líneas rectas y toda esa mierda. Ambos salieron del coche y subieron los tres escalones hasta la puerta principal.

James dijo: —Hay alguien ahí.

— ¿Qué?

—Escucha.

Se oyó un portazo.

—Por detrás, —dijo James y salió corriendo por el lateral de la casa. Atravesó unos árboles de té que había al lado de la propiedad

y vio a alguien con jeans azules y camiseta roja que intentaba escalar la valla. James corrió hacia él, saltó y lo arrastró hacia abajo. Puso a la persona en posición vertical. El hombre lanzó un derechazo a James, que lo apartó, puso su gran mano alrededor del cuello del hombre y le dijo: —Estate quieto. No te muevas.

Cash lo vio pasar. Dijo: —Déjalo subir. Sujétalo, pero déjalo subir.

Era un niño, no un hombre.

Cash dijo: — ¿Quién eres?

—No soy nadie. Nadie. Suéltame y no volveré, lo prometo.

— ¿Quién eres? —Cash volvió a preguntar—. ¿Qué haces en esta casa?

—La dueña me paga para que venga a cuidarla.

—Mentira, —dijo Cash.

James sonrió y dijo: —Parece un guardia de seguridad.

El chico dijo: —Se supone que no debo estar dentro. Ella me paga para que venga. Tengo la llave del cobertizo del jardín. —Señaló un pequeño cobertizo—. Corto el césped y los árboles.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Cash.

—Andy.

El chico tenía unos dieciséis años y la cabeza rapada. Pequeño, con ojos verdes. Un chico guapo, la verdad.

Cash llamó a Angie, que contestó al cabo de unos timbrazos.

—Carter, ¿estás ahí?

— ¿Conoces a un chico llamado Andy?

—Sí, ¿está ahí?

—Sí, pero ¿por qué carajo no me hablaste de él?

—Se me olvidó. Yo…

—Te pregunté si había alguien aquí a quien pudieras llamar.

—Fue un error. Un error honesto.

—Tanya tiene algunos amigos jodidos. ¿Quieres encontrarla o no?

—Andy estuvo allí hace sólo unos días. Pensé que no estaría en la casa.

—Estaba dentro.

—Se supone que no debería estar.

—No me digas. ¿Quieres hablar con él?

—Sí.

Le dio su celular a Andy y le dijo a James: —Suéltalo.

Andy dijo, —Hola Angie, lo siento pero la puerta de atrás estaba abierta. Sólo quería ver la televisión inteligente. No la tengo en casa.

Se hizo el silencio mientras Andy escuchaba a Angie. El cielo, azul claro, atravesado por pequeños cirros blancos, el cielo, azul claro, los pájaros cantaban y trinaban. James observaba al chico con atención. Cash esperaba impaciente. El chico finalmente dijo: —Sí, sí, oh vaya, gracias Angie. —Le devolvió el celular a Cash diciendo: —Quiere hablar contigo.

—Dijo que la puerta trasera estaba abierta. La cerré. Lo comprobé una y otra vez. Soy obsesiva con estas cosas. Sé que estaba cerrada.

—Bien, ¿qué hay del chico?

— ¿Puedes darle las llaves cuando te vayas? Sólo quiere ver la smart TV. No tiene una en casa. Su padre es un poco borracho también. Confío en él, yo... odio que alguien esté ahí, pero él está bien. No sé lo que está pasando.

—Le daré las llaves cuando nos vayamos. ¿Algo más que no me hayas dicho?

—No, no. No, no. Lo siento. Amo a Tanya. Quiero que vuelva.

— ¿Llamaste a Peter, le advertiste que iba a volver?

—Lo llamé. Quería alguna explicación de qué demonios estaba pasando.

—Pero le dijiste que iba a volver.

—Sí, le avisé. Pensé que podrías hacerle daño.

—Te contaré una historia sobre lo que pasó con Peter cuando vuelva. Lo que hizo. De lo que es capaz. Quizá quieras buscarte otra sanguijuela para que te traiga chicas. —Cash pulsó Fin antes de que ella pudiera responder. Se volvió hacia el joven Andy, sacó unos billetes del bolsillo, le dio veinte dólares y le dijo: —Piérdete una hora. Te daré las llaves cuando vuelvas.

Andy no dijo nada, sólo tomó el billete y se fue.

Cash le dijo a James: —Revisa todo el lugar. Yo me quedo con la cocina y los dos dormitorios. Tú encárgate de todo lo demás.

— ¿Buscando qué exactamente?

—Señales de que alguien estuvo aquí. Drogas, colillas, lo que sea, eres listo. Lo sabrás si lo ves.

James fue a la sala de estar, Cash caminó por el pasillo hasta el primer dormitorio. Empezó a revisar el armario empotrado. El mismo ejercicio que había hecho montones de veces antes. Buscando en los bolsillos, pasando la mano por todas las superficies. No encontró nada. Apartó las sábanas de la cama de matrimonio. Tampoco había nada entre las sábanas. Fue a la cómoda. En el cajón de arriba, entre la ropa interior, había un paquete de tampones. Los abrió. Estaban llenos de hierba de buena calidad. Cabezas húmedas y pegajosas llenas de THC. Le dieron ganas de prepararse un tazón.

Volvió a llamar a Angie.

—No vuelvas a colgarme, —fue lo primero que dijo.

—Sí, de acuerdo, te pido disculpas. Ahora escucha. ¿Qué marca de tampones usas?

— ¿Qué?

— ¿Qué marca de tampones usas?

—Tampax, ¿por qué?

—Aquí hay un paquete de Kotex lleno de hierba. ¿Es tuyo?

—No.

— ¿Recuerdas qué marca usaba Tanya?

—Kotex.

— ¿Recuerdas haberlos visto la última vez que estuviste aquí?

— ¿Dónde?

—En el cajón de arriba de la cómoda al lado de tu cama, a la derecha.

—No. Yo buscaba en el cajón de arriba todas las mañanas, obviamente, por bragas limpias.

—Estás diciendo que ella está aquí o ha estado aquí.

—Andy no va a... quizás sí. Pregúntale a él. Pero no a mí.

—Gracias. Me pondré en contacto contigo.

— ¡Cash!, —atronó James desde algún lugar del interior de la casa.

Cash fue en busca de la voz y gritó: — ¿Dónde estás?

—En la cocina.

Cash entró y dijo: —Yo tenía que ocuparme de la cocina.

—Lo siento, jefe. Pero aquí hay leche. No se vence hasta dentro de siete días.

—Andy o nuestro misterioso fumador de hierba.

— ¿Qué?

—Encontré hierba en el dormitorio, que no pertenece a Angie, la dueña del lugar. La novia, amante o lo que sea de nuestra chica desaparecida.

—Seguiré buscando.

—Bien. Me ocuparé del segundo dormitorio, si te parece bien.

—Me parece bien, jefe.

Cash lo revisó. No encontró nada. Salió.

James salió del baño. Vio a Cash y dijo: —Han usado jabón recientemente. Está húmedo, pero podría ser nuestro joven Andy.

—Esperaremos, entonces.

Andy apareció después de unos veinte minutos.

Cash le preguntó por la hierba.

—Fumo un poco de hierba, pero sí, no sé nada de tampones.

— ¿Es tuya la leche de la nevera?

—No.

— ¿Te lavas las manos en el baño?

—Sí.

— ¿La novia de Angie ha estado por aquí?

—Quizá hace tres o cuatro días. Pensé que había alguien aquí. No

sé... como que olí humo de cigarrillo, pero nunca fumo adentro.

— ¿Crees que era ella?

—Nadie más viene aquí excepto Ang y Tanya, pero no estoy seguro ni nada.

—Angie confía en ti. Ella te da las llaves, así que nada de fiestas, ¿verdad?

—No, hombre. Vengo aquí para alejarme del viejo, de la jodida bebida y para seguir adelante.

—Entonces estarás seguro aquí.

—Sí, se duerme pronto, furioso, así que sólo de día tengo que salir.

— ¿Vas a la escuela?

—Sí, voy, pero estoy de vacaciones.

— ¿Juegas en la liga? —preguntó James.

—Sí, juego en la escuela y en el club local. Dicen que el viejo era muy bueno. Hay fotos suyas por el club, pero ahora está hecho un desastre.

— ¿En qué posición juegas? —preguntó James.

—Medio campo.

— ¿Jugador favorito?

—Andrew Johns. Nunca llegué a verlo en directo, pero tengo todos sus mejores momentos. Mi entrenador en el colegio me dio un USB con todas sus mejores jugadas.

—Un gran jugador, —dijo Cash—. Alguna vez has visto a Anthony Mundine.

—Sí, mi entrenador es aborigen; me enseñó muchos videos de Mundine, pero el que más me gusta es Johns.

— ¿Crees que Tanya estuvo aquí? —preguntó Cash.

—Sólo sentí el humo del cigarrillo. No se me ocurre qué otra cosa podría ser.

—No hagas nada malo, Andy, —dijo Cash—. Nos vamos.

Se fueron y subieron al coche. Cash le dijo a James. —Te apetece pasar tres o cuatro noches en un motel.

—Sí. ¿Crees que miente?

—No, creo que dice la verdad. Creo que ella podría haber estado aquí.

— ¿Conoces un motel?

— ¿Tienes Google en tu móvil o qué?

—Sí, jefe.

Cash dejó a James en el Motel Dolphin. Estaba a media hora manejando de la casa de la playa. Había un pequeño local de alquiler de coches en Nowra, donde habían alquilado un viejo Mazda2 en una oferta del tipo alquila una bomba, que James utilizaría para rastrear a Andy cuando saliera de la casa y para vigilar el carril de entrada a ella. Por la noche, acordaron que James escalaría la valla trasera para ver si Tanya estaba allí. Compró ropa interior y camisetas en el centro comercial local.

Cash llamó a Angie, la puso al corriente y le dijo: —Alguien ha estado aquí. Si me estás diciendo la verdad de que la hierba no es tuya y...

—Te estoy diciendo la puta verdad. ¿Qué te pasa?

—Angie, en mi juego todo el mundo es un mentiroso hasta que se demuestre lo contrario.

—Lo entiendo, pero la quiero. La quiero de vuelta.

—Entendido. ¿Te apetece una copa más tarde?

—Claro.

—Te llamaré cuando vuelva a la ciudad.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Hassan llamó a la puerta principal de la enorme casa de Abbott en Paddington. Esperó. La puerta se abrió lentamente. Abbott estaba allí, vestido con traje negro, camisa blanca, corbata roja apretada contra su nuez de Adán. Pequeña barba gris recortada a la perfección. Sus bíceps apretaban la tela del traje. Un hombre pequeño que se mantenía tenso y erguido como si fuera más grande.

Hassan dijo: —Sr. Abbott.

—Billy, pasa. —Abbot se hizo a un lado.

—Sígueme, —dijo una vez cerrada la puerta y condujo a Hassan a la biblioteca.

Abbott era el jefe de la Iglesia Nueva Luz, uno de los mayores donantes políticos del Gobierno conservador. Asolada por los escándalos de hacía un par de años, causados por Carter Thompson cuando era policía de la Fiscalía, se había recuperado rápida y fácilmente y crecía en número día a día.

Tony Wu, reportero del diario The Star, había destapado que la Iglesia Nueva Luz y sus tres principales candidatos al Senado formaban parte de una red sexual en un motel en ruinas de Kings Cross, propiedad de un miembro de la Iglesia. Había un USB con imágenes de miembros de alto rango de la Iglesia retozando con chicos y chicas posiblemente menores de edad. La historia se hizo viral y los candidatos dimitieron.

Abbot culpó a Thompson porque había encontrado el USB y se lo había enviado a Wu. Los tres candidatos al Senado estaban casi seguros de ganar y habrían mantenido el equilibrio de poder en el Gobierno Federal, haciendo a la Iglesia Nueva Luz inmensamente poderosa. Pero eso ya no existía. Se recuperaron los nuevos candidatos y la reputación de la iglesia, pero Abbot tuvo que

esperar otro año para las elecciones, y el equilibrio de poder ya no estaba en juego.

Abbott era un predicador del Antiguo Testamento, que cambió con los tiempos, y la Iglesia de la Nueva Luz consistía en vestir bien, tener buen aspecto, nada de sexo antes del matrimonio (una broma), conferencias inspiradoras de predicadores carismáticos y música de mierda soft-rock para llegar a los jóvenes e influenciables. Sin embargo, Abbott seguía creyendo en el ojo por ojo.

Cash odió con pasión todo aquel ardid, pero se había marchado de la Fiscalía porque nada cambiaría realmente. La Iglesia Nueva Luz, o algo parecido, siempre estaría ahí. Hassan había asumido el papel de proporcionar chicas, alcohol y drogas a los miembros de confianza de alto rango y a los políticos para que pudieran sobornarlos y extorsionarlos. Pero Hassan también era listo. Estas fiestas se movían por todas partes, utilizando diferentes lugares dos o tres veces por semana, proporcionando a la Iglesia y a sus allegados políticos y empresariales todo lo que querían. Cash les había infligido un castigo propio del Antiguo Testamento. ¿Quizá tuviera que volver a hacerlo?

Se sentaron frente a frente en sillones de cuero marrón. Abbott dijo:
— ¿Cuándo apareció Carter Thompson en tu radar?

—Esta mañana. Uno de mis chicos recibió un encargo, ya sabes, para intimidar, cosas como las que yo he hecho por ti.

—Sí.

—Me dijeron que el tipo era un investigador privado llamado Cash; no me sonó ni nada, ni siquiera cuando mi amigo Blake dijo que era un Abo... porque yo conocía a este tipo como el policía que mató a Bois, no como Cash o lo que fuera.

— ¿Y?

—Mi hombre le estaba pegando y entonces el tal Cash o Carter fue salvado por un grupo de jugadores de rugby que andaban cerca de allí por la noche. Le pedí una foto que le había hecho mi amigo, el

dueño de la discoteca, para enseñársela a mi hombre. Todo encajó en cuanto vi la foto, pero ya no es policía.

—He estado vigilando a Thompson. Empezó a apostar en un bar de narguile con el que tengo relación. También organicé un expediente disciplinario para él, pero también se libró. Ya le llegará su hora. Lo que quiero saber es por qué tu amigo, el dueño del club nocturno, se fijó en él.

—Estaba acosando a un amigo suyo por una chica desaparecida. Acusándolo de mentir, amenazándolo con violencia si no decía la verdad. El tipo se asustó, llamó al dueño del club nocturno que hace algunas cosas para mí, y me pidió que lo ayudara.

— ¿Cómo se llama el dueño del club nocturno?

—Blake Andrews.

—Creo que conozco a su padre. Trabaja en publicidad. No es miembro de la Iglesia pero está en mi red, como tú Billy. ¿Puedes decirme algo más sobre Thompson?

—Mi hombre, Nikolay, que lo estaba golpeando, se había encontrado con él antes de esto, en una casa en Glebe.

— ¿Qué casa? ¿Con quién?

—Una casa de estudiantes. Nikolay los está ayudando con algunas cosas y este Carter Thompson estaba allí cuando Nikolay llegó. El mundo es un pañuelo, Sr. Abbott.

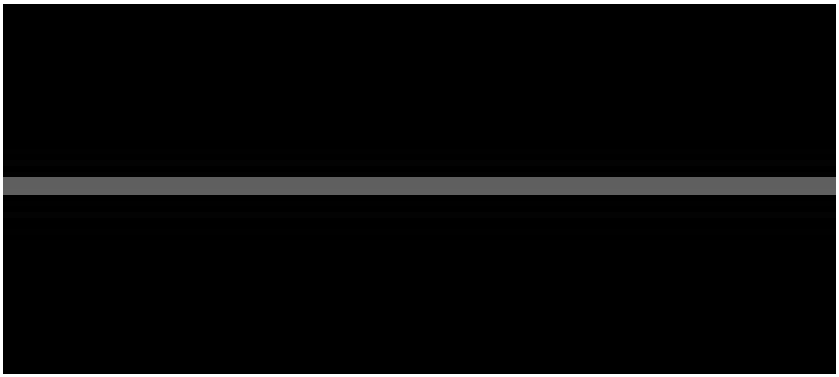
—En efecto, lo es, Billy. Creo que la fortuna nos ha favorecido aquí.

— ¿Qué vas a hacer con Thompson?

—Tengo que pensarlo. Ya no es policía, pero no podemos matarlo. Ojo por ojo sería mi elección. Sally Bois era una de las nuestras, pero destruirlo de otra manera podría ser más satisfactorio.

—A mi hombre, Nikolay, le encantaría tener otra oportunidad con Thompson.

—Ahora no, todavía no. De hecho, dile a tu hombre que no le haga daño de ninguna manera. Él no se asusta de esa forma... pero hay otros modos.



En las afueras de la ciudad, Cash paró y llamó a Aimee: —Cariño, llego tarde. He dejado a James en Nowra. Volveré en unas horas.

— ¿La has encontrado?

—No, pero hay rastros de ella, rastros dejados por alguien. Tal vez ella, tal vez no. No lo sé.

—Cuídate.

—Lo haré.

Llamó a Angie y, cuando contestó, le dijo: —Puedo estar en tu casa en media hora si quieres esa copa.

—Estaré aquí. Casi siempre trabajo en casa.

—Hasta pronto.

Cash llamó al padre de Tanya. —Doug, tengo algunos progresos para usted, pero por favor, no se haga ilusiones, todavía no. Esto es sólo información, eso es todo, pero me siento mejor con todo esto.

— ¿De qué se trata?

—Su hija tenía una relación con una mujer llamada Angie. Ella está en el negocio del modelaje, con gente guapa, no trenes y aviones de juguete.

—Ve al grano, Thompson.

Auch. Cash pensó: ¿He tocado una fibra sensible?

—Sí, claro. Tiene una casa de vacaciones en Nowra, en la costa sur. Hay pruebas que sugieren que Tanya estuvo allí la semana pasada.

—Carajo, ¿qué tipo de pruebas?

Cash sintió de repente que no conocía a Lever, pero era su hija. La emoción estaba permitida.

—Su hija fumaba marihuana y también usaba tampones Kotex. Había un paquete vacío de tampones Kotex lleno de hierba en la casa. Angie ha confirmado que no era suyo y que no usa esa marca. Además, había leche en la nevera no más allá de la fecha de vencimiento. Angie no ha estado allí ni ha comprado leche.

—Es ella. Debe ser ella.

—Hmm, sí, pero hay un chico que cuida el jardín allí. Había entrado en la casa. No digo que sea él, pero cualquiera puede comprar leche y hierba. El paquete de tampones vacío podría haber estado por ahí. Angie no lo cree. He dejado un empleado allí por unos días en un motel. Va a rastrear al chico, vigilar la casa, ver si Tanya aparece.

—Mierda. Siento que estamos muy cerca de ella. Crees que es ella, ¿no?

—Puede ser. ¿Pero por qué? ¿Por qué esconderse ahí? ¿Por qué no llamar a su padre o a su novia?

— ¿Podrían estar involucradas drogas fuertes?

—No lo sé Doug. Estoy juntando toda la evidencia.

—Gracias. Gracias por mantenerme al día. Chantal dijo que lo

harías. Me quejé con ella de que no habías llamado pero dijo...

—Está bien. Es su hija. Lo entiendo. Tengo una hija, aunque está enfadada conmigo en este momento.

—Cualquier cosa que necesites, Thompson. Cualquier cosa, ya sabes.

—Bien, gracias, estaré en contacto. Y pensó: A la mierda este caso.

Mañana tenía que estar encima de Adam, que tenía a ese matón ruso merodeando.

Antes de que Cash pudiera arrancar el coche, recibió una llamada de Steele en su celular.

—Sí, soy Carter.

—Billy Hassan fue visto saliendo de la casa de Abbott hace unos minutos.

—Ya no soy policía.

—Se trata de Adam también.

—Estaré vigilando a Adam mañana.

— ¿Y hoy?

— ¿Qué quieres de mí?

—Sigues en contacto con ese reportero, Wu, de The Star.

—No he hablado con él desde hace mucho tiempo.

—Hazlo ahora. Háblale de Hassan.

—Jesús, Steele. Estoy fuera de eso.

—Abbott fue el que organizó la paliza. No fueron el ruso y su amigo en el bar de narguile.

— ¿Cómo lo sabes?

—Hice que otro policía investigara a Eyden en ese bar.

—Carajo. Abbott. Después de todo este tiempo.

—Tiene mucha memoria. Hiciste un trabajo sobre él y la Iglesia, Carter. Tenía que llegar algún día.

—Venganza.

—Sí.

—De acuerdo, llamaré a Wu. ¿Algo más?

— ¿Dónde estás?

—A punto de encontrarme cara a cara con una mujer que contrata chicas guapas y chicos para hacer su voluntad.

— ¿Adam?

—No está en peligro de salir herido. Estaré en ello mañana. El joven James Roach está en Nowra. Lo he puesto a trabajar. Veremos de qué está hecho.

—Es bueno saberlo. Ponte en contacto con...

—Wu, sí, adiós. —Y lo hizo.

— ¿Hola?

—Wu, soy Cash.

—Jesús, Cash Thompson, pistolero a sueldo. ¿A qué debo el placer?

—Abbott.

—Te escucho.

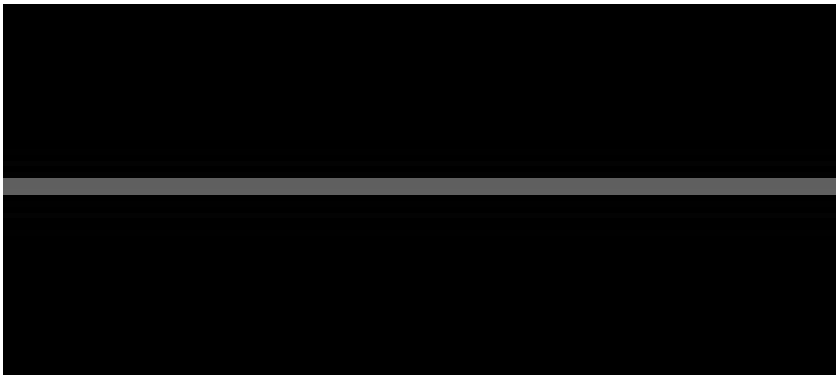
—Billy Hassan acaba de salir de su casa de Paddington.

—Necesito más.

—Eso es todo por ahora. Voy por él otra vez. Se ha cabreado

conmigo, lo sé a través de alguien que conozco.

—No puedo hacer mucho con eso... oh, espera. Conozco al tipo que hace la columna de chismes. Sydney Confidencial. Le pasaré la información de Hassan. Este chismoso es un gran imbécil, le dará importancia... como que este conocido hombre de Kings Cross, Billy Hassan, fue visto saliendo de la residencia palaciega de Paddington de un tal Sr. Abbott, jefe de la Iglesia de la Nueva Luz. Uno sólo puede imaginar las conversaciones, etc., etc.



—Ja, ja. Maldición, periodistas.

—Yo no diría que mi amigo es periodista, pero da en el clavo.

—Eso servirá para empezar. Tienes otra historia aquí, Wu. El premio Walkley te espera.

—Empezaré a investigar la conexión con Hassan. Tal vez podamos deshacernos de Abbott esta vez.

—Esperemos que sí, pero sabemos Wu, ¿no? Es como ese juego de las ferias, donde tomas el mazo y tratas de golpear la cabeza que sale. Siempre hay alguien que va a tomar su lugar, que va a levantar la cabeza. Me tengo que ir, nos vemos.

CAPÍTULO VEINTE

Cash llamó al timbre de la puerta principal de la casa de Angie. Esperó un minuto entero antes de oírla decir: —Empuja la puerta, Carter.

Empujó. Caminó.

Ella estaba de pie con la puerta abierta, vestida de lino blanco de pies a cabeza. Camisa y pantalones ondeantes, zapatos suaves de color marrón claro en los pies. Ella dijo, —Hola. ¿Qué te pasó en la cara?

—Trabajo.

Se miraron fijamente, Cash le tendió la mano y ella la estrechó. La acercó a él y la besó con fuerza en la boca. Ella le agarró el antebrazo con fuerza. Él la tomó por la cintura y tiró de ella sujetándola. Ella le devolvió el beso, sus lenguas entrelazadas. Se besaron suave y lentamente.

Él se apartó y dijo: —Eres increíble.

—Entra.

Ella cerró la puerta detrás de ellos. Se acercaron rápidamente. Cash le agarró el trasero firmemente; ella lo imitó, agarrándolo con fuerza también. Volvieron a besarse duro y con pasión. Empezó a desabrocharle los botones de la camisa. Se la quitó rápidamente y cayó al suelo. Estaba desnuda de cintura para arriba. Ella le quitó la chaqueta de cuero de los hombros. Le desabrochó los botones de la camisa, luego agarró la hebilla del cinturón y se lo desabrochó rápidamente.

Se quitó los jeans y se los sacó de una patada mientras ella se los bajaba, observándolo con avidez. Metió la mano en los calzoncillos

negros, sacó su pene y se arrodilló. Mirándolo, le acarició lentamente el pene y le dijo: — ¿Te gusta?

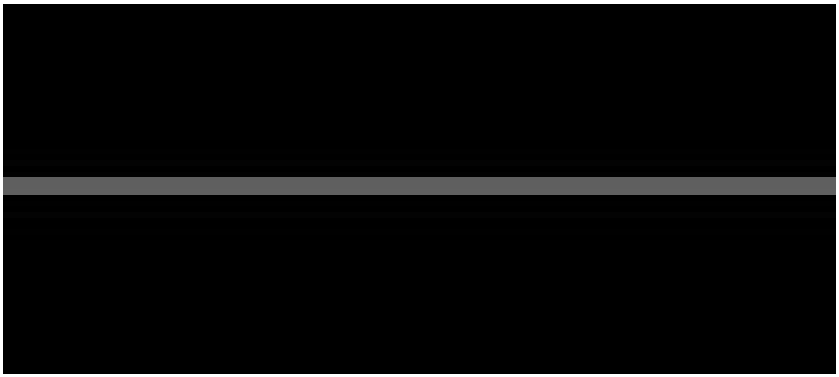
—Sí, sí, —dijo él, respirando más deprisa.

Ella lo acarició de arriba abajo, cada vez más despacio, mirándolo a los ojos. —Me encanta tu piel morena; eres precioso.

Él no dijo nada. Ella acercó la boca a la cabeza de su pene. Él exhaló fuertemente mientras ella deslizaba su boca sobre la cabeza, dentro y fuera, luego se detuvo y la lamió suavemente.

Estaba en éxtasis.

Adam y Gina persiguieron al dragón, pero no fue suficiente. Se inyectaron un poco de la heroína de Hathai. Hicieron el amor lánguidamente. Después se recostaron en la cama, absolutamente agotados, al menos Adam. Gina trató de endurecer su pene de nuevo, pero no funcionó. La heroína podía hacer eso. Pero no le importó demasiado. Se acostó en el suelo escuchando a la Velvet Underground. El cliché de la música de los consumidores de heroína, pero ¿qué carajo? Era perfecta.



Nikolay se levantó de la cama en casa de Hathai, en Darlinghurst.

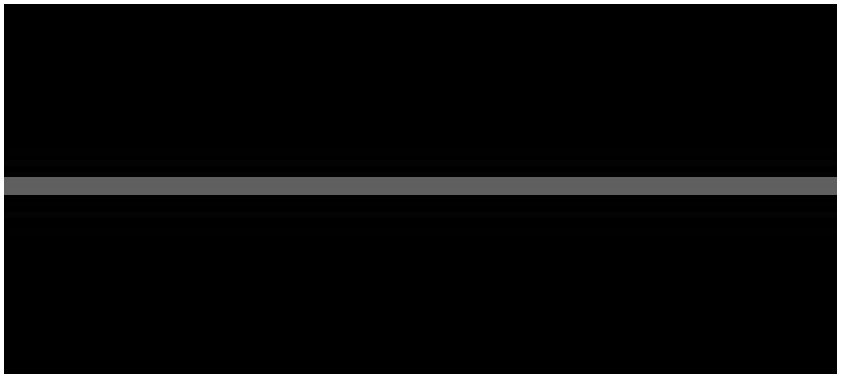
Ella le dijo: —Tienes el cuerpo con unas cicatrices horrendas.

Tenía cicatrices de cuchilladas, una bala que le atravesó el hombro derecho. Un pitbull lo atacó y le desgarró la carne del muslo izquierdo después de que apaleara a su dueño hasta matarlo en un pequeño apartamento del Bronx, en Nueva York, hace aproximadamente una década. Había matado al perro con un cuchillo y le había cortado la estúpida garganta. En la cárcel, los guardias lo habían golpeado con una manguera de goma, que le dejó marcas permanentes en la espalda.

Se volvió y dijo: —No fue tan bonito conseguirlas.

Sonrió y dijo: —Mi guerrero.

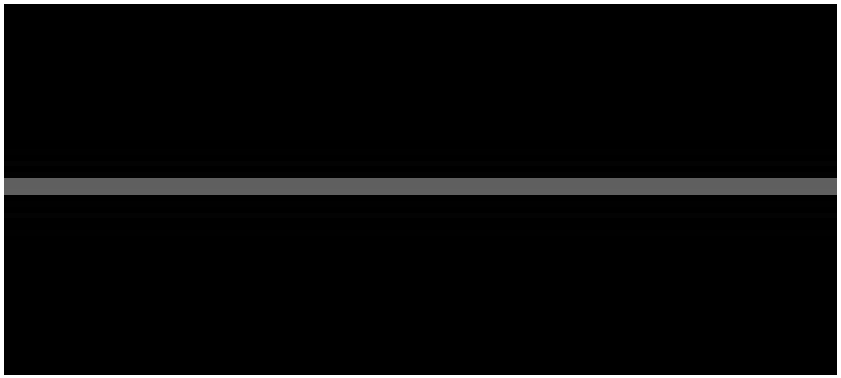
—Guerrero no, sólo trabajo... es lo que hago.



No todo el mundo cogía como reyes y reinas. Aimee estaba aspirando el suelo, limpiaría la cocina a continuación mientras esperaba a que Cash llegara a casa.

Sin embargo, él ahora mismo no estaba pensando en ella.

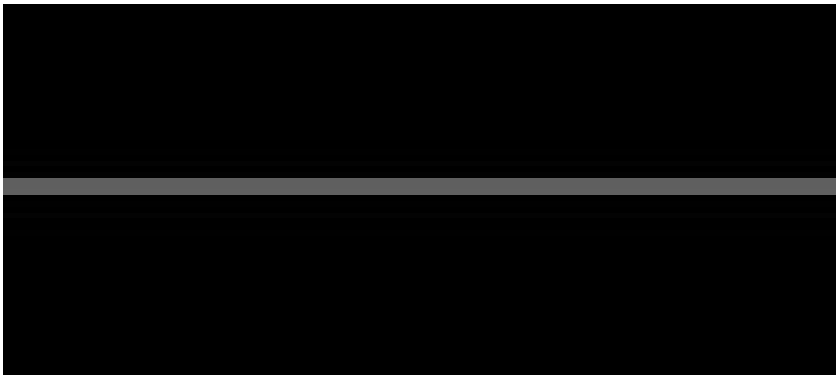
Doug Lever seguía en el trabajo a las ocho de la tarde. No necesitaba estar allí, pero no había nada para él en casa. ¿Por qué no llamaba? Una llamada pondría fin a su angustia. Era lesbiana según Thompson. Su hija tenía novia. Pero él podría perdonarle cualquier cosa si ella sólo viniera a casa. Si sólo hacía una llamada.



Tony Wu estaba tratando de encontrar la mejor manera de conseguir la historia. Necesitaba ojos tanto en Hassan como en Abbott. Llamó a Cash para ver si tenía a alguien que hiciera el

trabajo sobre Hassan. No contestaba al teléfono. Decidió seguir a Hassan él mismo. Esperaba una pista electrónica o de dinero.

¿Podría el antiguo jefe de Thompson, Steele, poner un micrófono en el teléfono de Abbott? Asociarse con un conocido criminal y todo eso. Hassan había estado preso hace años por asalto. Abbott conocía a Wu de su último asalto. Necesitaba a alguien nuevo que se ocupara de Abbott. Esperaba que Thompson pudiera ayudar con eso también.



Blake llamó a Peter alrededor de las 9 de la noche del viernes desde su oficina en el club.

—Blake, hola. ¿Estás ocupado?

—Están entrando por las ventanas, —se rio.

— ¿Cómo te fue con el investigador privado?

—Mi amigo hizo que su hombre le diera una buena paliza, le pasó el mensaje de que se mantuviera alejado de mi pero hubo un grupo de tipos que intervinieron y evitaron que la desgracia ocurriera por completo. Pero el hombre, su nombre es Nikolay, dijo que lo lastimó bastante.

—Lo suficiente, espero.

—No te estreses. No ha vuelto hoy, ¿verdad?

—No, tienes razón. Pero da miedo.

—No te preocupes querido, ¿vendrás esta noche?

—Más tarde, sí, tendré media docena de bellezas conmigo. ¿Podemos entrar en la sección acordonada de arriba?

—Por supuesto, no tienes que preguntar.

—Genial, hasta pronto.

El Grandulón Aaron estaba sentado en el sofá con su novia, Nicki. Ninguno de los dos dijo nada. Aaron estaba completamente agotado; esperaba que llegara el sueño. La noche anterior no había dormido. Mañana volaría a Dubbo con Nicki. El cuerpo iría por carretera; era menos caro. Todavía no lo podía creer. Su hermano, oh hombre. Cualquiera menos su hermano. Le encantaba hacer esos trabajos con Cash. Era peligroso. Parte del trabajo, pero esto. Era demasiado.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cash se despertó a las ocho. Aimee no estaba en la cama. Se había duchado en casa de Angie la noche anterior, limpiando su cuerpo de todo el olor de Angie. Pero no había champú ni jabón, ningún olor extraño que Aimee pudiera detectar. Angie era salvaje. Pero Aimee también lo era. ¿Por qué lo hizo, pensó? Pero al mismo tiempo sonrió, pensando en lo que había pasado entre ellos. Debería romper con Aimee, no era justo; él tenía el ADN malo pensó. No tuvo muy en cuenta que no tenía autocontrol. Se levantó de la cama, bajó las escaleras hasta el baño, orinó, gritó el nombre de Aimee pero ella no estaba. Estaba trabajando en la cafetería de Newtown.

Cash se sentó a la mesa de la cocina con unos jeans azules y una camiseta blanca. Llamó a Annie, la mejor amiga de Tanya. Ella contestó.

— ¿Sr. Thompson?

—Cash estaría bien.

—Muy bien, Cash. ¿La has encontrado?

—No. ¿No me viste allí hace dos noches?

—No estaba trabajando. ¿Qué pasó?

—Se advirtió al personal que no me hablara.

—No tengo turno hasta esta noche.

—Hace dos noches, en el bar grande de la primera planta había un camarero rubio. ¿Sabes cómo se llama? ¿Cómo puedo localizarlo?

—Creo que es Paul.

— ¿Crees o es él?

—Sí... es Paul, es el único camarero rubio.

— ¿Cómo puedo llegar a él?

—Puedo llamarlo.

— ¿Sabes dónde vive?

—Sí. Espera. Tengo su dirección en una libreta.

Cash esperó. Volvió al teléfono, leyó en voz alta una dirección en Consett Avenue, Bondi, y dijo: —Ella decía que Paul solía confiar en ella.

— ¿En qué sentido?

—No lo dijo. Es así de leal.

— ¿Y Blake?

—Sí, sus padres le compraron una casa en Rose Bay.

— ¿También tienes esa dirección?

—Sí. —Ella se la dio.

—No se lo digas, Annie. No quiero que estén prevenidos.

—No. No lo haré.

—Creo que me estoy acercando.

—Bien.

—Mantente fuerte, te llamaré a diario.

—Gracias.

Cash iba a agitar las cosas. Pero primero, llamó a James Roach a Nowra.

—Nada, jefe. Andy se quedó allí hasta las siete u ocho, luego se fue a su casa. Yo vigilé la casa y entré alrededor de las nueve. No había nada. Leche sin tocar. Ni rastro de nadie.

—Quédate dos noches más, luego necesito que vuelvas y empieces a seguir a alguien en un trabajo diferente.

—Lo que usted diga, jefe.

—Llámame si pasa algo.

—Lo haré.

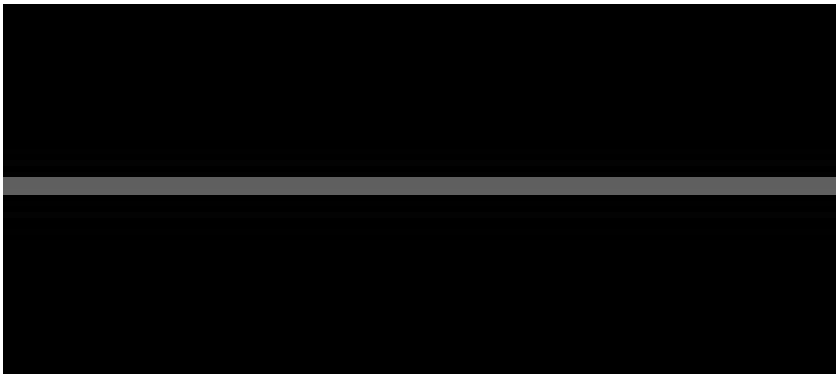
Cash había guardado su pistola después de lo que le había pasado a Mick, pero con el ruso Nikolay ahí fuera, volvió a enfundársela, se guardó la Glock. Se alisó la chaqueta del traje negro con la mano derecha. Llevaba jeans negros, y Doc Martins en los pies. Abrió la puerta principal bajo una lluvia torrencial.

Pasaría unas horas con Adam. Volvió a llamar a su casa. Adam contestó y él colgó. Estaba allí y sólo eran diez minutos en coche. Subió al Valiant blanco, arrancó el coche y dijo: —Pon Tony Williams, Tokyo Live. Wallace Roney tocaba la trompeta, Bill Pierce el saxo, Miller el piano, Ira Coleman el bajo. Un quinteto para morirse o grabar. Cash cerró los ojos momentáneamente, luego salió de la acera y condujo hasta la casa de Adam a pesar de la intensa lluvia, con el jazz sonando como loco.

Aparcó en un sitio similar al del otro día. Por suerte, había dejado de llover. Bajó el volumen de la música. Pensó en Aimee. Primero Chantal, ahora Angie. Era la ira de Angie lo que lo excitaba, la forma en que le hacía saber lo que pensaba. ¿Había alejado a Tanya con ese tipo de cosas?

Era tan delgada, sus pechos parecían desafiar la gravedad. Todo estaba donde debía estar con ella, y tenía cuarenta años, eso supuso. Tanya dos décadas más joven. Se preguntó ¿si se acostaba con los chicos de su agencia de modelos, o era él un pez raro que ella había deseado como aventura? Había estado casada, él lo sabía. No estaba en Facebook ni en Twitter y en su cuenta de Instagram solo aparecían fotos de sus modelos anunciando marcas de ropa.

¿Cómo podía saber cómo era ella en realidad? Peter lo sabría. Se olvidó de preguntarle si iba al club cuando Tanya bailaba. Todavía un millón de preguntas.



Peter llamó a Angie, ella contestó con el dedo índice y dijo: —Hola, Pete.

—Hola Angie, he encontrado a una chica muy guapa para ti.

— ¿Dónde?

—Estaba en un café en Bronte. Estaba allí para encontrarme con Celia y esta chica, ¡guau! Pensé, es impresionante. Como Kate Moss. En serio, me dejó atónito. Conseguí su nombre, le di mi tarjeta. Estaba bien una vez que Celia comenzó a hablar con ella y la convenció de que yo era de fiar, no un cabrón queriendo cogerla.

—Pero lo suficientemente cabrón como para tratar de golpear a nuestro amigo indígena.

— ¿Cómo sabes eso?

—Control, un poco de control, Pete.

— ¿Cómo sabes eso, Angie?

—Me acosté con él.

—Jesús.

— ¿Tienes miedo?

— ¿Debería tenerlo?

—No. No te hará daño. Se lo hice prometer.

—Gracias.

—Pero puede que te haga una visita. Sé amable. Sé agradable. Es realmente encantador y hermoso. Un gran polvo.

— ¿Cuándo puedes ver a esta chica?

— ¿Cómo se llama?

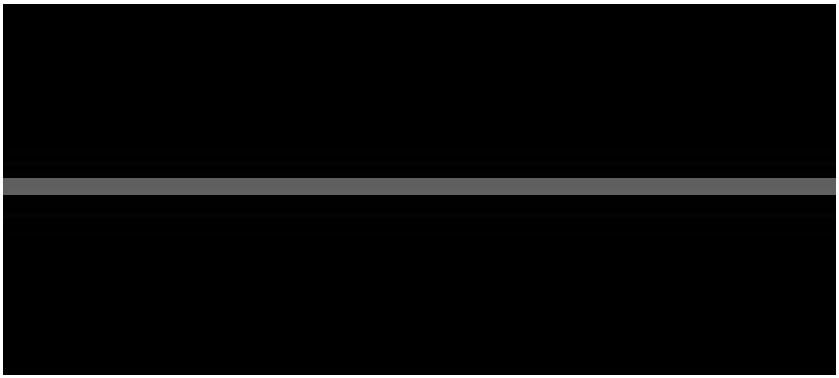
—Glenda Robinson.

—Oh cielos. Podemos arreglarlo. Que sea hoy más tarde si puedes. Si es como tú dices, podemos hacer que trabaje rápido.

—La llamaré y le diré la hora. ¿Debería ir a la oficina o a tu casa?

—A casa.

—Genial, adiós.



Cash llevaba dos horas sentado vigilando la casa de Adam. Era casi

la una de la tarde. Tuvo una idea. Llamó a Aimee.

—Hola cariño, —dijo—, ¿dónde estás?

—En Glebe, vigilando una casa.

— ¿Cuándo vuelves a casa? Voy a ver a mi madre cuando termine en unos minutos.

— ¿Puedes obviar eso?

— ¿Por qué?

—Me preguntaste sobre el trabajo. Quiero que ocupes mi lugar aquí. Vigilar la casa, llamarme si el joven que vive allí sale y seguirlo. Es el hijo de Steele.

— ¿Cuánto?

— ¿Veinticinco la hora?

— ¿Cuántas horas?

Se rio y dijo: —Cuatro horas como máximo. Son cien dólares.

—De acuerdo, en efectivo, por supuesto.

Volvió a reírse, dándose cuenta de que la quería y de que era una completa y absoluta mierda. —Sí, efectivo de Cash.

—Dame la dirección.

Se la leyó en voz alta.

—Estaré allí en unos veinte minutos. Te quiero.

—Sí, yo también te quiero.

—Hola.

— ¿Qué?

— ¿Puedo mudarme contigo? A tiempo completo, para siempre.

— ¿No debería preguntarte?

— ¿Y bien? —Dijo ella

— ¿Por qué ahora?

—Estoy embarazada.

—Tú... ¿qué carajo?

—Estoy bromeando pero eso no quiere decir que no podamos quedarnos embarazados.

—Sí, claro, cariño.

—Genial. Te quiero.

—Ya lo has dicho.

Ella pulsó Fin en su celular.

Cash dejó a Aimee en Glebe vigilando a Adam y condujo hasta la casa de Peter. Las persianas no estaban bajadas. Se acercó a la puerta principal y golpeó con fuerza cuatro veces. Tuvo la sensación de que Peter lo estaba vigilando. Hoy en día era fácil instalar pequeñas cámaras o timbres. Cualquier imbécil podía hacerlo. Esperó.

Peter volvió a abrir la puerta vestido de traje, esta vez negro con camisa blanca y zapatos negros sin cordones. —Lo siento si te he dado la impresión de que no quiero ayudar. Creía que me había desvivido por ayudarte.

— ¿Puedo pasar?

Peter parecía dolido.

Cash estuvo a punto de pegarle en la cara, pero se enfadó y dijo: —Por favor, no me jodas como la última vez. He hablado con Angie. Le conté lo que intentaste hacerme.

—Está bien, pasa.

Se sentaron en el salón, uno frente al otro. Los ceniceros estaban llenos. Oyó risas en algún lugar de la casa o en la pequeña zona pavimentada de la parte trasera. Cash dijo: —Háblame de las drogas y de Tanya. La verdad.

—Fumaba hierba, tomaba algo de coca muy de vez en cuando... eso es todo lo que sé.

— ¿Por qué encontré una aguja mezclada en sus sábanas y más fuera de la ventana en el lecho del jardín?

— ¿Tal vez se las dio Paul?

— ¿Paul, el barman?

— ¿Cómo...?

—Estuve allí el jueves por la noche, pero eso lo sabes porque hiciste que tu amiguito le pidiera a un peligroso criminal que me atacara.

—Sí, bueno, me estabas amenazando.

Cash negó con la cabeza. El tipo no tenía ningún límite moral. Dijo: — ¿Se estaba cogiendo a Paul?

—Sí, creo que sí. No lo sé. Quizá.

— ¿Lo sabía Angie?

—No.

— ¿Tomaron heroína juntos?

—Creo que algunas veces, sí. No quería que pareciera una ramera o algo así...

— ¿Ella qué?

—Estaba experimentando sexualmente y otras cosas.

— ¿Eran otras las drogas que le suministrabas?

—Yo no. No soy traficante. Eso me ofende.

— ¿Quién entonces?

—Tal vez... Blake. No lo sé. Tal vez Angie lo sabía. ¿Cómo carajo se supone que voy a saber todas estas cosas? Todo lo que hago es trabajar duro para estos chicos y chicas, conseguirles trabajo y hacer que se sientan mejor consigo mismos.

—Las cosas se están cerrando Peter.

— ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que tu pequeña actuación de Svengali se te está yendo un poco de las manos. Tú y Blake suministrando chicos y chicas para la Iglesia Nueva Luz a través de un jodido criminal llamado Billy Hassan.

—Yo... nunca lo hice.

—Tú eres el intermediario, Peter. Consigues las chicas y los chicos para Blake, y él hace el trabajo sucio, pero tú sabes lo que está pasando, amigo. Consigues drogas para todos esos chicos a los que me dices que estás ayudando.

—Tengo que insistir en que te vayas.

—Dile a Blake que he estado aquí. Dile que sé qué carajo está

pasando. Lo vi la otra noche, vi a los colgados en esa zona VIP suya en ese jodido club que dirige.

—Oye, oye, escucha. No soy un...

— ¿Un qué? ¿Un jodido proxeneta de los bajos fondos?

Peter apoyó la cabeza en las manos y dijo: —Bien, bien, pero nada de policía, nada de policía. Las drogas vienen del amigo de Blake, el que mencionaste, pero las chicas y los chicos. Yo no... No lo sé.

—¿Te paga Blake para llevar a estos jóvenes a la sección VIP? Les dice que hay fiestas y que no tienen que hacer nada, sólo presentarse; ¿es eso? Ninguna obligación excepto que él consigue que se droguen con alcohol, hierba y heroína, ceden y los hombres y mujeres de las fiestas les pagan. De repente, tienen dinero, drogas, nuevos amigos.

—Algo así. Consigo entrada gratis, bebidas gratis. Unos cientos para traer a mis protegidos.

— ¿Te ha preguntado la policía?

—No querían saberlo, la verdad. No me preguntaron mucho.

— ¿Quieres salir de esta? ¿Qué puede pasar cuando le cuente a mi amigo de la Fiscalía qué carajo está pasando? Es verdad. Solía ser policía. Tengo contactos que pueden aplastarlos a ti y a tu amigo.

Peter se levantó de la silla, cerró la puerta del salón y dijo: —Cooperaré contigo, te ayudaré, si me sacas de esto.

—Bien, de acuerdo, así está mejor. Va a venir un periodista a verte. Entiendes lo que digo.

— ¿Un periodista?

—Sí, no un columnista de chismes. Un periodista de investigación que te hará preguntas y tú le dirás la verdad.

— ¿Qué gano con esto?

—Sentirás el exquisito alivio de saber que no te voy a dar una paliza.

Peter volvió a sentarse. Volvió a apoyarse la cabeza en las manos. Preguntó: — ¿Y Angie?

—Le cuentas al periodista la verdad sobre todo lo que está pasando. Tu versión. ¿Has visto a Hassan?

—No, Blake es bastante protector, pero sé quién es, lo que hace.

—Saca a esos jóvenes de la casa. Voy a salir a hacer un par de llamadas, luego volveré a entrar y se tendrán que haber ido todos. Ni se te ocurra cerrar las persianas. Y no llames a Blake. Hagas lo que hagas, piensa con claridad sobre tu futuro aquí, no lo llames.

—De acuerdo, me desharé de ellos. No lo llamaré.

Cash se sentó en el coche. Empezó a llover con fuerza de nuevo, cayendo sobre el techo. Sacudió la cabeza. Llamó a Steele y le dijo: —Mira, he encontrado un soplón en todo el asunto de Billy Hassan y Abbott. Pronto traeré a Wu para interrogarlo, pero tú también deberías enviar a un investigador. Alguien discreto, alguien nuevo que no pueda ser reconocido. ¿Me entiendes?

— ¿Quién es?

—Un tipo llamado Peter Nicholas, un cabroncito que encuentra

chicas y chicos para agencias de modelos por toda la ciudad e interestatales, pero también se las suministra al dueño de un club nocturno. El nombre del tipo es Blake Andrews. Se las ofrece a los hipócritas de Abbott. Aunque él no lo ve de esa manera, estoy seguro. Tienes que hacerle una visita también.

—Buen trabajo.

—Tenía una corazonada. Presioné a este tipo y se derrumbó como una maldita caja de cartón. No tengo tiempo para él. Dejaré que tu chico lo interrogue después de Wu.

—Gracias, Carter, de nuevo, buen trabajo.

—Sigo buscando a la chica desaparecida. Si tu investigador puede sacarle algo sobre Tanya Lever, házmelo saber. No creo que él lo sepa, pero alguien en este lío sí.

Cash volvió a entrar mientras los jóvenes salían. Peter y él volvieron a sentarse en el salón y él le dijo: —Necesito saber lo de Tanya. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—No lo sé. Lo juro por Dios. Lo juro por Dios.

—Muy bien, el reportero estará aquí pronto. No te preocupes, saldrás de esta, aunque puede que tengas que buscarte otro trabajo.

—Gracias por preocuparte.

Cash seguía pensando que era un imbécil, incluso ahora, cuando lo iba a afectar. Que se joda. Llamó a Wu, le contó la historia.

Wu dijo: —Estaré allí en diez o quince minutos. ¿Vas a vigilar a Abbott?

—Necesito a Blake, el dueño del club nocturno del que te hablé. Necesito que prepare a la chica y a los chicos para una de las fiestas de Hassan para Abbott. Entonces creo que la Fiscalía puede atraparlos a ambos, tal vez a Abbott también.

—Te haré saber lo que me dice.

—Lo he ablandado. Lo contará todo, creo. Tengo que ver a un par de personas más en este asunto.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cash condujo por la avenida Consett, pasando por delante de la dirección donde vivía Paul. Volvió a pasar por delante. Parecía una entrada y una salida. Había visto a Paul en Fever; no parecía muy problemático, pero ¿quién sabe en este mundo de locos? Aparcó. Subió unas escaleras y pasó junto a unos buzones. Paul estaba en el número cuatro, que no tenía nada colgando del buzón, a diferencia de todos los demás.

Bajó por un pasadizo lateral hasta el número tres, retrocedió por el lado derecho. Número cuatro. Respiró hondo, se palpó la pistola aún en la funda, una especie de reacción nerviosa. Había algo raro en este tipo. Las drogas con Tanya. Apretó con el dedo el pequeño botón negro y sonó dentro.

Esperó detrás de la puerta de seguridad, que no le gustaba. Paul podría mandarlo a la mierda y él no podría hacer nada.

La puerta se abrió. Paul, de pie, con pantalones cortos azules de correr y una camiseta negra, preguntó: — ¿Qué?

—Mi nombre es Carter Thompson, trabajo para la oficina del fiscal.

— ¿Y qué?

—Conoces a Tanya Lever.

Paul no hizo nada excepto cerrar la puerta.

Carajo.

Tocó el timbre tres veces, una tras otra.

Esperó.

Finalmente, tras otro par de toques de timbre, Paul volvió a abrir la

puerta. Dijo: —Tú no eres policía.

—Solía serlo y para ti, en este momento, eso es tan bueno como serlo. Estoy conectado. Quieres a los policías aquí, puedo hacerlos venir aquí.

— ¿Qué quieres de mí?

—Creo que sabes la respuesta.

Abrió la puerta de seguridad con una llave que ya estaba en la cerradura. Dijo: —Pasa.

Se quedaron juntos en la pequeña sala de estar. Cash pensó que se había pasado media vida entrando en casa de gente que no conocía, con gente que no quería que estuviera allí porque iba a hacer preguntas difíciles. Preguntó: — ¿Por qué te dijeron que no hablaras conmigo?

—Dijeron que ibas detrás de Billy Hassan. Ese tipo es como un Dios en Fever, viene con su séquito y consigue lo que quiere. Bebidas, drogas, chicas, lo que sea.

— ¿De Blake?

—Sí.

—Solía ser policía. Sé lo peligroso que es Hassan.

—Entonces sabes que no puedo hablar más contigo. Podría golpearme, lo que sea. Es un tipo peligroso.

Cash miró a Paul. Sin su vestimenta de Fever, era grande, fuerte, en forma. Sus bíceps eran enormes; en la vieja escala medía alrededor de 1,80 m. No se asustaba fácilmente, pero estaba asustado.

—Olvidémonos de Hassan. Se ocuparán de él, si no esta vez, en otra.

—Es fácil para ti decirlo. Puedo ver esa pistola en tu chaqueta, amigo.

—Tanya. ¿Sabes dónde está?

—No. Y no pareces entenderlo. Hassan y Tanya, amigo. Él estaba obsesionado con ella.

— ¿Qué?

—Ahora, lo entiendes.

— ¿Hassan y Tanya?

—Sí.

— ¿La conoció en el club? —Cash preguntó.

—Me dijo que la vio bailando en la jaula. Se quedó alucinado con ella y pidió a Blake que la llevara a la sección VIP. Ella tuvo el resto de la noche libre para coquetear y beber, relacionarse con Hassan y su equipo. Ella estaba fuera de sí, se fue a casa con él. Él se obsesionó con ella. Esto fue hace meses. Ella empezó a usar heroína, no coca, mierda seria. Dijo que se sentía atrapada. Quería desintoxicarse.

—Mierda.

—Sí, mierda.

— ¿Pero sabes dónde está?

—Escúchame. No se va a librar sólo de la heroína. Es Hassan. Es su viejo. Es Angie. Es Blake y es esa rata, Peter. Todos ellos. No quiere que la encuentren.

Cash no había venido aquí esperando esto. Estaba intentando procesarlo todo en su cabeza. No estaba muerta; no estaba secuestrada. Simplemente no quería que la encontraran. ¿Cuáles eran sus obligaciones aquí? —Tengo que decirle a su padre que está bien.

—Pues díselo, carajo. Ella está bien. Ya no se droga. Es feliz.

—Ella está aquí.

—No.

—Necesito saberlo.

— ¿Por qué carajo necesitas saberlo? Se fue. Ya te lo he dicho, está bien. No está en peligro. Dile a su viejo que se vaya a la mierda, ya no lo necesita. Ha encontrado a otro.

— ¿Tú?

—Sí.

—Puedo encontrarla ahora, tal vez no en una semana, pero en un...

—Te pido que lo dejes pasar. Ella es feliz. Tuvo una vida de mierda en la escuela. Fue acosada desde el primer día hasta el final. Después de la escuela también. Estaba perdida. Se encontró a sí misma. Descubrió que no era fea, al menos eso es algo que ese imbécil de Peter hizo por ella. Le dio confianza. Ya no es la misma persona. No necesita ese amor aplastante que le da su viejo y Hassan es peligroso. No sé lo que hará. No soy nadie. Nadie sabía que habíamos hablado, excepto Annie. No la encontrará. La olvidará. Entonces nos iremos, nos iremos.

—Pero le diste droga.

—No, no lo hice. Peter la metió en eso. Angie también. Esos también son unos malditos delincuentes. Son repugnantes. Harían cualquier cosa. La próxima... hasta unas semanas o meses después.

—Guau, guau. ¿Peter le consiguió la heroína?

—Se la dio gratis. A Angie también. Angie la quería para ella, pero ella no quería eso. Estaba experimentando, jodiendo; todos lo hacemos. La gente, no sé, se enamora locamente de ella. Pero ella me ama.

— ¿Dónde está?

—Te dije que ella...

—Paul, amigo. Su padre merece saberlo.

—Le diré que lo llame.

— ¿Cuándo?

—Más tarde, cuando te hayas ido. La llamaré.

— ¿Te importa si echo un vistazo?

—Sí, carajo. —Y pareció crecer ante los ojos de Cash, pero Cash no se asustó. Era más bien una indicación de hasta dónde llegaría Paul para proteger a Tanya. Paul era poco sofisticado, quizá eso era lo que Tanya quería, pero quizá lo estaba utilizando antes de hacer una última escapada a alguna parte. Tomar un avión para nunca ser encontrada de nuevo. También era peligroso, todo esto. Hassan obsesionado con ella. Nikolay tampoco estaría lejos.

Cash dijo: — ¿No vas a decirme dónde está?

—No.

—Tienes razón, Hassan es peligroso. Puedo ayudarte.

—No. Ella no quiere eso. Haré que llame a su viejo, nada más.

—Si así es como quieres jugar, amigo, no puedo hacer nada. Siempre y cuando consigas que ella haga esa llamada; de lo contrario, involucraré a la policía. ¿Me entiendes?

—Sí. Lo entiendo. Maldición.

—Volverás a verme, Paul.

Cash se fue. Entró en su coche. Golpeó el tablero con el puño varias veces. —Qué carajo, —dijo en voz baja—, la gente. Las cosas que nos hacemos.

Peter había mentido de nuevo, pensó, acerca de suministrarle heroína, pero esta información provenía de un tipo enamorado de Tanya.

No hizo nada. Respiró hondo. Llamó a James Roach. —Vuelve ahora, amigo. Estás perdiendo el tiempo ahí.

— ¿Todavía me quieres en el trabajo?

—Sí, vas a estar siguiendo a Billy Hassan. ¿Lo conoces?

—Sí. Por su reputación.

—Buen chico. Estarás a la altura, estoy seguro.

—Sí, jefe.

—Nos vemos en mi casa en dos horas y media.

—Allí estaré.

Iba a llamar a Doug Lever, decirle que esperara una llamada, pero no podía, no de buena fe. Simplemente no sabía la verdad, todavía. Pero estaba cerca, muy cerca. Llamó a Annie.

—Hola, Cash, ¿la has encontrado?

—No. Cuéntame todo sobre Paul. Mamá y papá, hermanos y hermanas, la escuela a la que fue. Todo.

—Bueno.

—Espera, ¿está en Facebook?

—No. No le gusta eso. Ni Insta, ni Tik Tok. Traté de encontrarlo, por eso lo sé.

Tanya eligió sabiamente, pensó. Dijo: —Cuéntame.

Annie le contó todo lo que sabía y terminó diciendo: —Tenía un hermano pequeño llamado Jeremy.

— ¿Qué hace?

—Es surfista, snowboarder, ese tipo de cosas. Monopatines. Todo eso.

— ¿Cómo lo sabes?

—Está bueno. Más bueno que Paul y está en Facebook. Te enviaré el

enlace.

—Gracias. Si se te ocurre algo más, dímelo.

—Lo haré.

Cash se desplazó por la página de Facebook de Jeremy. Annie tenía razón. Surf, snowboard, chicas, playas, comiendo hamburguesas, riendo, feliz. En una foto aparecía en Terrigal. En la playa, bajo unos árboles, con una chica. Carajo, pensó, es Tanya. Hizo una captura de pantalla para asegurarse. Se la envió a Annie. La foto tenía unos diez días. Viva. Sentada, quieta, sin reír. Tenía una mano en el hombro de Jeremy. ¿Tal vez confiaba en él? Parecía pálida. Tenía el cabello castaño claro. Llevaba pantalones deportivos Adidas, una camiseta negra y un sombrero negro en la cabeza. Aun así fue lo que pensó: ella está muy quieta.

Annie lo llamó unos minutos después mientras él seguía mirando la foto. Le dijo: —Es ella, ¿sí?

—Sí, es ella, —dijo Annie, con una pequeña alegría en la voz—. No lo puedo creer.

— ¿Sabías que le gustaba a un tipo llamado Billy Hassan, que tal vez estaba enamorado de ella?

—Le prometí que nunca hablaría de ello. Estaba asustada.

—Incluso después de que te dije que la estaba buscando.

—Vi a Billy Hassan en el club no hace mucho. Ella no estaba con él. Oh, esa es una respuesta tonta. Lo siento, pero hice una promesa. Ese era el problema con Tanya, decía que todos la decepcionaban o querían algo de ella.

—Pero sólo desde hace un año, antes ella no era nadie.

—Sí, es verdad.

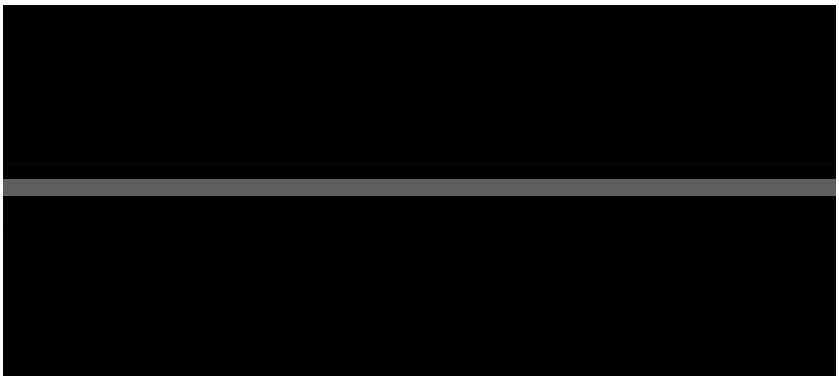
— ¿Puedes llamar a Paul? Dile que viste la foto en Facebook. Que quieres hablar con ella, lo que sea, dile lo que sea, pero tranquila, no te vuelvas loca. Es tu mejor amiga. Solo di que es tu mejor

amiga.

—Sí, lo haré ahora.

—Llámame. Iré a verla. Donde quiera que esté. Iré.

Buscó de nuevo en la página de Facebook. No había más fotos. La que había visto era un error. No era la mejor foto de ella. La mayoría de la gente se habría conmovido por ella, pero Cash estaba escudriñando cada centímetro de cada fotograma.



Adam introdujo la aguja en el pliegue del brazo de Gina. Ella se echó hacia atrás rápidamente, luchó contra las ganas de vomitar que le entraron enseguida y volvió a recostarse. Una oleada de felicidad la invadió. Sonrió y le dijo a Adam: —Tu turno, cielo.

—Sí, tengo que llamar al viejo y a mi hermana. Los dos han estado pendientes de mí. Bajaré y lo haré ahora.

Gina volvió a recostarse. Adam sabía lo que estaba haciendo. Le había dado una dosis bastante grande, más de lo habitual. Cuando volvió arriba, ella estaba dormida. Tomó las llaves del coche, se puso chaqueta de hilo marrón sobre su camisa de franela azul y negra. Bajó de nuevo las escaleras, recorrió el vestíbulo y salió al viejo Humber. Lo puso en marcha y arrancó despacio.

Aimee esperó hasta que estuvo cincuenta metros por delante y entonces arrancó, lo siguió, dos coches entre ellos. Adam nunca la

había visto, no conocía el coche; además, tenía la misión de ver a Hathai. No comprobó por el retrovisor si lo seguían.

Condujo por Broadway, giró a la derecha en Eddy Ave, bajo el puente, a la izquierda hasta Oxford Street, donde giró a la derecha. Aimee sonreía. Para ella todo era un juego. Siguió adelante y terminó frente a la casa de Hathai. Aimee aparcó probablemente cincuenta metros más atrás del Humber. Lo vio entrar en la casa y llamó a Cash.

—Hola, cariño.

—Hola, Cash. Lo he seguido. Está en una casa de la calle Nimrod, en Darlinghurst.

— ¿Hay alguien con él?

—No.

—Bien, no sé quién es, pero ten cuidado. Si tienes la más mínima idea de que lo sabe, vete, conduce directo a mi casa. No pares en ningún sitio de camino a casa, ve directo a mi casa. ¿Entendido?

—Sí, entendido.

—Cariño, no, esto no es un juego. Hay tipos peligrosos involucrados en esto.

—Sí, lo siento. Entiendo.

Sólo lo hizo más excitante para Aimee, pero sabía que debía confiar en Cash. Se iría directo a casa. Algo golpeó la parte trasera de su coche. La hizo saltar. Giró pero no vio ningún coche, no vio nada. Se dio vuelta y vio a un hombre delante de su coche. Llevaba un traje negro y una camiseta negra. Tenía tatuajes en las manos. La chaqueta del traje estaba enrollada hasta los codos y también tenía tatuajes en los antebrazos. Ella no hizo nada. Se quedó allí sentada, mirándolo.

Él le movió el dedo de la mano derecha y sonrió. Caminó hacia el lado del conductor de su coche. Ella estaba sudando. Se sentía en peligro. Llamó a la ventanilla lateral. Ella giró la llave de contacto,

él dio un paso atrás y volvió a sonreírle. Le indicó que bajara la ventanilla. Ella no sabía qué hacer.

Volvió a caminar hasta la parte delantera del coche. Ella lo miró. Él se pasó el dedo por la garganta mientras le sonreía. No podía irse con él allí. Se acercó de nuevo a la ventanilla lateral y ella aceleró para alejarse lo más rápido posible, siguió conduciendo, no miró atrás.

Nikolay sonrió, se fijó en la matrícula del pequeño utilitario rojo. Se alejó, de vuelta al club de striptease donde había quedado con Hassan.

Wu había terminado de entrevistar a Peter. Tenía una historia. Sólo tenía que confirmar algunos hechos. El nuevo investigador de la oficina de Steele había llegado y le había dicho a Peter que se lo llevaría en custodia preventiva.

—No me va a meter en una celda, —chilló.

—No, —dijo el investigador—, todavía no.

—Pero Carter Thompson dijo que yo...

—No pasa nada, señor Nicholas. Es una broma. Lo cuidarán bien.

Wu recibió una llamada de Cash.

—Voy a hacer que uno de mis chicos siga a Billy Hassan. Sólo necesitas tener a alguien en Abbott. Yo en tu lugar lo haría las veinticuatro horas del día. Creo que la Fiscalía también estará sobre él.

—Gracias Cash. Parece similar a la última vez que nos enredamos con Abbott, sólo que esta vez está cubriendo sus huellas mucho mejor. Hassan estará haciendo lo mismo.

—Escucha, amigo. Tengo otro caso en el que estoy, pero haré lo que sea necesario para atraparlos.

—Gracias por avisarme otra vez.

—No hay problema.

Annie lo volvió a llamar mientras aún estaba sentado en el coche.

—Jeremy y sus amigos alquilan un pequeño estudio, como un apartamento de soltero en Gosford. Es como un piso para gente mayor en una propiedad de allí. Al parecer, el propietario casi nunca está, lo que significa un montón de música alta y fiestas, pero es invierno, y cuando le pregunté a Paul me dijo, que nadie estaría allí ahora, excepto Tanya. Lleva una semana allí sola. Dijo que me llevaría a verla dentro de unos días.

— ¿Tienes la dirección?

—Sí. —Se la dijo en voz alta.

—Saldré en unas dos horas. Supongo que llegaré al anochecer. No tienes su número de teléfono, ¿verdad?

—No.

— ¿Cuándo dijo Paul que habló con ella por última vez?

—Dijo que llamó hace una semana. Insiste en que la dejen en paz hasta que él la vea. No llama. Está paranoica, piensa que podría ser Hassan o Angie.

—O su padre o Peter.

—Sí, no sabía que estaba tan mal.

—Pasar de ser intimidada todos los días a ser una celebridad local, todo el mundo quiere un pedazo de ti. Yo... no sé. Pero las drogas, yo...

—Por favor, ve allí, compruébalo, por favor.

—Como he dicho, voy para allá pronto.

—Gracias.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Aimee salió del coche, entró en casa de Cash en Erskineville y se sentó en la cocina. Se preguntó quién era aquel hombre. Malo es lo que ella sabía que era. Tomó el celular para llamar a Cash cuando oyó que llamaban a la puerta principal. Agradeció que tuvieran un ojo de pez, vio que era James Roach y abrió la puerta.

—Carter me dijo que lo esperara aquí.

—Pasa, pasa.

Había dos tipos de personas en el mundo, pensó: los que decían Cash y los que preferían Carter. A ella le gustaban más los que decían Carter. — ¿Quieres un café, James?

—Sí, me vendría bien uno, gracias.

— ¿Qué tal el viaje?

—No la encontré. Unas pocas pistas pero se agotaron. Creo que Cash la ha encontrado, pero quiere que siga a un tipo.

— ¿A quién? ¿Qué tipo?

—Billy Hassan, ya sabes...

—Sé quién es.

—Yo también. Un tipo peligroso.

—Mantén la cordura, James.

—Lo haré.

Cash abrió la puerta principal, caminó rápidamente por el pasillo hasta la cocina. Dijo: —Hola, cariño. Hola, Jim. Tengo que

moverme con rapidez, así que esto será un resumen rápido. Ya sabes quién es Hassan, pero creemos que proporciona chicas y chicos para las fiestas de la Iglesia Nueva Luz. Fiestas privadas. No creo que haya menores de edad, pero puede que sí.

— ¿Qué quieres que busque específicamente?

—Si va a edificios de apartamentos o casas en lugar de sus clubes de striptease o tiendas de kebab o lo que sea que tenga... ¿me sigues, Jim?

— ¿Te llamo si va a esos otros sitios?

—No, vigila y espera. Vigila y espera.

— ¿Qué?

—Grupos de gente joven, chicos o chicas. Están siendo llevados a estas fiestas. El dueño del club nocturno Fever. Podría ser posible atraparlo por prostitución ilegal. O si son jóvenes, suministrando menores para sexo.

—Un poco escaso, jefe.

—Tal vez. Necesitamos a las chicas o chicos con los que hablar. Puede ser difícil, pero los cercaremos, al menos por un tiempo. Estamos tratando de hacer una conexión entre Abbott y Hassan.

— ¿Dónde está Hassan ahora?

—Está en el Razor Club, su club de striptease en Darlinghurst Road.

—Iré ahora.

— ¿Todavía tienes el coche de alquiler?

—Sí, me dijo que podía devolverlo a otro lugar de alquiler de coches en Bondi Junction cuando haya terminado.

—Ten cuidado Jim, este tipo es peligroso.

—Lo haré. Puede que me pierda el café e intente conseguir uno por

el camino.

—Te abriré la puerta, James.

Caminó por el pasillo, seguido por Aimee, que lo dejó salir y volvió. Le contó a Cash la historia del tipo que estaba mirando el coche. Cash supo enseguida que era Nikolay y le dijo: —Hiciste bien en marcharte. Ese tipo es peligroso.

— ¿Es el que te hizo daño la otra noche?

—Sí.

— ¿Y ahora qué?

—He encontrado a la chica. Estoy conduciendo a Gosford ahora.

—No quiero estar aquí sola.

—Ve a casa de tu madre. No sabe dónde vivo. Donde vivimos.

—Nosotros, sí viviremos juntos. Me mudaré en los próximos días. Sólo tengo que avisar con dos semanas de antelación en la antigua casa.

—Genial, como un nuevo capítulo o algo así.

—O algo así, Cash, —dijo ella y lo besó en los labios, en un lado de la cara, en cada ojo, en la sien, le dijo—: Te quiero.

—Yo también.

—Ten cuidado, por favor.

—Bien, tengo que irme.

En el coche, Paul lo llamó. Dijo: —Annie me dijo, me dijo que vas a buscarla.

— No voy por ella. Voy a asegurarme de que está bien. No la llames, Paul. No la asustes. Quiero asegurarme de que está bien. Si quiere irse, cambiar de identidad. Puedo ayudarla.

—De acuerdo, de acuerdo, pero es frágil. Ten cuidado con ella.

—Lo tendré, lo tendré. Confía en mí.

—Bien, amigo, pero por favor...

—Lo entiendo. Lo entiendo.

Cash arrancó el coche. Sacó un CD de la guantera. Guardaba el viejo reproductor de CD para estas ocasiones. Lo metió en el coche: Milt Jackson and the Thelonious Monk Quintet. Salió a la callejuela, oyó que empezaba la música y esperó que aquello acabara bien.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Billy Hassan estaba detrás de la mesa de su despacho y le dijo a Nikolay: — ¿Has encontrado ya a Tanya?

—No.

—Pero estás sonriendo.

—Encontré a Carter Thompson, su novia, creo. Tengo el registro de su coche.

— ¿Cómo pasó?

—Iba caminando a ver a Adam, para que me pusiera al día en persona. Lo vi irse pero esperé. Tenía un presentimiento. Entonces veo un coche salir casi de inmediato con una chica en él. Un coche rojo pequeño. Los sigo a los dos. Ella sigue a Adam hasta la casa de Hathai. Le doy un pequeño susto. Se caga encima y se va. Toma. — Tiró un trozo de papel sobre el escritorio—. Sé que tienes conexiones para encontrar la dirección.

—Está bien, pero recuerda que es un ex-policía... lo mismo que si fuera policía. No se mata a un policía. No sin una gran-no, una enorme razón imparable.

—Eso es lo que te dije antes.

—Ya te escuché. Ahora, Hathai y los jóvenes traficantes. ¿Qué está pasando?

—Lento, creo, pero ahora está en casa de Hathai.

— ¿Todavía estás con ella?

—Sí y no. A ratos.

—Hay otra fiesta para Nueva Luz esta noche. Blake está organizando algunas modelos y demás. Tengo coca y hierba para él, no suya, mi propia hierba especial y coca de calidad. ¿Puedes entregársela?

—Sí. ¿Cuándo?

—Ahora. Lo tengo en la caja fuerte.

Se dirigió a la caja fuerte, la abrió y sacó pequeñas bolsas de hierba y coca, las metió en una pequeña mochila y se las dio a Nikolay.

—Gracias, ahora las llevo.

—Si tienes problemas con algo, dímelo directamente a mí, a nadie más, siempre directamente a mí.

—Lo sé.

—Bien.

Nikolay tomó las bolsas y se fue.

Adam y Hathai estaban en la cocina. Ella le estaba contando una historia sobre su viaje a Australia con su tío cuando era adolescente. Llevaba unos jeans azules holgados y un cortavientos azul cielo. Él veía cómo se le movían los pechos por debajo y no podía dejar de mirarla, hipnotizado por ellos, por ella.

—Era estadounidense. Había dejado Tailandia hacía muchos años y trabajaba en América. Pero se metió en problemas y fue a la cárcel. Allí conoció a Nikolay, que le contó sus planes de venir a Australia en la bodega de carga de un barco. Organizó algo parecido para mi tío y para mí desde Singapur. Tuvimos que tomar un vuelo a Singapur desde Bangkok. Tenía un pasaporte falso. Después llegamos a Australia en barco y llegamos a Fremantle. Un hombre nos llevó en coche a través del país hasta Sydney. Mi tío había traído drogas de alta calidad. Conocí a Nikolay cuando tenía catorce años. Mi tío murió poco después. Nikolay pagó mi escuela hasta que tuve dieciséis años y pude dejar la escuela legalmente. Desde entonces me cuida como un nuevo tío, sólo que a veces nos olvidamos y hacemos el amor.

— ¿Nikolay y tú?

—Sí.

— ¿Has traficado con él desde entonces?

—Sí, pero he hecho otras cosas, como trabajar en una tienda de ropa en Surrey Hills. Era de ropa cara de mujer. Allí hice muchos contactos. Tenía un don para encontrar a los que les gustaba drogarse. Como a ti, reconozco a los que les gusta drogarse.

— ¿Y a ti te gusta?

—No bebo alcohol, pero fumo hierba, muy de vez en cuando. Puede que tome un poco de H. Pero no a menudo y sólo la fumo.

—Hoy tengo que conseguir bastante. Tengo algunos buenos pedidos de amigos y de otros también. Creo que se está corriendo la voz.

— ¿Quieres inhalar primero?

—Sí, bueno.

—Ven al dormitorio conmigo, —le dijo y lo tomó de la mano.

Él la siguió como un perrito obediente, ella lo guiaba con su mano en la suya. Entraron en el dormitorio, ella lo llevó a la cama y le dijo: —Siéntate.

Él se sentó.

Ella se colocó frente a él y le preguntó: — ¿Estás nervioso?

—Un poco.

— ¿Sabes lo que voy a hacer?'

—No, yo...

Ella se quitó el cortavientos y él se quedó mirando sus pequeños pechos perfectamente formados. — ¿Te gusto?

—Sí, sí. Eres muy guapa.

—Bien, me alegro, —dijo ella acercándose a él en la cama.

Le puso las manos en la cintura. No podía creer lo perfecta que era.

Ella se inclinó y lo besó en la frente, en los labios, en las mejillas y le dijo: —Tú también eres guapo. Hombre de barba peluda.

Se quitó el cinturón y le sonrió. Sus jeans cayeron al suelo. No llevaba ropa interior.

Adam dejó escapar un pequeño suspiro, luego se sintió mareado, confundido. Ella tenía pene. Su pene estaba semierecto. La miró fijamente. Ella le sonrió y le dijo: — ¿Todavía te gusto? ¿Sigues pensando que soy guapa?

Él asintió, dijo: —Sí, sí. Yo...

Hathai le tomó la cabeza con las manos, lo besó, lo soltó, se subió a la cama, se recostó de lado, con el pene completamente erecto. — Vamos. Quítate la ropa, ahora.

Después, Adam se sintió extraño. Le gustaba, pero... ¿a quién le importaba, pensó? Ella era escandalosamente hermosa y sorprendente; el sexo era increíble.

Ella dijo: —No le digas a Nikolay lo que hicimos hoy. Puede ser explosivo, demasiado violento para mí. No puedo soportarlo cuando

se pone así, pero para él es sólo otra parte de la vida, no es gran cosa.

Adam se asustó. Nikolay era tranquilo, pero daba miedo. Pensó en sus historias, en el cuerpo fuerte bajo la ropa llamativa, en los tatuajes de la cárcel. Adam era un bebé comparado con él. Le dijo: —Tengo una lista en mis pantalones de lo que necesito.

—Tómalo.

Se levantó de la cama, se puso los jeans y buscó la lista en el bolsillo delantero. Se la dio, la vio leerla y le preguntó: — ¿Tienes todo esto?

—Sí.

— ¿Podemos hacerlo ahora?

—Sí, claro. ¿Dónde está tu novia? ¿Quizá pueda acompañarnos la próxima vez?

— ¿Los tres?

— ¿Por qué no?

No se le ocurría ninguna razón. Sólo de pensarlo se le puso duro otra vez. Era una chica salvaje. Él la miró y ella volvió a decir: — Claro, ¿por qué no? Seguro que es guapa. Sé que lo es. Nikolay me lo dijo.

—Sí, lo es.

— ¿Quieres volver a la cama?

—Sí. —Volvió a quitarse los jeans y se metió en la cama con ella.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Carter Thompson dejó atrás la ciudad y condujo a toda velocidad por la autopista hacia Gosford. Llevaba una media hora de viaje cuando sintió que el coche se desviaba hacia la izquierda, casi chocando contra la barandilla lateral de la autopista. Frenó suavemente, se detuvo en el carril de seguridad. Salió del coche. Tenía una rueda pinchada, se encogió de hombros, abrió el maletero, sacó la de repuesto, pero también estaba pinchada. No sabía si era un pinchazo o simplemente estaba desinflada. No recordaba la última vez que le había pasado. Tal vez fue Aimee y se olvidó de decírselo. Ella habría llamado a la asistencia en carretera y se habría olvidado probablemente. Eso es lo que hizo ahora. Los llamó y le dijeron que tardarían una hora. Al menos no estaba lloviendo. ¿Cómo estaría Tanya? Parecía pensativa en la foto con el hermano de Paul.

Llamó a James Roach, dijo, — ¿Qué pasa?

—Ese tipo del que me hablaste, Nikolay. Vino y estoy esperando a ver qué pasa.

—Escucha, cambio de planes. Olvídate de Hassan. Sigue a Nikolay. Pégate a él como moscas a la mierda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, jefe. ¿Algo más?

—Ten cuidado. Es peligroso.

Llegó el chico de asistencia en carretera. Cash le había dicho que trajera una rueda de repuesto nueva. El tipo la cambió en unos minutos. Le dio las gracias y volvió al coche. Enseguida empezó a llover a cántaros. Condujo por encima del límite de velocidad. Lo único que quería era llegar y asegurarse de que ella estaba bien. Después de eso, no lo sabía. Su padre le pagaba. Sólo tenía la palabra de Paul de que estaba un poco loco. Aunque había actuado

de forma extraña por teléfono cuando Cash mencionó que Angie era su novia. Angie también había dicho algo, pero no lo conocía.

Se detuvo rápidamente, puso su celular en Google Maps, introdujo la dirección de la calle. Siguió las indicaciones. Estaba en un suburbio de Gosford. La mayoría eran casas con patio delantero y trasero. Más antiguas con alfajías y casas de ladrillo macizo probablemente de los años 70. Encontró la casa, pero ella estaba supuestamente en la unidad de solteros en el patio trasero. Llamó al timbre de la casa. Esperó. Tocó tres veces más. Esperó. Nada. Como dijo Annie, el dueño no estaba en casa.

Bajó por el lateral de la casa, abrió una verja lateral, entró por ella, pasó junto a unos naranjos y llegó al patio trasero. La unidad de solteros estaba ubicada en la parte trasera del patio en una pendiente ligeramente cubierta de hierba. Se acercó, llamó a la puerta y nada. Volvió a llamar y oyó una voz masculina que decía: —Lo siento, amigo, no necesito nada.

Volvió a llamar. Nada.

Miró por una ventana lateral. Vio a un tipo corpulento con el pelo largo y desgreñado sentado en un sofá de fieltro marrón y raído al que se le caía parte del relleno por delante, debido al peso del hombre. Cash golpeó la ventana tan fuerte como pudo.

El tipo lo miró y le hizo un gesto con el dedo. Cash golpeó con fuerza el cristal con una moneda que sacó del bolsillo. El tipo volvió a mirarlo y negarle con el dedo. Cash miró a su alrededor, observó el lecho del jardín en el perímetro del césped, tomó una piedra, se acercó a menos de tres pasos de la ventana y la arrojó a través de ella, haciendo añicos el cristal sobre el fregadero de la cocina que había debajo.

El grandulón lo miró fijamente, se levantó y se dirigió a la puerta principal. Cash dio la vuelta mientras el tipo abría la puerta. El tipo preguntó: — ¿Y ahora qué, imbécil?

— ¿Dónde está?

— ¿Quién?

—Tanya, ¿dónde está?

—Se ha ido, amigo. Has llegado demasiado tarde.

El tipo ocupaba casi todo el espacio de la puerta. Cash se adelantó rápidamente, le dio un puñetazo en la garganta y luego una patada en la barriga gorda, y el hombre retrocedió dando tumbos, sujetándose la garganta. Cash lo golpeó en la frente y luego le dio un izquierdazo en un lado de la cabeza.

El grandulón cayó sobre sus piernas y Cash volvió a preguntar: —¿Dónde está?

—Carajo, —dijo el hombre, abalanzándose sobre Cash y agarrándolo por la cintura, aferrándose a él con todas sus fuerzas, arrastrándolo al suelo.

Cash intentó zafarse. El hombretón era fuerte, pero no conseguía doblegarlo ni aun con el dolor que sentía en la garganta y la sien. Cash consiguió golpearlo dos veces en un lado de la cabeza con golpes cortos y afilados. El tipo lo soltó. Cash forcejeó, se irguió y volvió a darle dos patadas en la cabeza. Luego empezó a golpearle los riñones con dos puñetazos rápidos. Volvió a preguntar: —¿Dónde está?

—Se ha ido, se ha ido, —resopló el hombre, sin que apenas le salieran las palabras.

— ¿Dónde? ¿Cómo? —Volvió a golpearlo en los riñones.

—Conduciendo hacia el norte.

— ¿Coche?

Una vez más, lo golpeó en los riñones; quería la respuesta correcta.

—Camira, Camira granate.

— ¿Cuánto hace?

—Treinta, cuarenta minutos.

— ¿Se dirigía al norte por la autopista?

—Sí.

Cash salió por la puerta, dejando al grandulón dolorido y arrepentido. Sabía que llamaría a Paul, pero era demasiado tarde. Ahora la tenía. Su coche la alcanzaría en algún momento. Ella iría al límite de velocidad, intentando no llamar la atención. Él, sin embargo, no seguiría el límite de velocidad.

Llamó a Paul, que contestó rápidamente, Cash dijo: —Le dijiste que venía.

—No... no lo hice, lo juro.

—Mentira. Ustedes, todos ustedes, nadie la está ayudando, no que yo vea. Tienen suerte de que no vaya allí y...

Paul terminó la llamada. Cash llamó a Doug Lever.

—Carter, ¿qué noticias hay?

—Está viva. En un coche que me lleva media hora de ventaja. Me voy ahora para alcanzarla.

— ¿La has visto?

—No, pero tengo una identificación positiva. Coaccionado, por así decirlo.

— ¿Estás seguro?

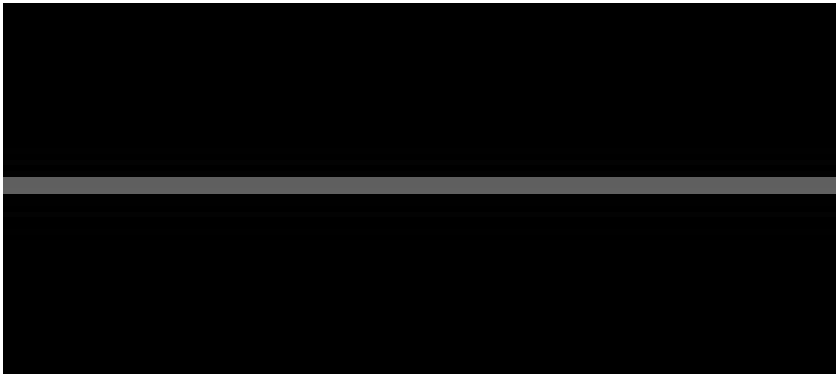
—Seguro. Escuche, cuando la alcance, haré que lo llame. Mi consejo es que lo tome con calma...

—Ya sé qué decirle. Gracias por tu ayuda. Por favor, dímelo en cuanto la hayas alcanzado.

—Usted sabrá, —dijo Cash. Y terminó la llamada.

Se dirigió rápidamente a su coche, pensó en llamar a Steele, en pedirle otro favor a la policía para que intentara encontrarla y

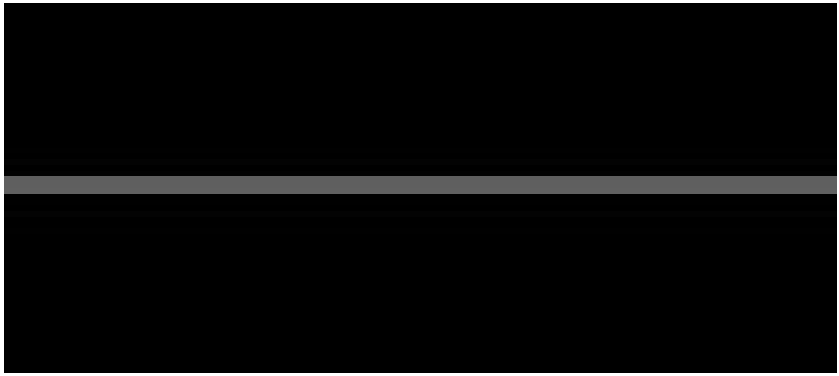
detenerla. Pero no lo hizo. Esta vez la atraparía.



James Roach observó a Nikolay caminar por la sucia media milla en dirección a Darlinghurst. Iba unos quince metros por detrás de él. Nikolay llevaba puesto el traje negro que había usado cuando estaba delante del coche de Aimee intentando y consiguiendo asustarla.

Entregaría las drogas de Hassan, pero antes tenía que ocuparse de Adam. Le había presentado a Hathai, medio sabiendo que se enamoraría de ella. Pero vino rápidamente, dejando a Gina en casa. Probablemente ahora estaba en la cama con Hathai. Se preguntó qué pensaría de la sorpresa de Hathai. Sonrió para sí mismo. Estaba enfadado pero sabía que no debía estarlo. Él la había traído a Sydney, la había cuidado. Ella le estaba agradecida. Cariñosa con él, pero no lo amaba. ¿Amaría a Adam? ¿Podría Adam vivir o estar enamorado de una chica trans? ¿Qué pensarían sus engreídos amigos? No, Adam se estaba rebajando, pensó Nikolay, y cada vez se enfadaba más por ello.

Pequeño universitario sabelotodo, en la casa compartida con todos los universitarios. Mirando a Nikolay como a un animal en un zoo. Siguió caminando, con el corazón en tensión. Puños cerrados. James lo siguió. El tipo parecía peligroso, le había dado una paliza a su jefe, y Steele siempre hablaba de Carter Thompson y de lo duro que era.



Cash iba a 120 km cuando el límite de velocidad era de 100 km por hora. Miró los bares de carretera, buscando el Camira granate. Ya había recorrido casi 100 km hacia el norte, pero no había rastro de ella. Pronto la encontraría. Sabía que el grandulón había dicho la verdad. Sabía cuánto dolía un puñetazo en la garganta y que esos golpes en los riñones habrían sido una agonía. Siguió conduciendo mientras el día se hacía noche. Sería más difícil encontrarla, pero sólo había una carretera principal hacia el norte, y entonces vio el coche en una parada de camiones de BP.

Redujo la velocidad, dio media vuelta y aparcó junto al Camira. Miró en la parte trasera. Había ropa esparcida por todo el asiento trasero. Ella estaría dentro o en el baño. Su corazón estaba latiendo con fuerza. La había encontrado en un plazo relativamente corto, pensó, pero había pasado por muchas cosas. El tiroteo, y luego la muerte de su primo, Mick. Un par de golpes que le hicieron. Muchas conversaciones con aquellos que ahora le parecían gente condenadamente horrible, todos ellos, incluso Lever, su propio estúpido error con Angie. Esa niebla roja de pasión que lo jodía de vez en cuando. Aimee se mudaba ahora. Ahora sería un gran compañero para ella para siempre. Ella quería un bebé, parecía. Tal vez pensó, tal vez si tuviera una línea de trabajo diferente. Tenía que arreglarlo con su propia hija.

Entró en el restaurante de la carretera. Miró lentamente a su alrededor, desde los taburetes del mostrador hasta los reservados. No vio a nadie que pudiera ser Tanya. Vino una camarera; pidió un

café expreso con leche, fuerte, con tres gotas de licor. Una hamburguesa con todo, patatas fritas y ensalada aparte. Esperó, mirando a su alrededor, buscándola. Entonces la vio fuera, en la puerta trasera de su coche. Llevaba un top blanco de gasa y unos jeans viejos con agujeros en el trasero. Sandalias en los pies. Hacía frío, pero iba vestida de verano. Quiso salir corriendo pero no lo hizo. Podía correr, ser atropellada por un coche, un camión, caerse, cualquier cosa.

Esperó.

Sacó lo que buscaba del asiento trasero. Un viejo suéter azul que se puso. Se dio vuelta y cerró la puerta del coche. Los jeans también tenían agujeros en las rodillas, puede que estuvieran diseñados así. Sacudió la cabeza. Llevaba el cabello castaño claro despeinado, alborotado por el viento. Entró en la cafetería, miró a su alrededor, no vio ninguna amenaza, y entró, buscando un asiento. Dijo su nombre en voz baja cuando ella se acercó a su mesa. —Tanya.

Ella lo observó, lo miró fijamente a los ojos y preguntó: — ¿Te conozco?

—Soy amigo de tu padre.

—Oh.

—Está preocupado por ti.

— ¿Te contrató? —Ahora parecía nerviosa, mirando a todos lados.

—Soy sólo yo, sin amigos, sin policía. —Y añadió—: Ni Hassan, ni Peter.

Ella se sentó frente a él en la cabina y dijo: —Estoy muy cansada.

—No tienes que huir más.

Soltó un gran suspiro y dijo: —Sólo han pasado unas semanas, pero estoy agotada. Pensé que tendría un poco de paz, pero todos los que conozco quieren algo.

—Lo entiendo.

— ¿Qué quiere, señor? ¿Cómo se llama?

—Tu padre me contrató para encontrarte. Soy investigador privado. Mi nombre es Carter Thompson.

—Eres indígena, ¿verdad? —Lo dijo con una sonrisa.

—Sí.

— ¿Cómo conseguiste que Antony te dijera a dónde iba?

—Está un poco dolorido y apenado en este momento.

—Oh, claro.

Ella parecía estar en una especie de trance, o drogada con hierba, tal vez heroína. ¿Quién carajo sabe?, pensó.

— ¿Me vas a llevar de vuelta a Sydney?

—Tal vez. ¿Qué tal si pides lo que quieres y después de comer hablamos, intentamos llegar a un acuerdo sobre lo que te gustaría hacer?

—Me estoy muriendo de hambre.

Cash hizo un gesto a la camarera, que se acercó.

Tanya le preguntó: — ¿Qué has pedido?

—Una hamburguesa con todo.

—Yo también, —le dijo a la camarera—, y café, con leche fuerte.

Cash le sonrió. Ella lo miró como si no estuviera allí.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Nikolay dobló por Nimrod Street. James Roach se contuvo; no había mucha gente alrededor. Estaba oscuro pero podía ver a Nikolay bastante bien. Lo siguió por la calle Nimrod por el mismo lado que él. Probablemente no se daría vuelta a menos que lo escuchara, pero si estuviera al otro lado de la calle, podría verlo.

Nikolay se detuvo en un pequeño lugar de tablones de madera, abrió la puerta, caminó hacia allí y llamó dos veces, luego dos veces más, luego una vez más.

En el interior, Hathai dijo: —Es Nikolay. Es su llamada, así que sé que siempre tengo que responder.

—Carajo, —dijo Adam—, qué querrá, um... mierda.

—Está bien. Él no es mi dueño. Vístete en el segundo dormitorio. Esperaré unos momentos, luego abriré la puerta principal, lo llevaré a la cocina y luego saldrás.

Tomó su ropa y se la puso rápidamente mientras Adam entraba corriendo en el segundo dormitorio.

Nikolay se dio vuelta, vio a James Roach que bajaba lentamente por la calle y se dio otra vuelta. Otro Abo, pensó. Demasiada coincidencia para mí, decidió.

Hathai abrió la puerta. Entró y le puso la mano en la boca y dijo: —Cállate ahora. Déjame mirar por la ventana desde el salón.

Se apresuró a entrar y observó desde detrás de las cortinas por las que podía ver hacia afuera pero no se podía ver hacia adentro desde la calle. Observó al joven fornido pasar frente a la casa, mirar discretamente a la izquierda, adentro, y seguir caminando. Nikolay lo vio detenerse, cruzar la calle, regresar por el otro lado.

Salió corriendo de la casa, cruzó la calle y golpeó a James por detrás en el omóplato con un fuerte puño hacia abajo. James cayó de rodillas, Nikolay lo golpeó en el costado de la cabeza, lo empujó hacia el pavimento y, sujetando su cuello hacia abajo, le preguntó: — ¿Quién eres, Abo? ¿Hombre sucio? ¿Quién eres?

—Nadie. No soy nadie.

— ¿Eres policía? Amigo del señor Carter, creo.

Nikolay lo golpeó en las costillas. James sintió que estaban rotas, el golpe fue tan feroz. Apenas podía moverse; Nikolay ahora tenía las rodillas en su espalda. —Creo que ahora estás en problemas, a menos que me digas dónde está Carter. ¿Qué está haciendo?

Gina se detuvo frente a la casa de Hathai en un viejo Toyota que le había prestado un amigo en la casa compartida. Todavía estaba fuera de sí por la inyección que Adam le había dado, pero estaba enfadada porque la había dejado sola para venir aquí. Salió del auto, vio a Nikolay encima de un tipo, un tipo oscuro, sujetándolo. Miró la casa donde había visto entrar a Adam para negociar con Nikolay. Había una chica, una chica hermosa con jeans holgados y una camiseta parada allí. Era hermosa pero parecía asustada, o tal vez acosada. Estaba mirando a Nikolay, luego sacudió la cabeza y volvió a entrar, dejando la puerta abierta.

Nikolay apoyó su rodilla con fuerza en la nuca de James, hundiendo aún más su rostro en el pavimento. Gina, fuera de sí, no sabía qué hacer. Vio la puerta de la casa abierta, sabía por sus historias de lo que era capaz Nikolay. Fuera de sí, tomó la opción más fácil y caminó a través de la puerta abierta hacia la casa.

Le dijo a James: — ¿Dónde está tu amigo, Carter? —Luego levantó la rodilla ligeramente para lograr un mejor equilibrio.

James liberó su brazo derecho, bajó su pierna, se subió un poco los jeans negros mientras Nikolay todavía lo presionaba, y sacó la hoja que guardaba allí en una funda, la empujó en el muslo derecho de Nikolay quien, conmocionado, no reaccionó. No gritó pero se congeló.

James, fuerte como un toro, lo tiró y luego se levantó. Nikolay, el luchador callejero, se levantó rápidamente, ignorando el dolor en su muslo. James sostuvo el cuchillo frente a él, firme sobre sus pies. Nikolay se acercó a él, hizo una especie de patada de tres puntos, como algo sacado de MMA, y golpeó a James en un lado de la cabeza mientras gritaba de dolor por el corte en el muslo. Lanzó una ráfaga de golpes a James quien, con entrenamiento en artes marciales, bloqueó y devolvió los golpes de la misma manera. Pero Nikolay siguió avanzando, siguió acercándose a él, James pensando: Este maldito tipo.

Nikolay golpeó con el puño el antebrazo de la mano que sostenía el cuchillo. James lo dejó caer. Entonces Nikolay le dio una patada en el costado, seguida de una ráfaga de puñetazos a cada lado de la cabeza y dijo: —Ahora, cabrón.

Pero James retrocedió rápidamente, se estabilizó de nuevo, esperó a que llegara Nikolay y cuando lo hizo, se puso a trabajar. Lo volteó como un maldito árbol, con golpes a ambos lados de la cabeza, pero también patada tras patada en el muslo herido. James podía verlo lastimado pero continuó. Seguía tirando puñetazos, pero faltaban. James seguía golpeando.

Nikolay se puso en cuclillas, miró a James y dijo: —Buen peleador para un tipo Abo. Maldito negro, vamos, vamos. Termina conmigo si puedes.

James se enfureció ante los comentarios racistas y corrió hacia él, Nikolay rápidamente lo esquivó y luego lo golpeó con fuerza en las costillas, exactamente donde lo había golpeado antes. Le rompió una costilla y se desplomó un segundo, buscando el cuchillo.

Nikolay se levantó y se fue, cojeando, medio corriendo, se fue. James estaba sorprendido más que nada; el tipo parecía que era imparable. Como si tuviera una locura en él, pero eso era todo. Se había ido. Miró la casa de donde había salido, se preguntó si debería entrar. Ver qué demonios estaba pasando. La chica del coche viejo había entrado allí. Esperó, fue y se sentó en la valla. Estaba exhausto, la pelea había sido brutal, más brutal que nunca dentro o fuera de un ring.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Llegó la comida, luego el café, y Tanya guardó silencio mientras comía y sorbía el café. Cash pudo ver cómo la luz volvía a invadirla. Cuando terminó, dijo: — ¿Quién eres? ¿Por qué... has venido a buscarme?

—Te lo dije, tu padre me contrató.

—No puedo volver.

— ¿Qué ha pasado?

—Todo fue genial por un tiempo, un largo tiempo en realidad. Bailar en el club era divertido. Peter era un poco pesado, pero parecía tener buenas intenciones, luego todo se enredó. Angie me dijo que estaba enamorada de mí. Billy Hassan no me dejaba en paz. Quiero decir que estaba loco, llamándome constantemente todo el tiempo, posesivo, celoso y unas cuantas veces, no quería hacerlo con él. No me forzaba físicamente exactamente, pero no tenía elección y me traía recuerdos. Mi padre y yo.

— ¿Qué pasó con tu padre?

—Nada con él. Fue su hermano, mi tío, quien abusó de mí. Sexualmente, no con violencia, pero me engañaba, supongo. No sé por qué te lo estoy contando, pero supongo que es porque no quiero volver a toda esa mierda. Y parece que tú eres el tipo de persona que podría obligarme a hacerlo.

— ¿Tu padre no te creyó?

—No, me creyó, pero no me dejó contárselo a nadie. Quería a su hermano. Aún lo quiere. No quiere que... ah, la posibilidad de que vaya a la cárcel tal vez. No podría pasar en su mundo. Su trabajo. Lo que la gente pensaría de él.

—No voy a hacer que vuelvas. Pero ¿puedes llamar a tu padre, por mí? Sólo di, Hola papá, Estoy bien. Ahora estoy con Carter. Sólo eso, nada más.

—De acuerdo, lo haré, ¿pero después qué?

—¿Sabes con quién es bueno hablar?

—No.

—Mi novia Aimee, es genial hablar con ella. No es mucho mayor que tú. Trabajaba de camarera hasta hace unos días. Dice que quiere mudarse conmigo, lo que significa que su piso quedará libre. Ahora vive en Newtown. Tal vez si hablas con ella, salgas con ella un rato hasta que las cosas se calmen de nuevo. Entonces tal vez... No lo sé. Estoy pensando rápido, pero no creo que puedas estar sola. No creo que sea bueno.

—Hm-mm. ¿Puedo tomar otro café?

—Sí, claro.

Se bebió el café, parecía que le apetecía un cigarrillo; a Cash también. Terminó, ya fuera de su trance, quizá ya no drogada.

Dijo: —Mi primo murió no hace mucho. Puede que fuera culpa mía. Tengo asuntos que lamentar con mi familia en Dubbo. Puedes volver y quedarte con Aimee. No le diré a nadie que estás allí, pero tienes que llamar a tu padre. De esa manera mi trabajo está hecho.

— ¿Puedo usar tu celular?

—No tienes...

—Tengo uno, pero no sé cómo ocultar el número cuando llamo.

—Toma, —le dijo, entregándoselo.

Ella salió.

Confiaba en ella.

Volvió unos minutos después. Dijo: —Hecho.

Comprobó su celular cuando ella se lo devolvió. Vio el registro de llamadas de Doug Lever. Una llamada de cuatro minutos y treinta y ocho segundos.

—Puedes venir conmigo o seguir adelante. Depende de ti.

Se quedó sentada unos minutos, sin decir nada. Él la observó, y su rostro pasó por una serie de emociones antes de que ella dijera: —Voy a seguir adelante.

—De acuerdo. ¿Estás segura?

—Sí.

— ¿Necesitas dinero?

—No. Conseguí la mayoría de las drogas y las bebidas gratis. Billy Hassan pagó cuando salíamos. Angie también. Peter siempre cocinaba, no pedía dinero para la comida. Tengo dinero para un mes o dos.

— ¿Puedo preguntar quién te dio la heroína?

—Angie, eso era cosa suya.

— ¿Lo suyo?

—Quería que dependiera de ella. Ahora me doy cuenta. Peter también. Billy estaba por alguna razón obsesionado conmigo. Hace un año, yo era el patito feo.

— ¿Dónde irás?

—Ultra secreto.'

— ¿El coche que conduces?

—Pertenece a Paul. Lo deja en la costa para sus fiestas de fin de semana. Lo dejaré en algún sitio.

— ¿Planeas dejarlo...?

—No más preguntas, por favor. Hice lo que me pediste. Mi padre sabe que estoy bien.

—Me tengo que ir. Buena suerte.

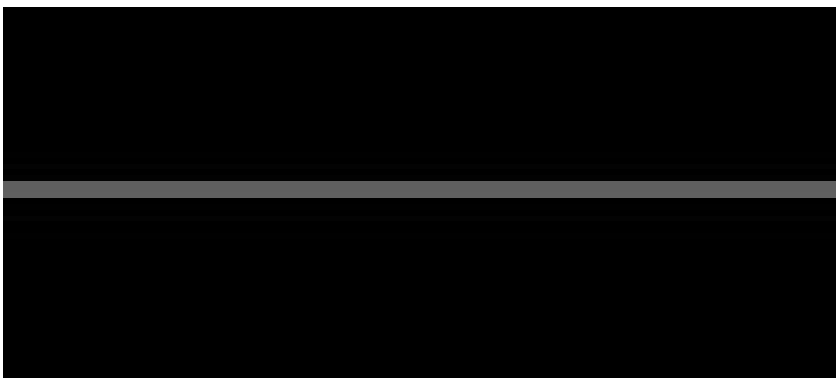
—Gracias, has sido decente conmigo.

—De nada.

Así fue como terminó. Salieron juntos hacia el coche de Paul. No hablaron. Ella subió al coche y él la vio alejarse en la noche. Parecía una eternidad desde que había recibido la llamada de Doug Lever, una vida perdida mientras tanto, pero había hecho su trabajo. Lever sabía que su hija estaba viva, pero Cash dudaba de que pudiera volver a verla; también dudaba de la fuerza de Tanya para salir adelante, pero él había visto cosas más maravillosas en su vida. Sólo le deseaba lo mejor.

Subió al coche. Envió un mensaje a Doug Lever: trabajo terminado.

No hubo respuesta.



Gina encontró a Adam y a Hathai en la cocina, bebiendo té, con el incienso encendido. La vio de cerca. Era como Adam había dicho, sorprendentemente guapa. Le dijo: —Hola, soy Gina.

— ¿Estás bien, Gina? Tienes los ojos inyectados en sangre, pareces....

—Estoy drogada, pero estoy saliendo de eso ahora, me siento más en orden.

—Oh.

Miró a Adam y dijo: —Se han acostado.

—Sí.

Hathai le preguntó: — ¿Estás enfadada?

—No realmente. No por el sexo, sino por las mentiras y el engaño.

Adam dijo: —Lo siento, algo se apoderó de mí.

—Es muy guapa, —dijo Gina—. Miró a Hathai. Eres muy guapa.

Hathai se acercó a ella, le acarició el pelo y le dijo: —Tú también eres guapa.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cash se sentó en la cocina de su casa de Erskineville y le dijo a Aimee: —Creo que estaba planeando irse del país.

—Pero se dirigía al norte.

—Sí, lo sé, pero hay aeropuertos en la Costa Dorada, Brisbane. Darwin, si lo decía en serio.

— ¿Cómo era?

—Lo primero que me llamó la atención fue lo sencilla que era, pero también me di cuenta de lo guapa que podía llegar a ser si se arreglaba.

—Creo que es uno de los trabajos más extraños que has tenido.

—Sí, fue extraño.

A la mañana siguiente, Cash condujo hasta Glebe, fue a la puerta principal de la casa compartida donde vivían Adam y Gina. Llamó a la puerta. Adam, con los ojos desorbitados, abrió la puerta. Cash le

dijo: —Tenemos que hablar.

—Mierda, Jesús, ahora no...

Cash lo empujó en el pecho y dijo: —Adentro, ahora.

Adam, cansado y un poco drogado, lo obedeció. Se sentaron en la cocina y Cash le preguntó: — ¿Estás drogado de heroína o sólo de hierba?

—Hierba.

—Bien, entonces entenderás esto. Tu padre me contrató para que te siguiera porque estás consumiendo heroína y traficando con Billy Hassan. Por si no lo sabías, tu amigo Nikolay trabaja para Hassan. Tu padre es el mejor policía de una unidad especializada que se ocupa de escoria como Hassan y Nikolay, con la esperanza de detenerlos.

—Oye, yo sólo...

Cash levantó la mano y dijo: —Escucha. —Hizo una breve pausa—. Estos tipos son jugadores serios, Adam, peligrosos en extremo. Violentos como no te imaginas. ¿Nikolay te ha estado contando historias? Parece de película, amigo, pero es verdad. Es un criminal despiadado. Y si descubre lo que hace tu padre, entonces le perteneces. ¿Entiendes?

—Sí, en realidad he terminado con Nikolay.

—Sí, sí, ahora sólo tratas con la trans tailandesa, ¿eh?

— ¿Sabes algo de ella?

—Mi amigo lo siguió hasta su casa donde vio a una chica que luego le dije que era Gina entrando en ella. Mi novia también la vio ir allí.

—Sé lo que estoy haciendo.

—Amigo, no tienes ni puta idea de lo que estás haciendo. Piensa, esta es toda tu vida, y la de Gina también.

Adam lo miró sin comprender, Cash dijo: —Eso es, amigo, usa tu cerebro.

Luego, Adam, aturdido y confuso, estaba a punto de llamar a su padre cuando Wu, el reportero de The Star, llamó.

—Hola, Wu.

—Escucha Carter, tengo malas noticias, el periódico no publicará la historia sobre la conexión entre Abbott y Hassan.

— ¿Por qué no?

—Abbot estuvo en la radio esta mañana con su amigo disc jockey derechista favorito, Mal Landers, diciendo que The Star ha estado haciendo una campaña contra él durante años y que Hassan estuvo en su casa de Paddington intentando extorsionarlo.

—Es un cabrón, es Abbott. Pero lo entiendo, amigo.

—No me rendiré con él.

—No hay problema. Hazme saber si puedo ayudar.

—Gracias Cash. Pero puedo decirte que voy a investigar a Blake Andrews y sus conexiones con Hassan.

—Son buenas noticias, amigo. Atrápalos a los dos si puedes.

Carter llamó a Steele y le dijo que había hecho todo lo posible con Adam. Que no había peligro inmediato, pero que estaba próximo. Si el chico se volvía adicto, el chantaje era seguro si Nikolay descubría quién era su padre.

Steele estuvo de acuerdo, le dio las gracias, pensó que tal vez era hora de que se involucrara antes de que ocurriera una tragedia.

—Tú eres su padre, pero supongo que me has involucrado porque no te hace caso.

—Algo así. Dejó de prestar atención hace mucho tiempo.

—Lo entiendo y la trans tailandesa es de una belleza que asusta. Una seductora.

Steele ignorando esto, dijo, —Pensé que el joven James Roach podría seguir trabajando para ti.

— ¿Cómo es eso?

—Me avisaron hace media hora. Hassan fue tiroteado en Darlinghurst Road, fuera de su club de striptease.

—No creo que Wu de The Star se haya enterado todavía, pero probablemente mate cualquier historia sobre Hassan y Blake Andrews.

—Entiendo que tu amigo ruso, Nikolay, ya se ha mudado a la oficina de Hassan en el club de striptease.

—Tal vez está cansado de trabajar en lo mismo en la calle.

—Normalmente los matan o los ascienden, —dijo Steele.

—Sí, el rey ha muerto. Larga vida al rey.

—Me gustaría que volvieras a trabajar para la Fiscalía.

—Lo pensaré.

Todo en la costa sur había sido una pérdida de tiempo. Posiblemente planeado por Angie. Tanya le había dicho que era ella quien le suministraba heroína. Había mentido sobre casi todo y Cash se había dejado engañar.

Todos los amigos de Tanya no eran realmente amigos.

La naturaleza humana. Cash nunca podría entenderlo. Sólo podía seguir adelante.

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo La Ciudad del Miedo. Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

Sean O'Leary y el equipo de Next Chapter

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Next Chapter Publishers por darme una plataforma para mis colecciones de cuentos, novelas cortas y novelas. No lo doy por sentado. Gracias a todos los que alguna vez han comprado uno de mis libros o incluso si sólo han leído uno de mis relatos cortos en Internet o en una antología o revista literaria. Hay muchos más por venir.

ACERCA DEL AUTOR

Sean O'Leary es un escritor de Melbourne, Australia. Ha publicado dos colecciones de relatos literarios, Mi Ciudad y Caminante. Su novela literaria A La Deriva fue la ganadora de "Búsqueda de la Gran Novela 2016" y se publicó en 2017. En 2019 autopublicó El Fragor, su novela negra ambientada en Darwin y Bangkok. A la Deriva y El Fragor serán reeditadas por Next Chapter en un futuro próximo. Su colección de novela negra Maravilla ha sido publicada recientemente por Close to the Bone Publishing en el Reino Unido. Su novela negra Hasta el Final y su colección de relatos Tokyo Jazz & Otras Historias han sido publicadas recientemente por Next Chapter. En la actualidad trabaja en la tercera entrega de la serie Carter Thompson y sigue escribiendo relatos cortos.

Le gusta caminar por toda la faz de la tierra, hacer fotos como un loco, viajar siempre que puede, es hincha del Melbourne Fútbol Club (una cadena perpetua), le encanta el arte, es loco por el cine y escribe como un demonio.